Los nuevos reinos germánicos

Francos, visigodos, ostrogodos y lombardos

Los nuevos reinos germánicos

Francos, visigodos, ostrogodos y lombardos

P. MARTÍNEZ Y M. AYGUADÉ

CREATIVE COMMONS

Los nuevos reinos germánicos
© P. Martínez y M. Ayguadé, 2016
© de esta edición, EMSE EDAPP, S.L., 2017
Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.
© Ilustración de portada: Nacho García
Diseño y maquetación: Kira Riera
Cartografía incluida en los apéndices: Geotec
© Fotografías: Todas las imágenes de este volumen son de dominio público a excepción de p. 72, Andrii Lutsyk/Shutterstock; p. 78, James Steakley [CC BY-SA 3.0]/ Wikimedia Commons; p. 96, DyziO/Shutterstock; p. 115, Gilmanshin/Shutterstock; p. 117, Diana Mower/Shutterstock.

Depósito legal: B-19105-2016
Impreso en España.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN 6

LA MIGRACIÓN DE LOS GODOS
Y LOS REINOS VISIGODOS 13
Siglo I d. C.-712

VÁNDALOS, ALANOS Y SUEVOS 59
406-585

OSTROGODOS Y LONGOBARDOS:
LOS REINOS DE ITALIA 67
476-773

EL REINO DE LOS FRANCOS 87
460-768

ANGLOS, SAJONES, JUTOS Y VIKINGOS:
LA TOMA DE BRITANIA 109
410-1014

APÉNDICES 129

INTRODUCCIÓN

Durante muchos siglos, Roma fue la principal y única potencia política y militar en el Mediterráneo y más allá. Su hegemonía fue abrumadora, tanto en su sector occidental (hasta el año 476) como en el oriental, en el llamado Imperio bizantino, que se mantendría hasta la caída en 1453 de su capital, Constantinopla, ante el Imperio otomano. Sin embargo, la última fase del Imperio romano de Occidente fue una prolongada crisis en la que su predominio fue deslizándose por una pendiente cada vez más pronunciada, hasta que la mismísima capital, Roma, fue tomada y saqueada por la tribu germánica de los visigodos

CRONOLOGÍA CLAVE • **450-751**

450. Se funda el reino de Kent en Britania, el primer reino germánico de la isla, donde se establecen jutos, anglos y sajones.

476. El hérulo Odoacro depone al último emperador romano, Rómulo Augusto. Inicio del reino visigodo de Tolosa.

481. Clodoveo I unifica las tribus francas bajo su cetro.

492. Reino ostrogodo de Italia.

en el año 410 y su último emperador depuesto y sustituido por un hérulo en el mencionado año de 476.

La decadencia tuvo múltiples causas, pero sin duda el final del Imperio de Occidente vino determinado por lo que ocurrió entre los siglos III y V, cuando sus habitantes vieron cómo decenas de pueblos llamados «bárbaros» (es decir, que no hablaban ni griego ni latín) se adentraban en sus territorios, a veces en busca de un asentamiento y otras a la caza de un botín. Eran los pueblos germánicos, procedentes del norte y cada vez más envalentonados en su expansionismo meridional. Tales movimientos originaron un nuevo trazado de las fronteras del Imperio, y crearon una fuerte inestabilidad en los territorios limítrofes. A esta época de grandes cambios demográficos y geoestratégicos en la que los pueblos germánicos acabaron ocupando extensas áreas del territorio imperial se la denomina «Período de las migraciones» o «Migraciones germánicas», aunque el nombre más extendido es el de «Invasiones bárbaras».

Los historiadores alemanes prefieren el término «desplazamiento de pueblos» (*Völkerwanderung*) al de «invasión», seguramente porque

507. Derrota de los visigodos ante los francos en la batalla de Vouillé. Reino visigodo de Toledo.

568. Irrupción de los longobardos en Italia del norte.

711. Invasión musulmana de la península ibérica.

751. El último rey franco merovingio es destronado. Se inicia el reinado de los pipínidas.

desean rebajar las connotaciones peyorativas que se han acabado asociando a estas migraciones, a las que se «acusa» de anegar la cultura romana. Lo cierto es que estos pueblos, más que destruir el mundo romano para introducir el suyo propio, al llegar a los territorios del Imperio se romanizaron y asimilaron el modo de vida de los vencidos. Por todo ello, pues, el paso del mundo clásico al medieval hoy ya no se concibe como «decadencia», sino como una «continuidad cambiante».

La llegada de los pueblos germánicos

La primera fase de las migraciones, que sería causa directa de la caída definitiva del Imperio de Occidente, la protagonizaron los germánicos. Originarias de Escandinavia, las distintas tribus se desplazaron hacia el sur y el este de Europa durante los primeros siglos de nuestra era y no se detuvieron hasta llegar a las fronteras del Imperio romano, al otro lado del viejo y zigzagueante *limes* diseñado por el emperador Augusto. Cuentan las crónicas de la época que las caravanas de carros repletos de familias germanas llenaban las vías romanas. Estas tribus no constituían, en absoluto, una unidad homogénea, sino que se distinguían en varios grupos culturales muy diferenciados: los godos —que engendrarían a los visigodos y a los ostrogodos—, los longobardos —así llamados por su *barda*, un hacha larga que usaban como arma de combate—, los francos —que luchaban con la *francisca*, otra hacha de combate, y se afeitaban—, los burgundios —cuya historia legendaria se narra en el *Cantar de los nibelungos*—, y tantos otros. Tácito, en su tratado etnográfico titulado *Germania*, escrito a finales del siglo I, cuenta estos pueblos por decenas.

Las relaciones que establecieron estos diversos clanes germánicos con el Imperio fueron también distintas. En ocasiones, este los repelió y exterminó. En otras, les permitió instalarse en sus fronteras bajo el estatuto de federados, o *foederati*: en virtud de este acuerdo, luchaban en el ejército romano cuando eran requeridos y a cambio percibían pagos en dinero y alimentos. Los elegidos como *foederati* eran mayoritariamente germánicos romanizados que habitaban en las fronteras; y cuando en los siglos IV y V las finanzas del Estado empeoraron, muchos de estos soldados, que ya habían hecho carrera en el ejército imperial, fueron emplazados a establecerse cerca de la corte como terratenientes o miembros de la administración. Estos «bárbaros» con posiciones más o menos influyentes en Constantinopla y Roma acabarían, en muchos casos, desertando del ejército o abandonando sus cargos para unirse a los ejércitos de sus pueblos originarios.

El *limes* contuvo a las huestes germánicas durante algunas décadas, pero cuando sus muros quedaron irremediablemente desguarnecidos por efecto de la profunda crisis romana del siglo III —anarquía militar, recesión económica y demográfica, incertidumbre política y revueltas sociales—, los germanos aprovecharon para ganar territorio y, tras decenios de avance, irrumpir violentamente hasta el mismo corazón del Imperio.

La llegada al norte de Europa en el siglo IV de los hunos, feroces guerreros provenientes de Asia, y su brutal asedio a las poblaciones precipitaron una nueva tanda de migraciones germánicas hacia el interior del Imperio, en las que alamanes, francos y otros pueblos penetraron en la Galia, Hispania e Italia del norte.

Para entonces, a pesar de la práctica extinción de las instituciones romanas, los pueblos invasores habían adoptado muchos de los rasgos

culturales de sus predecesores, y se habían entrecruzado en unas combinaciones que configurarían los distintos reinos germánicos. Hasta hacía muy poco, estos pueblos habían sido seminómadas, de organización tribal, con una economía basada en el pastoreo, la agricultura y los botines de guerra. Poco sabían de la vida urbana, la moneda o la escritura, por lo que allí donde la cultura romana era más sólida entre el pueblo llano, se acabó produciendo un proceso de aculturación en el que los conquistadores adoptaron los usos y costumbres de los conquistados (tal como Roma había hecho con la soberbia cultura griega siglos atrás).

La creación de los reinos germánicos

En el año 476, el último emperador romano occidental, Rómulo Augusto, ya sin poder efectivo ni sobre el territorio ni sobre las instituciones del Estado, fue depuesto por Odoacro, rey de los hérulos. Para entonces, distintos pueblos germánicos habían ido ocupando diversas regiones del Imperio y, tras la caída de este, fundaron sus reinos.

Así, los visigodos se instalaron en el sur de las Galias y prácticamente en toda Hispania; los francos también en las Galias, pero al norte del Sena; los burgundios en el este, en el valle que el río Ródano forma entre los Alpes y el Macizo Central; los ostrogodos en Italia, Panonia y Dalmacia; los vándalos y los alanos en el norte de África, en Cartago y alrededores; y los suevos en Gallaecia, en lo que sería Galicia y la mitad norte de Portugal. En Britania, anglos, jutos, sajones y frisones se disputaron el territorio.

Con el ascenso de Justiniano al trono del Imperio oriental, se recuperaron algunos de estos territorios para Bizancio, pero el precio de las

guerras de reconquista fue muy alto. La peste hizo estragos en Europa durante la segunda mitad del siglo VI y siguió sacudiendo a la población hasta mediados del siglo VIII. Los campos quedaron devastados en muchas regiones y la hambruna diezmó la población. Ante esta situación, los pueblos germánicos demostraron su capacidad de afrontar situaciones adversas, de crear sus propias estructuras de Estado, sus normas legales y, en definitiva, sus reinos.

Fueron estos también los siglos de la expansión de la vida monacal y de la emergencia del Papado, sobre todo de la mano de Gregorio Magno. Ante el vacío de poder producido en el Imperio occidental, el papa irrumpió con fuerza en la vida política de Europa, y empezó a independizarse del Imperio, con la autonomía que caracterizaría en adelante a los pontífices.

Solo dos de todas las conquistas germánicas perduraron en el tiempo: la ocupación de la Galia por los francos y la conquista de Britania a cargo de los anglos, los sajones y los jutos. En el primer caso, además, el Imperio germano-romano de los francos sería, junto con Bizancio, el único sistema político en sobrevivir a este período de las migraciones, y el primero que implantó el feudalismo.

1 LA MIGRACIÓN DE LOS GODOS Y LOS REINOS VISIGODOS

Siglo I d. C.-712

Cuenta la tradición que un día del año 376 d. C. llegaron miles de visigodos a un punto de la orilla izquierda del Danubio situado a la altura de la actual frontera entre Bulgaria y Rumanía. Eran una masa enorme de hombres, mujeres y niños procedentes de Escitia —región euroasiática situada al norte del mar Negro— que huían del agresivo avance de las hordas de hunos. En su éxodo habían topado con el *limes* y, en palabras del historiador Eunapio, «suplicaban [a los soldados romanos del otro lado del río] para que construyeran un puente de barcas que les permitiera cruzar». Las autoridades locales consultaron al emperador Valente, quien les concedió asilo a cambio de unas condiciones más que abusivas, entre las que se incluía la entrega de los niños. Finalmente, este punto fue obviado de la lista de demandas, pero los encargados de defender la frontera despreciaron, robaron y humillaron a los recién llegados ante la sorpresa y frustración de estos.

Así fue como los visigodos descubrieron dos de las grietas que por aquel entonces ya presentaba el Imperio romano: la primera, que este no era la gran civilización de la que tanto habían oído hablar, y la segunda, más decisiva aún para el futuro, que estaba gobernado

y defendido por personas débiles y corruptas. Así que, dos años después de cruzar el Danubio, esos mismos godos se dirigieron a Adrianópolis, donde se enfrentaron al emperador y destrozaron a su ejército. Y unas décadas más tarde, como veremos en detalle en este capítulo, sus descendientes saqueaban Roma y contribuían al fin del Imperio romano de Occidente. Pero ¿quiénes eran aquellos godos, y cómo pudieron llegar a fundar sus reinos en los antiguos territorios del Imperio? Para descubrirlo debemos retroceder un poco en el tiempo.

Según el historiador Jordanes, un obispo alano u ostrogodo autor en el siglo VI de la que se convirtió en la genealogía canónica de los godos durante la Edad Media, estos zarparon en tres barcos del sur de la actual Suecia, concretamente de la región de Götland, en busca de nuevas tierras de cultivo, y llegaron a la desembocadura del río Vístula, al norte de la actual Polonia, durante el primer milenio antes de Cristo. Al margen de si estos datos legendarios tienen o no una base histórica, las pruebas arqueológicas confirman que los pueblos germánicos, originarios todos ellos de las penínsulas de Escandinavia y Jutlandia, migraron hacia el sur a raíz de un recrudecimiento de las condiciones climáticas en torno al año 850 a. C., que se intensificó a partir de 760 a. C. Estos pueblos se establecieron en la gran llanura centroeuropea, especialmente en los grandes valles fluviales, donde desarrollaron una agricultura de subsistencia y empezaron a agruparse en culturas diferenciadas. Hasta el punto de que ya en el siglo I de nuestra era, los romanos contaban con más de cincuenta unidades políticas germánicas distintas: frisios, catos, queruscos, longobardos, harios, rugios, gotones...

Los godos fueron uno de esos pueblos germánicos y se asentaron temporalmente a orillas del Báltico y del Vístula. Allí los sitúa en el

siglo I el historiador Tácito —el primero que hace referencia a ellos en sus escritos—. Practicaban una agricultura extensiva poco tecnificada, lo que les obligaba a ser seminómadas, en una búsqueda periódica de nuevas tierras de cultivo. Hablaban la lengua gótica y desconocían la escritura alfabética. Se organizaban en tribus —casi clanes familiares— que celebraban asambleas para tomar decisiones relevantes y elegir a los caudillos que debían representar al grupo. Durante el siglo II estos clanes fueron desplazándose y ampliando su zona de influencia hacia el sur y hacia el este en un avance lento y progresivo, que a menudo implicaba el enfrentamiento con los diferentes pueblos bárbaros del este de Europa. A principios del siglo III, tras décadas de viaje por el continente, levantaron sus aldeas de nuevo a orillas del mar, concretamente al norte y noroeste del mar Negro.

La migración de los godos debió de ser progresiva y poco uniforme. De hecho, hacia el año 200 ya había soldados godos integrados en la legión romana. En ocasiones debió de tratarse de grupos de guerreros a la caza de botines; en otras, de clanes enteros que avanzaban en busca de tierras mejores. Los restos arqueológicos hallados tan solo nos dicen que los godos —y también gépidos, vándalos, rugios, burgundios, hérulos, etcétera— se desplazaron en dirección sureste y se fueron mezclando con la población autóctona. Allí donde dominaban unos, la cultura de los otros era en gran medida absorbida, pero el proceso podía funcionar también a la inversa. De ahí, por ejemplo, que los godos fueran hábiles jinetes, arqueros y halconeros, por el contacto con los nómadas de la estepa póntica. Esa manera de relacionarse con los pueblos que hallaban a su paso explicaría también por qué podían encontrarse soldados vándalos entre las tropas godas, y por qué las gentes que habitaban la

costa septentrional del mar Negro usaban el gótico como lengua común, a pesar de tener distintos orígenes germánicos, tracios e iranios.

Una vez asentados en la costa del mar Negro, las mejoras de las técnicas agrícolas aumentaron sustancialmente la productividad, y se inició un crecimiento demográfico a la vez que la sociedad se estratificaba. Los nuevos excedentes agrarios permitieron a los pueblos germánicos empezar a pensar en el comercio. Muy cerca de ellos, las tropas romanas necesitaban de todo —desde cereales o ganado hasta madera para construir fortificaciones—, y en algunas zonas del *limes* las poblaciones vecinas se convirtieron en los proveedores naturales, de proximidad. Con el tiempo, los bárbaros devinieron una inestimable fuente de minerales, pieles, hierro, ámbar y esclavos para el Imperio romano. A cambio, Roma podía ofrecerles bronce, plata, armas, vidrio y cerámica. Surgieron así las relaciones comerciales que, en función del momento histórico, convivirían durante décadas con las belicosas, propias de una tierra de frontera.

Situados en los confines del Imperio y presionando para poder ganarle territorio, los caudillos godos se reforzaron como líderes militares. Y, a pesar de que no todas las tribus germánicas desarrollaron las mismas estructuras sociales y políticas, sí que empezó a generalizarse una jerarquización social: en lo más bajo de la pirámide, los esclavos; en el centro, una mayoría de hombres libres que participaban en la asamblea y podían tomar las armas si era necesario; y en la cúspide, la élite guerrera dirigida por el caudillo.

En paralelo a esta evolución de los pueblos, en la primera mitad del siglo III se produjo una reducción del número de tribus germánicas y una reubicación geográfica de las mismas. Del medio centenar de pueblos

germánicos que calculaban los romanos en el siglo I se pasó, tras diversos procesos de agregación, a una decena a inicios del siglo V. Y los que se mantuvieron, lo hicieron en territorios distintos a los originales. Esto se explica, por una parte, por la acción directa del Imperio romano, que obligaba a algunos clanes a desplazarse y a otros a someterse; y, por otra, por el propio funcionamiento de los pueblos germánicos, que establecían alianzas más o menos estables entre ellos, pero que también sufrían escisiones que los obligaban a distanciarse. Los bátavos, por ejemplo, surgieron de una ruptura con los catos, originarios del cauce alto del Weser, y se desplazaron a la desembocadura del Rin. Y los marcomanos se confederaron con los cuados, los vándalos y los sármatas para atacar el *limes* a la altura de la actual Viena, probablemente empujados por la presión que ejercían sobre ellos los gépidos y los godos del norte. Y estos últimos, como hemos visto, se trasladaron desde la costa báltica y la orilla del Vístula hasta el mar Negro, a más de dos mil kilómetros. Ahí es donde los ubican los historiadores romanos a partir del siglo III. Es probable que la distinción entre visigodos y ostrogodos provenga de esa época, aunque el debate historiográfico sobre este punto sigue abierto. En cualquier caso, parece que los antepasados de los visigodos quedaron asentados al oeste del mar Negro, mientras que los de los ostrogodos ocuparon la región del norte.

Las invasiones del siglo III

La primera incursión de los godos en territorio imperial de la que hay testimonio es el ataque a la ciudad de Histria, cercana a la desembocadura del Danubio, en el año 238. Se iniciaba así una serie de ofensivas

en la frontera del bajo Danubio, entre los montes Cárpatos y el mar Negro, en las que los godos fueron asolando las provincias de Europa oriental a pesar de la oposición de los ejércitos imperiales. La segunda fecha clave en esta etapa de incursiones es el año 251, cuando el caudillo godo Cniva llegó a cruzar el Danubio, se internó en los Balcanes y asedió y conquistó la ciudad de Filipópolis (la actual Plovdiv búlgara), donde pasó el invierno. El verano siguiente el emperador Decio quiso cortarle la retirada pero, tras ser traicionado por Gallo, su general de confianza, Decio resultó vencido y murió en combate. Gallo fue nombrado sucesor del emperador y se apresuró a comprar la paz a los godos: aceptó la retirada de Cniva y sus tropas a cambio de una alta cantidad de dinero en concepto de tributo. Pero no es solo por ese gesto por lo que Filipópolis supuso un gran revés para los ciudadanos del Imperio, sino sobre todo porque en esa batalla, por primera vez, un emperador había sido vencido y muerto por un pueblo bárbaro.

Fruto de las siguientes casi tres décadas de ataques y retiradas, de saqueos y batallas, los godos y otros pueblos germánicos se vieron obligados a aceptar la condición de semiclientes que les ofreció el Imperio. El emperador necesitaba poder concentrarse en los problemas que tenía en Oriente, así que consideró un mal menor ir comprando la paz a los diferentes pueblos bárbaros integrándolos en las poblaciones de frontera. Así, por ejemplo, tras el primer ataque a Histria, los romanos concedieron lo que ellos llamaron un subsidio anual a los godos —que estos denominaron *tributo*— a cambio de que abandonaran la ciudad y liberaran a los cautivos. Los términos de los acuerdos podían variar en función de la ciudad, del grado de belicosidad de los germánicos y de las autoridades que las negociaran, y podían beneficiar bien

al Imperio, bien a los germánicos. Lo que tenían en común todos esos acuerdos era el pago de un tributo: en unas ocasiones lo pagaba el Imperio para comprar la paz y deshacerse de los pueblos bárbaros, a los que enviaba de nuevo al otro lado del *limes*; en otras los cobraba el Imperio a cambio de tierras. *Foederati* era el nombre dado por los romanos a los bárbaros a los que se concedían tierras en las que asentarse dentro de las fronteras del Imperio. A cambio, los *foederati* habían de proteger esa parte de la frontera contra los ataques de otros bárbaros. Se sabe también que, como parte de esos acuerdos, varios miles de godos fueron reclutados para combatir con el ejército imperial en las guerras contra el Imperio sasánida, la nueva superpotencia persa que amenazaba en el extremo oriental.

Dos décadas después de Filipópolis, en el año 271, a causa del coste de todos estos primeros enfrentamientos con los godos y sus aliados —pero también de la necesidad de reducir el riesgo en el *limes* danubiano—, el emperador Aureliano decidió abandonar la Dacia Transilvana, la única provincia septentrional que se extendía más allá de la frontera natural que dibujan los ríos Rin y Danubio, y cedérsela a sus ocupantes, los pueblos godos. Con esta operación, Roma retrasaba su frontera en ochocientos kilómetros y daba a sus turbulentos vecinos un territorio en el que instalarse y por el que pelearse.

De este modo, los godos iniciaron el siglo IV en paz con el Imperio y con al menos seis grandes clanes de godos independientes. Es poco lo que sabemos de los pueblos que habitaban al norte del mar Negro en aquella época y la tradición romana o romano-gótica solo nos ha transmitido con certeza la presencia de dos grandes entidades políticas: los tervingos y los greutungos. Hay cierto debate sobre los nombres, pues

parece que los primeros o eran o dieron origen a los visigodos (godos occidentales) y los segundos a los ostrogodos (godos orientales). Ambas ramas de la familia de los godos serían en los siglos venideros los protagonistas de los grandes cambios en el panorama político y social del oeste de Europa.

No hay que concebir a los tervingos o los greutungos como pueblos uniformes. Eran más bien confederaciones de tribus germánicas, iranias, tracias e incluso celtas, dirigidas por una élite goda. Ambas confederaciones tenían unas estructuras de Estado más o menos desarrolladas: por lo menos, la capacidad de cobrar impuestos y aduanas y la de reclutar jóvenes para el servicio militar. Ello implica una división ordenada del territorio o de sus gentes y capacidad para actuar sobre los mismos.

Los tervingos se hallaban al oeste del río Dniéster, en las estribaciones de los Cárpatos y de los Alpes transilvanos, mientras que los greutungos habitaban al este del río Dniéster, al norte del mar Negro. Como era previsible, los más cercanos al *limes* acusaron con el tiempo un mayor grado de romanización y fueron también los primeros en entrar en el Imperio romano.

En el año 332 el emperador Constantino favoreció que los sármatas se instalaran en la orilla norte del Danubio para que actuaran de barrera contra los godos, a los que llevaba una década intentando repeler con fortificaciones y otras medidas de contención. Esta ofensiva más o menos encubierta precipitó un lustro de nuevos enfrentamientos de los que Roma resultaría vencedora. Ariarico, jefe de los tervingos, negoció con Constantino un *foedus* en el mismo año 332 por el que se comprometía a pagar tributos al emperador y proporcionarle reclutas a cambio de ampliar la zona de asentamiento de los visigodos en territorio romano.

La irrupción del cristianismo

Durante los casi 35 años en que los tervingos vivieron como *foederati*, adoptaron muchos aspectos de la vida romana e, incluso, sus creencias. Fue en esos años de relativa calma cuando los godos asumieron las dos principales características de su civilización: su lengua escrita y la religión cristiana. Si bien la población goda era aún mayoritariamente pagana, entre ella surgieron ya los primeros cristianos, que realizaron una intensa labor de proselitismo. Efectivamente, en esa época muchos godos se convirtieron al cristianismo y se tradujo por primera vez la Biblia al gótico. Estas dos consecuciones fundamentales —el nuevo alfabeto y la cristianización— fueron obra de un solo hombre, Ulfilas.

El credo que los godos adoptaron mayoritariamente fue el arrianismo, creencia no trinitaria que planteaba un Cristo no divino sino meramente humano, que fue considerada herejía por la doctrina oficial en el Concilio de Nicea de 325. Pero muchos godos se mantuvieron en sus antiguas tradiciones. Es el caso de Atanarico, juez de los tervingos al que los visigodos consideraron su primer rey. Firme defensor del acervo gótico y un acérrimo enemigo de Roma, persiguió el arrianismo y lideró la confederación contra el Imperio en el año 365, por su defensa de esa doctrina.

Esta nueva ofensiva gótica acabó con el *foedus* concedido por Constantino, así como con la unidad de los tervingos. Pues Atanarico no solo debió enfrentarse a los romanos, sino también a rivales surgidos en el seno de la aristocracia gótica. En concreto, Fritigerno, un caudillo convertido al arrianismo, se erigió en su principal oponente. Contaba con el apoyo del emperador Valente y, aunque sus hombres fueron

CONTINÚA EN LA P. 24

GRANDES PERSONAJES

Ulfilas, traductor de la Biblia e inventor de un alfabeto

El monje Ulfilas (c. 311-383) nació a orillas del mar Negro, en una familia cristiana de la región de Capadocia que había sido capturada por los godos. Hombre culto, además de la lengua gótica, también dominaba el griego y el latín. Siendo joven se ordenó como clérigo cristiano y en el año 341, en Antioquía, fue consagrado obispo de los godos.

Durante los años siguientes se dedicó a la evangelización de sus compatriotas, entre los que predicaba el cristianismo arriano. Esta doctrina negaba la divinidad de Cristo y en ese momento gozaba del apoyo de los emperadores Constancio II y Valente. Alrededor del año 350 decidió refugiarse dentro del Imperio, pues el éxito de su misión y su opción arriana incomodó tanto a los paganos como al rey de los godos, Ermanrico.

Según la tradición, Ulfilas decidió traducir la Biblia al gótico para facilitar la labor misionera y, como no existía una lengua gótica escrita, ideó antes un alfabeto con la ayuda de sus conocimientos de griego. Nacieron así los caracteres góticos. Acto seguido describió una gramática y una sintaxis sucinta, y dio por creada la lengua escrita de su pueblo. Así fue como la misión evangelizadora llevó a Ulfilas a proporcionar, no solo a los godos sino a la mayoría de pueblos germánicos, la lengua y la religión que les definiría en adelante.

Su proselitismo contribuyó en gran medida a conservar el cristianismo en el Imperio durante la época de las invasiones. Sin embargo, su opción, el arrianismo, provocó en los futuros reinos germánicos el distanciamiento de la élite gobernante respecto a las poblaciones locales y a la Iglesia de Roma.

Ilustración de estilo romántico en que se ve al obispo Ulfilas predicando el cristianismo entre los godos.

vencidos en batalla por Atanarico, el grueso de la confederación de pueblos germánicos decidió seguirle a él cuando entró en escena una nueva amenaza: los hunos.

Los hunos transforman el mapa

Nómadas esteparios, guerreros de distintos orígenes bajo el mando de una élite probablemente túrquica, los hunos aparecieron en Europa a mediados del siglo IV. Empezaron presionando a los alanos, que habitaban la región situada entre los ríos Volga y Don, y que, a su vez, presionaron a los godos greutungos, en la orilla septentrional del mar Negro. Pero cuando en el último cuarto de siglo la presión se convirtió en una invasión en toda regla, los godos se vieron obligados a tomar uno de estos dos caminos: algunos huyeron hacia las tierras de sus vecinos tervingos, mientras que otros, la mayoría, permanecieron bajo el dominio de los invasores. Poco tiempo más tarde, las terribles hordas anunciadas por los fugitivos greutungos lograron cruzar el río Dniéper y entrar también en el territorio tervingo.

Las medidas defensivas que los godos aplicaban contra los romanos resultaron totalmente ineficaces ante este nuevo enemigo, y la mayoría de los confederados decidió seguir la iniciativa de los caudillos Fritigerno y Alavivo de pedir auxilio al Imperio. Llegamos aquí al episodio histórico con que abríamos el capítulo. Valente accedió a acoger a los refugiados porque vio en ellos hábiles soldados para su ejército y la posibilidad de recaudar impuestos de forma inmediata, así que los tervingos escindidos, ahora de nuevo *foederati*, cruzaron el Danubio en el año 376.

Hay que advertir la importancia de este episodio. Con la entrada masiva de godos empezó el derrumbamiento fronterizo del otrora gran Imperio romano, porque, en esta ocasión, los bárbaros que cruzaron el *limes* eran hombres, mujeres y niños, y no solo guerreros en busca de botines. Sabemos ya que el trato de los romanos a los refugiados no acabó siendo el prometido y pronto se iniciaron los conflictos: los recién llegados se encontraron confinados en un territorio demasiado pequeño, rodeados por una guarnición que impedía su disgregación, y acuciados por el hambre y las enfermedades, que empezaban a hacer estragos. Las rebeliones tardaron poco en estallar. Para contenerlas, el comandante de la legión decidió desplazar a los godos hacia Marcianópolis, la actual Devnya búlgara, cerca de su cuartel. Con este objetivo retiró hombres de las guarniciones danubianas, lo que permitió que los greutungos, liderados por Alateo y Safrax, cruzaran el río y se unieran a los demás godos. El cambio de ubicación no mejoró la situación de los nuevos *foederati*, y los asaltos y pillajes sobre el territorio se generalizaron. Así que, rápidamente, aquellos refugiados hambrientos se convirtieron en un ejército poderoso al que se sumaron otros godos procedentes del Imperio: legionarios expulsados, soldados descontentos, prisioneros, esclavos fugados...

Adrianópolis, la gran derrota

Consciente de la amenaza que suponía esta masa de desheredados, el emperador Valente no solo movilizó a gran parte de su ejército para contener el avance godo, sino que pidió ayuda a su sobrino el general Graciano el Joven, emperador de Occidente, que mandó dos unidades

de élite a cortar el paso por los Balcanes. La guerra se presentaba cruda, y cuando los godos se vieron acorralados en 377 entre el Danubio y los Balcanes, Fritigerno recurrió a la ayuda de hunos y alanos para decantar la balanza a su favor.

En la primavera de 378 Valente llegó a Tracia con el grueso de su ejército tras pactar una paz precipitada con el Imperio sasánida en el frente oriental. Y, sin esperar los refuerzos de Graciano, que tenía sus propios problemas en el *limes* del Rin, decidió presentar batalla cerca de la ciudad de Adrianópolis, la actual Edirne turca, a principios de agosto. Pero la contienda no se desarrolló según lo esperado por el emperador de Constantinopla, y sus fuerzas resultaron vencidas por los godos. Dos tercios del ejército romano fueron destruidos y entre 12 000 y 20 000 hombres perecieron, incluido Valente. Pero Adrianópolis no llegó a ser tomada por los godos, lo que detuvo el avance de estos hacia Constantinopla.

En 379, Teodosio, un general originario de Hispania, fue rápidamente coronado sucesor de Valente para retomar la defensa del Imperio en los Balcanes y Grecia, donde además de los godos habían entrado taifalos y sármatas. Lideró personalmente una campaña contra los descendientes de Fritigerno que finalizó en 382 con una victoria agridulce: Teodosio se erigió como el vencedor de los bárbaros en Oriente, pero el acuerdo fijó un alto precio para la paz. Los visigodos fueron incorporados al Imperio nominalmente como *foederati*. Una vez más, el acuerdo solo se cumplió parcialmente, pues se les asignaron tierras en las provincias de Escitia, Moesia y algunas zonas de Macedonia donde los visigodos pudieran vivir bajo sus propias leyes y costumbres.

El emperador ha pasado a la historia como Teodosio el Grande por reunificar las partes Oriental y Occidental del Imperio una última vez:

venció en la batalla del Frígido, en 394, al usurpador pagano de Occidente Eugenio y a su comandante Arbogastes. En ese momento el ejército oriental todavía se encontraba falto de hombres y decaído tras la batalla de Adrianópolis, de modo que decidió reforzarlo con una gran cantidad de auxiliares godos (se calcula que unos 20 000), comandados por Alarico. Teodosio y sus generales Estilicón, Timasio y Bacurio los situaron en primera línea, con lo que consiguieron causar un gran número de bajas en las filas del bando enemigo, pero también en las de sus aliados —se ha conjeturado que pudo tratarse de un modo de contener el potencial visigodo—. Alarico, comandante de las fuerzas auxiliares visigodas desde el año 387, consideró que su victoria no fue suficientemente reconocida. De ahí en adelante, su resentimiento no haría sino aumentar.

A la muerte de Teodosio (395) el Imperio quedó de nuevo dividido entre sus herederos Honorio, de diez años, en Occidente, y Arcadio, de diecisiete, en Oriente. Estilicón, el general de padre vándalo que había dirigido las tropas en la batalla del Frígido, fue nombrado tutor de Honorio y se convirtió en regente. Arcadio, por su parte, era un débil títere en manos del general franco Rufino, prefecto de pretorio en Constantinopla, y de su hija Eudoxia, con quien contraería matrimonio. Y ambos gobernantes en la sombra, Estilicón y Rufino, eran a su vez enemigos declarados.

En este contexto, Alarico, el caudillo visigodo, regresó a su tierra y fue proclamado rey por su pueblo. Tras la muerte de Teodosio, dio por concluidos sus acuerdos con el Imperio, así que anunció el fin del *foedus* romano, y puso rumbo a Constantinopla con la intención de obligar al

CONTINÚA EN LA P. 30

GRANDES PERSONAJES

Alarico, el rey visigodo que admiraba el mundo clásico

La historia de este guerrero germano (c. 370-410) nos ha llegado envuelta en una leyenda con tintes románticos. En el año 395 fue coronado rey por su pueblo, que por entonces ocupaba la zona de la actual Serbia, paso obligado en todas las comunicaciones terrestres entre las dos partes del Imperio. Unos años antes, su admiración por la etapa de esplendor del Imperio le había llevado a ofrecer al emperador sus servicios y los de su pueblo en la lucha por la recuperación de la antigua gloria. Pero la falta de reconocimiento a sus sacrificios convenció a Alarico de que debía alejarse de los romanos y conquistar territorios por su cuenta. Se dirigió a Grecia, donde los visigodos saquearon numerosas ciudades. Sin embargo, cuenta la tradición que, al llegar a Atenas y contemplar las columnas del Partenón, Alarico quedó tan fascinado que decidió detener el ataque, firmar un tratado de amistad con las autoridades atenienses y poner rumbo al oeste.

Parece que a lo largo de su vida Alarico se debatió entre la pulsión destructiva hacia Roma y el deseo de formar parte de su mundo, entre el nacionalismo germánico y la admiración por el mundo mediterráneo. Su sueño era formar un nuevo imperio a imagen del romano, pero liderado por latinos y germánicos, considerados por igual, y lo persiguió hasta su último día. Sin embargo, Alarico no llegó a ver el primer reino visigodo en territorio imperial. Murió antes, a causa de unas fiebres. Y la leyenda cuenta que sus lugartenientes le dieron un entierro secreto para que nadie pudiera profanar su tumba.

Alarico, rey godo, óleo de Jusepe Leonardo (siglo XVII).

emperador a renegociar su pacto. A su paso arrasó Macedonia, Tracia, Fócida y Beocia. El ejército oriental se hallaba en esos momentos combatiendo a los hunos en Asia Menor y Siria, por lo que Rufino intentó llegar a un acuerdo con Alarico. Sin embargo, esto levantó sospechas de traición en la corte —parece ser que nadie se fiaba de Rufino— y Estilicón se apresuró a conducir sus tropas al este para detener a los bárbaros. Lo que ocurrió a partir de ese momento es solo una muestra de la falta de comunicación y de la ineficacia que reinaban en el Imperio. Arcadio ordenó al regente de su hermano que regresara a Occidente y, en paralelo, Rufino fue asesinado por sus propios hombres, lo que dejó vía libre a los godos para que saquearan el Ática y el Peloponeso. Con vistas a neutralizar a Alarico, el gobierno de Constantinopla lo nombró general del ejército romano —*magister militum per Illyricum*, un puesto que siempre había reclamado—, y lo envió a Iliria, zona de la costa adriática oriental que las dos partes del Imperio se disputaban, lo que, dicho sea de paso, sirvió además para enfurecer a Estilicón.

Una vez en su nuevo destino, Alarico buscó la manera de acercarse a Roma para negociar con el Senado y el emperador de Occidente los términos del Estado de los visigodos dentro del Imperio: necesitaban mejores tierras que las de los Balcanes y quería ser reconocido como igual. Según parece, por entonces el rey visigodo ya estaba fascinado por la edad dorada del Imperio, hasta el punto de ordenar a sus seguidores que le llamaran «Alaricus», latinizando su propio nombre.

La primera incursión de las tropas visigodas en Italia se produjo entre los años 401 y 403. Tras sembrar el terror por todo el norte de la península, fue detenido por las tropas de Estilicón en Polenzo, en la actual provincia del Piamonte. Y después de una nueva derrota en

Verona (402), Alarico y sus hombres regresaron a Iliria. No lograron acceder a la ciudad dorada, pero su penetración en el corazón del Imperio tuvo consecuencias: la residencia imperial se trasladó de Milán a Rávena, y la legión apostada en Britania fue movilizada, con lo que la isla se quedó casi desguarnecida.

La crisis de las fronteras

La segunda invasión de Italia por los visigodos coincidió con la crisis de las fronteras de 405-408. Tras un nuevo desplazamiento de los hunos por Europa, varios contingentes de pueblos bárbaros penetraron en el territorio del Imperio. Esta vez, las brechas se abrieron a lo largo de toda la frontera. Los hunos liderados por Uldino (¿?-412) penetraron por el bajo Danubio y desplazaron a las gentes que vivían en la zona hacia el oeste. Entre ellos, un grupo de godos de los que habitaban fuera del *limes* y que, en su huida hacia el oeste de los Cárpatos y acaudillados por Radagaiso, entraron en Italia en el año 405. Las noticias de sus terribles actos les precedían. «El más salvaje de todos los enemigos que Roma haya tenido nunca», dijo de Radagaiso el historiador y sacerdote Paulo Orosio (385-420). Llegaron a sitiar la ciudad de Florencia pocos meses después, pero fueron derrotados por el general Estilicón, acompañado de tropas auxiliares de godos, alanos y hunos. Radagaiso fue capturado y ejecutado, mientras que sus hombres (y mujeres y niños) fueron obligados a incorporarse al ejército romano o vendidos como esclavos. Debieron de ser muchos los cautivos, pues las fuentes de la época recogen una caída en picado del precio del esclavo: de pronto, había un exceso de oferta.

HISTORIA CURIOSA

La última lucha de gladiadores en Roma

El emperador Constantino I el Grande había prohibido en el año 325 las luchas de gladiadores en el circo de Roma. Sin embargo, determinadas celebraciones servían de excusa para volver a organizar una lucha. Eso es lo que ocurrió en el año 404 tras saberse que Alarico había abandonado la península itálica. Entre los platos fuertes de la programación se incluía la matanza en masa de prisioneros godos. Cuenta la leyenda que un monje llamado Telémaco saltó a la arena pidiendo al público clemencia para las víctimas. La respuesta fue la lapidación pública del religioso, que murió allí mismo. Parece ser que el emperador Honorio quedó tan afectado por la visión de aquel asesinato que prohibió terminantemente los combates de gladiadores.

A pesar de la victoria de la tropas de Estilicón, el desmoronamiento del Imperio parecía inevitable. Ese mismo año, una confederación de varias tribus de alanos, vándalos y suevos cruzaron el Rin, gracias a que estaba helado, a la altura de Maguncia, y durante dos años sembraron la desolación por las Galias, hasta que en 409 atravesaron los Pirineos y se adentraron en Hispania. A este escenario de derrumbamiento de las fronteras hay que añadir el levantamiento de militares que se proclamaban césares, aprovechando la situación de caos y el enfrentamiento abierto entre Occidente y Oriente. El Imperio se veía superado en todos sus frentes y Estilicón decidió pedir ayuda a Alarico,

pues conocía las simpatías que el líder visigodo sentía por la gloria imperial. Iniciaron las negociaciones, pero el general regente cayó en desgracia en 408 —se le acusaba de incompetencia a la hora de detener a los bárbaros— y el emperador Honorio ordenó su asesinato. Se impuso el caos y la anarquía, y en este contexto las mujeres y los hijos de los *foederati* fueron masacrados en Italia. Unos 30 000 hombres acudieron a Alarico en busca de justicia y venganza. En su mayoría eran los godos de Radagaiso que habían desertado del ejército y esclavos fugados. De modo que Alarico cruzó de nuevo los Alpes Julianos y en septiembre de 408 sitió por primera vez la ciudad de Roma. Esta vez levantó el sitio relativamente pronto ante la promesa de un generoso tributo por parte del Senado, pero el jefe godo no se alejó demasiado.

Y Alarico saqueó Roma

Un año más tarde, Alarico y sus hombres sitiaron de nuevo la Ciudad Eterna: reclamaban el pago de lo prometido y el territorio de la actual Eslovenia para su pueblo, además del título de comandante en jefe de los ejércitos romanos para el rey visigodo. Honorio, protegido en su fortaleza de Rávena, se negó a atender sus peticiones, y Alarico solo levantó el sitio cuando el Senado aceptó poner un emperador de paja de su elección. Pero pocos meses después, decepcionado por el papel de su hombre, Alarico reemprendió las negociaciones con Honorio. El emperador citó al rey de los visigodos cerca de su fortaleza y le tendió una trampa liderada por un godo enemigo. Enfurecido, Alarico se dirigió de nuevo hacia Roma y la asedió por tercera vez. En agosto de 410 los visigodos cruzaron las murallas de la ciudad y la saquearon durante

Los lugartenientes de Alarico entierran su cuerpo en el lecho del río Busento después de desviar el cauce.

tres días y tres noches. Aunque el asalto de Alarico sobre Roma no fue ni mucho menos terrible para los estándares de la época —ni la población fue sistemáticamente masacrada, ni los edificios reducidos a escombros, especialmente los religiosos, pues Alarico ordenó a sus hombres que los respetaran—, el saqueo de la capital tuvo un impacto de gran calado para sus contemporáneos. La noticia se extendió pronto por el Imperio y causó una turbación generalizada. San Agustín, por entonces obispo de Hipona, se inspiró en el acontecimiento para iniciar su obra *La ciudad de Dios*, mientras en Palestina san Jerónimo afirmaba: «He perdido la memoria de todo, incluso de mi nombre». El saqueo de Roma confirmaba de forma inequívoca el estado agónico del Imperio de Occidente a aquellos que todavía confiaban en su salud.

Cuando Alarico y sus hombres abandonaron la antigua capital del mundo, se dirigieron hacia el sur. Aunque no se puede afirmar con

certeza, parece que los visigodos tenían la intención de cruzar el Mediterráneo y llegar a África, el granero del Imperio, desde donde pretendían presionar al emperador con el bloqueo de los suministros de cereal. Alarico y sus hombres trabajaron incansablemente en la construcción de una flota, pero antes de embarcar en Calabria Alarico halló la muerte, probablemente a causa de unas fiebres. Según la leyenda, sus lugartenientes decidieron enterrarlo en un lugar donde nadie pudiera profanar su tumba. Así que pusieron a todos los esclavos a trabajar en el desvío del cauce del río Busento, se dio sepultura al rey junto a su tesoro, y se restableció posteriormente el curso normal de las aguas. Para evitar que la sepultura fuera localizada se asesinó a los esclavos que habían realizado las obras.

El reino visigodo de Tolosa

A Alarico le sustituyó su cuñado y primo Ataúlfo. Elegido de forma unánime, Ataúlfo se convirtió en el primer caudillo godo que, en lugar de encabezar una confederación de tribus, lideró un auténtico reino visigodo. El nuevo rey se puso a la cabeza de los visigodos que se dirigían a Sicilia para, desde allí, atravesar el Mediterráneo, pero pronto tuvo que detener el avance por falta de suministros. Así que, en lugar de seguir el plan de Alarico de llegar a África, él y sus hombres se dedicaron a saquear el área de Calabria.

El objetivo de Ataúlfo como rey era el mismo que el de su predecesor: lograr un buen acuerdo con el Imperio romano por el que les concedieran tierras en las que establecerse y se les dispensara un trato de respeto como iguales. A tal fin, Ataúlfo dirigió a su pueblo a las Galias

en 411 para demostrar a Honorio que no serían una amenaza para él y para intentar conseguir la concesión de aquella región. Allí, varios usurpadores —Constantino III, Jovino, Sebastiano— aprovecharon el descontrol provocado por la entrada de vándalos, alanos y suevos para proclamarse césares. Y, ante lo revuelto de las aguas, Ataúlfo demostró saber cómo aprovecharse de la situación. Tras amagar con tomar partido por uno y por otro, y enfrentarse a viejos conocidos (asesinó a Saro, godo de otra facción enemiga), finalmente colaboró en el restablecimiento del poder de Honorio.

En agradecimiento, el emperador permitió a los visigodos establecerse en Aquitania, primero, y en la Galia Narbonense, después. De este modo, garantizaba que Ataúlfo contendría a los posibles usurpadores y a sus soldados bárbaros. Y ese no fue el único regalo que le concedió Honorio.

Desde el saqueo de Roma, una cuestión mantenía alejadas las posiciones entre ambos mandatarios, y tenía nombre de mujer: Gala Placidia. La hermanastra de Honorio había sido capturada durante el saqueo y, por más que el emperador había insistido en su restitución inmediata, esta había permanecido entre los bárbaros. Tanto Alarico —antes de morir— como su cuñado habían visto en la bella Gala Placidia la posibilidad de unir los destinos de los pueblos romano y godo. La hermana del emperador podía darles la llave para la deseada integración de los godos en el Imperio. Así que Ataúlfo, tras proteger los intereses de Honorio en la Galia, le pidió su consentimiento para contraer matrimonio con ella. En 414 (411 según algunas fuentes) el rey godo se casó con Gala Placidia y la pareja tuvo un hijo al que llamaron Teodosio, como el abuelo materno, con la clara intención de establecer una dinastía romanogoda.

Retrato copto del siglo XVIII cuyo rostro es atribuido tradicionalmente a Gala Placidia, la hermanastra de Honorio que se convirtió en esposa del rey visigodo Ataúlfo.

En ese momento, el general Constancio, sucesor de Estilicón, enemigo declarado de los bárbaros y aparentemente enamorado de Gala Placidia, empezó a envenenar las relaciones entre Honorio y Ataúlfo. Y logró que el emperador le permitiera cortar los suministros marítimos a los visigodos acorralándolos al sur de las Galias. Ello provocó un nuevo desplazamiento de Ataúlfo y sus gentes, esta vez hasta Barcino, la actual Barcelona, donde murió el hijo de Ataúlfo y de Gala Placidia. El bloqueo romano continuó y provocó las primeras voces críticas en el seno de la corte visigoda: algunos abogaban por llegar hasta África, tal como había planeado Alarico, mientras que otros preferían intentar un nuevo pacto con Honorio.

En cualquier caso, los movimientos de Ataúlfo, partidario de restablecer las relaciones con Rávena, se vieron truncados cuando fue asesinado por un miembro de la facción de Saro. Tras diversos incidentes, Walia, hermano menor de Ataúlfo, fue proclamado rey de los visigodos. Con una reputación de gran guerrero y gobernante prudente, el sucesor de Ataúlfo intentó nuevamente llevar a sus gentes hasta las ricas provincias africanas. Pero frustrados sus planes en el estrecho de Gibraltar, donde su flota fue víctima de una terrible tormenta, llegó a un pronto acuerdo con Constancio. En 416 Walia aceptó un nuevo *foedus* a cambio de suministros —pues Hispania estaba devastada— y de permitir que Gala Placidia regresara a la corte romana, donde se casó en segundas nupcias, precisamente, con

Constancio. Además, los visigodos debían encargarse de derrotar a los bárbaros asentados en las zonas más ricas de Hispania y reestablecer el poder de Rávena. Walia firmó el acuerdo, convencido de que, si recuperaban esas tierras, serían para su pueblo.

En dos peligrosas campañas, Walia lideró a los visigodos que vencieron a los vándalos silingos de la Bética y a los alanos. Estos vieron reducidos sus dominios a la Gallaecia, donde se fundieron con los vándalos asdingios. Tras esta recuperación del Imperio en la península ibérica, Constancio instó a los visigodos a regresar a las Galias: les ofreció Aquitania Secunda, la rica y conflictiva área correspondiente al valle del río Garona. Y, aunque el hombre de Honorio se guardó bien de ofrecer puertos marítimos importantes para evitar nuevas expediciones a África, Walia estableció su corte en Tolosa (actual Toulouse) en el año 418.

Las características de este nuevo pacto son significativamente distintas a las de los acuerdos anteriores suscritos por Alarico, Fritigerno o Ariarico: Tolosa se convierte en un reino *de facto*. Y así se mantiene hasta la caída formal de Roma en el año 476. Los reyes visigodos reciben la provincia para su administración y beneficio, aunque bajo la autoridad —más formal que real— del prefecto de las Galias y del emperador. De hecho, Rávena hacía tiempo que había perdido el poder sobre la zona, que se hallaba en manos de las élites laicas y eclesiásticas romanogalas. Y los visigodos, en lugar de devolver a estos caudillos locales al redil, se aliaron con ellos, con lo que frustraron los planes de Constancio de recuperar la Galia para los romanos. Además, en el pacto, llamado de *hospitalitas*, los visigodos recibieron tierras en propiedad que debían expropiar a sus dueños y repartirse entre ellos. Si bien esto ya no lo llevó a cabo Walia, quien murió en 418, sino su sucesor

Teodorico I, también llamado Teodoredo. Aunque sus orígenes no estaban contrastados totalmente, se aceptó a Teodorico como un hijo ilegítimo de Alarico. En cualquier caso, era un caudillo lo bastante relevante como para ser escogido rey de los visigodos y fue precisamente él quien estableció, no sin conflictos, la sucesión hereditaria.

El *foedus* renovado en 418 permitía a Teodorico y a sus gentes trabajar las tierras, explotar los recursos naturales, comprar y vender animales, recaudar impuestos para el Imperio y conservar sus armas para usarlas en favor de Rávena. Pero el rey visigodo carecía aún de autoridad sobre la población no goda de su reino, por lo que Teodorico ignoró los términos pactados y buscó la manera de fortalecer su poder.

Muestra de ello es la aparición de la Leyes Teodoricianas, o *Leges Teodoricianae*, el compendio de edictos jurídicos bárbaros más antiguo que existe. Aunque no han llegado hasta nuestros días, sabemos que son leyes complementarias al derecho romano que regulaban aspectos relativos al establecimiento de los visigodos en la Galia. En concreto, abordaban el reparto de las tierras donde se asentaban: mientras dos tercios procedían de expropiaciones, el resto permaneció en manos de los antiguos propietarios galorromanos. De este modo, Teodorico impuso sus leyes a los que, en muchos aspectos, ya eran sus súbditos *de facto*.

Pero la mejor forma que encontró el rey visigodo de clamar su independencia del Imperio fue mediante la expansión de su reino, avivada por el caos sucesorio que imperó tras la muerte de Honorio en 423. Asedió en dos ocasiones la ciudad de Arlés, en 425 y 430, pero fue detenido por el *magister militum* Aecio, que contó con el apoyo de los hunos. A pesar de las derrotas, Teodorico logró expandir sus dominios

hacia el sureste. En 435 hubo una revuelta de bagaudas en la Galia, y, en 436, los burgundios, uno de los pueblos que cruzaron el Rin en 406 y se establecieron en el valle del Roina, invadieron la Galia belga. Los visigodos aprovecharon este nuevo descontrol territorial para poner en estado de sitio la ciudad de Narbona. Rávena envió a Aecio a poner orden. Los romanos, con ayuda de los hunos, ahogaron rápidamente todas las revueltas y acorralaron a Teodorico en su propio feudo: Tolosa. Tras un penoso asedio, se firmó la paz gracias a la intervención de Avito, el nuevo prefecto del Pretorio de las Galias, que ya había actuado como embajador anteriormente en Tolosa.

Una vez frustradas sus ansias expansionistas, Teodorico I intentó fortalecer su poder regional mediante varias alianzas matrimoniales con los pueblos bárbaros vecinos en la década de 440. Casó a una de sus hijas con Hunerico, hijo del rey vándalo Genserico, y a otra con Requiario, rey de los suevos. Sin embargo, ninguno de estos matrimonios permitió la expansión territorial de los visigodos, la cual tuvo que esperar.

Fue entonces cuando aparecieron de nuevo los hunos. Y en esta ocasión lo hicieron bajo el mando de su histórico líder Atila: tras décadas asolando el Imperio romano de Oriente, en 451 atacaron la ciudad de Metz, al norte de las Galias. Se desconoce si su intención era destruir el poderoso reino visigodo de Tolosa, o sencillamente expandir su Imperio por Occidente, pues en esos momentos los hunos ocupaban la amplia franja de territorio que iba desde las estepas de Asia Central hasta el Rin y desde el Danubio al Báltico.

Sea como fuere, la presencia de esta confederación de tribus nómadas y sus súbditos —entre los que se hallarían los ostrogodos—

LA HISTORIA EN CONTEXTO

Las bagaudas

Bagauda *era un término galo para referirse a las tropas. Las sublevaciones bagaudas o, sencillamente, las bagaudas, son revueltas campesinas que estallaron en el noroeste de la Galia e Hispania, especialmente a orillas del Ebro, desde finales del siglo* II *hasta mediados del* V. *Se inscriben en el contexto de crisis social y económica de la decadencia del Imperio romano caracterizada por invasiones bárbaras, ruralización de la sociedad, empobrecimiento agrario, etcétera.*

Los colonos se sublevaban ante la obligación de subyugarse a sus domini, *de permanecer atados ellos y sus descendientes a la tierra que cultivaban, y protestaban por la presión fiscal que se ejercía sobre los campesinos libres que, empobrecidos, no podían afrontar sus deudas.*

Compuestas principalmente por labriegos arruinados o sin tierra, colonos y esclavos fugados de sus obligaciones, las bagaudas adquirían forma de tropas organizadas y se enfrentaban al ejército romano y a los latifundistas, cuyan debilidad lograron poner de manifiesto.

consiguió unir los dos mundos que convivían en el continente: lo que quedaba de Imperio romano de Occidente y los pueblos germánicos que lo ocupaban. Aecio, otrora aliado de los hunos y buen conocedor de la amenaza que suponían, convenció a Teodorico I para sumar sus fuerzas (la figura de Teodorico, el soberano casi anciano que regresa al campo de batalla una última vez en un acto heroico, inspiraría en el siglo XX al escritor J. R. Tolkien para la creación de su personaje Théoden de Rohan, el rey humano que salió de su retiro para enfrentarse a

Los hunos en la batalla de los Campos Cataláunicos. Ilustración de A. de Neuville (1836-1885).

los orcos), a las que se añadirían otras tribus celtas y germanas. Ambos ejércitos, el de los hunos y el de los romanos y bárbaros, se enfrentaron en la batalla de los Campos Cataláunicos (451), que se saldó con más de 20 000 muertos, entre ellos Teodorico, y con la huida de Atila a Germania.

A raíz de esta batalla, Aecio pasó a la historia como «el último romano» por su empeño en mantener el poder del Imperio sobre el territorio. Y la victoria sobre los hunos, además de demostrar la vulnerabilidad del temido Atila, se presentó como el último canto del cisne de la antigua civilización, ya moribunda.

La muerte de Teodorico inauguró una época de conflictos sucesorios entre sus hijos en el seno del reino visigodo (451-466). Los sucesores, a pesar de actuar con bastante independencia del Imperio, mantuvieron el *foedus* pactado por su padre. De hecho, las distintas campañas que emprendieron y las trifulcas palaciegas en las que participaban fueron siempre en pos de la defensa del Imperio. Aunque, como ya le ocurriera a Alarico, lo que perseguían en el fondo era erigir a los visigodos como sucesores naturales de la civilización que llegaba a su fin. Por ello, no liquidaron del todo las instituciones romanas, sino que las adoptaron y adaptaron como signo de continuidad frente a la aristocracia galorromana. También las utilizaron para despojar de poder a la nobleza goda, la principal amenaza a la monarquía sucesoria.

GRANDES PERSONAJES

Atila

Atila, conocido como «el azote de dios», es el caudillo huno que puso en jaque todo el mundo occidental a mediados del siglo V. Los hunos eran una confederación de tribus nómadas esteparias conformada por ávidos guerreros, hábiles jinetes y diestros arqueros. Extendieron sus redes desde el Extremo Oriente hasta Persia, la India y Europa; es decir, las grandes civilizaciones del momento.

En el siglo IV llegaron a las estribaciones del Imperio romano, alternando agresiones y alianzas tanto con los pueblos bárbaros como con los romanos. Y su presencia fue la causa última de las oleadas de germánicos en tierras imperiales.

Bajo el mando de Atila, su último rey, los hunos sometieron a los emperadores a una agresión sin cuartel: invadieron repetidamente los Balcanes, pusieron sitio a Constantinopla y se adentraron en las Galias. Solo pudieron ser detenidos con la unión de fuerzas romanas y bárbaras, con lo que precipitaron el trueque de poderes en Occidente.

A la muerte de Atila en 453, los hunos se replegaron hacia el este y desaparecieron de la historia.

Cuando Eurico subió al trono (466), emprendió una serie de guerras civiles para derrocar a otros reyes y caudillos visigodos, y pronto se erigió como el primer gobernante de una nación visigoda unificada (aunque esta no existiera como tal, pues en el territorio del reino de Tolosa, además de la élite guerrera visigoda, habitaba también la antigua aristocracia terrateniente galorromana, los campesinos tanto galos como visigodos, esclavos de distintos orígenes, etcétera). Y a medida que las campañas expansionistas del nuevo rey se saldaban con

nuevos éxitos, el control sobre la sociedad devino más complejo, pues en los territorios ocupados por las nuevas conquistas los visigodos eran minoría. A pesar de todos estos problemas, el derrumbamiento del Imperio romano permitió a Eurico una rápida expansión de su reino por las Galias y por Hispania.

El rey visigodo consiguió que el penúltimo emperador marioneta de Roma, Julio Nepote, reconociera sus dominios en 475, y logró así la independencia de su reino tanto de hecho como formalmente, incluso un año antes de la caída definitiva del Imperio. Aunque las cronologías de sus conquistas no están bien documentadas, sabemos que Eurico consiguió extender el reino visigodo de Tolosa desde el Loira y los Alpes Mediterráneos hasta Gibraltar, convirtiéndolo en la primera potencia tras el fin de Roma. Emprendió grandes proyectos de obras públicas para mejorar las comunicaciones entre sus territorios y pactó treguas con los obispos locales para garantizar la convivencia religiosa, especialmente en Hispania; de modo que consiguió cierta estabilidad durante su reinado. Además, ordenó la compilación de las leyes romanogodas —mezcla de la tradición germánica y de las leyes vulgares romanas— en el llamado Código de Eurico, o *Codex Euricianus*, con normas sobre aspectos muy dispares de la vida cotidiana, como el matrimonio y otras uniones, el comercio marítimo, el reparto de las tierras entre visigodos y galos o hispanorromanos, herencias, honorarios de los médicos, niños abandonados, deberes de los viajeros, violaciones, ladrones... Y, al margen de lo curioso de su contenido, el solo hecho de la existencia de este código, en latín, demuestra la necesidad que sintió Eurico de dotar de un único marco legal a sus súbditos de diversos orígenes y culturas.

A su muerte en 484 en Arlés, le sucedió su hijo, Alarico II. El joven, ambicioso, continuó la tarea de integrar a la población no goda en su reino mediante la recopilación del derecho romano vigente en el Breviario de Alarico, también conocido como *Lex Romana Visigothorum*. Así, la población autóctona vio reconocida su legislación. Elaborado por juristas eclesiásticos y nobles, el Breviario se promulgó en 506 y hasta el Renacimiento se consideró un corpus de derecho romano auténtico —no vulgar—, trascendiendo al reino visigodo de Tolosa.

La derrota ante los francos

A pesar de que Alarico II pasó a la historia por su derrota ante los francos en la batalla de Vouillé (507), su política fue mucho más allá. Se acercó a los obispos católicos no solo en Hispania sino también en la Galia, lo que nos demuestra que supo ver la importancia que iba a tener la Iglesia para los reinos de la Alta Edad Media. Además, favoreció la migración de población visigoda hacia Hispania y, allí, se enfrentó a las bagaudas en el Ebro. Y, en política exterior, mantuvo la tradición de acercarse a sus vecinos: contrajo matrimonio con la hija de Teodorico el Grande, el rey ostrogodo, además de ayudarle a vencer a los hérulos en Italia; y apoyó a los burgundios cuando fueron atacados por los francos (con quienes, más adelante, pactará la paz).

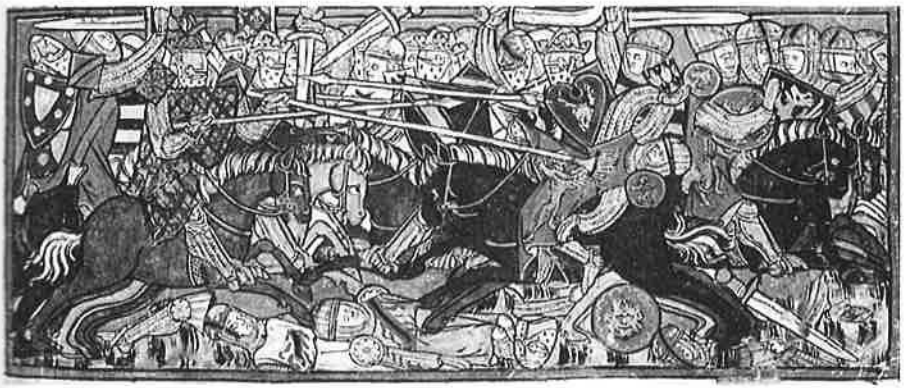
La geopolítica de la época es complicada: luchas internas en el seno de los distintos reinos, conflictos fronterizos, ansias expansionistas, revueltas de la población autóctona, conflictos religiosos... Fue la combinación de varios de estos factores los que precipitaron el fin de Alarico II y del reino visigodo de Tolosa.

Los francos de Clodoveo entraron en territorio visigodo tras su expansión por las Galias en 507 (antes ya se habían anexionado el reino del romano Siagrio, entre el Loira y el Sena). Y, a pesar de los intentos del rey ostrogodo Teodorico para evitarlo, el enfrentamiento entre ambos ejércitos —el franco y el visigodo— fue inevitable. La contienda, fatal para Alarico II, tuvo lugar en los llanos de Vouillé, cerca de Poitiers. El rey visigodo, según la tradición, cayó a manos del mismísimo Clodoveo, y sus hombres intentaron huir en desbandada, pero fueron matados por el enemigo.

Como resultado, el reino visigodo vio reducido su territorio galo a la Septimania, más o menos la mitad occidental del golfo de León. El resto, incluida la ciudad de Tolosa, cayó en manos de los francos. Además, la muerte del rey abrió un debate por la sucesión al trono, pues se eligió como sucesor a un hijo bastardo del monarca, Gesaleico.

El nuevo monarca enseguida replegó la corte hacia Barcino, que se convirtió en capital provisional del reino, aunque su reinado no será largo. En 510, Teodorico, rey de los ostrogodos, ofendido por cierta alianza de Gesaleico contra su influencia, apoyó la coronación de otro candidato al trono visigodo. Se trataba de un menor, que fue nombrado rey con solo nueve años, así que Teodorico el Grande se autoproclamó regente. Era el año 511.

De este modo, y solo cien años después de que Ataúlfo llegara a las Galias, el reino visigodo de Tolosa llega a su fin. El primero de los reinos bárbaros tuvo una vida relativamente breve pero intensa, plagada de conflictos en su seno y de altibajos en sus relaciones con los vecinos. Se esforzó por mantener el equilibrio entre una civilización que se extinguía y otra que todavía no sabía adónde iba. Pero a pesar de que



Batalla de Vouillé entre francos y visigodos representada en un manuscrito del siglo XIV.

el reino de Tolosa llegó a su fin, los visigodos no desaparecieron, sino que se retiraron momentáneamente de la primera línea de acción para reaparecer, con fuerzas renovadas, en el otro extremo de su mapa. Y es que, tras una temporada bajo el dominio de sus parientes ostrogodos, regresarían para levantar el reino visigodo de Toledo (507-725) en la península ibérica.

El reino visigodo de Toledo

Cuando Alarico II pierde Tolosa (507), la capital de su reino, a manos de los francos, los visigodos se instalan definitivamente en Hispania. Su primer rey, paradójicamente, no es visigodo sino ostrogodo: Teodorico el Grande. Según algunas fuentes, actúa como regente de su nieto Amalarico, incluso cuando este ya es mayor de edad. Según otras, lo hace por derecho propio de conquista, pues logra el trono por la fuerza al expulsar al hermanastro ilegítimo de Amalarico. Sea como fuere, el

Frontispicio de Teodorico de un manuscrito alemán del siglo XII.

rey de Italia lo es también de la costa mediterránea de las Galias y de Hispania.

Teodorico gobierna desde Rávena y lo hace a través de funcionarios tanto godos como hispanorromanos. Reorganiza el gobierno a imagen y semejanza del que tiene en Italia: la administración civil queda en manos de la aristocracia local —para restaurar el modelo imperial— y el ejército pasa a manos de los godos. En realidad, es como si hubiese dos gobiernos paralelos: uno para los germánicos y otro para los romanos. En cambio, ordena y unifica la administración fiscal para facilitar y optimizar la recaudación de impuestos, y favorece la integración de la población visigoda con la hispanorromana al permitir los matrimonios mixtos y promover la tolerancia al cristianismo ortodoxo.

A la muerte del rey ostrogodo en 526, Amalarico sube al trono, se instala en Narbona y sustituye a los altos cargos de su abuelo por gente de su confianza. Con su primo Atalarico, el nuevo rey de Italia, pacta la cancelación del tributo hispano, la recuperación del tesoro real visigodo, que se halla en Rávena, y la fijación de la frontera entre ambos reinos en la Provenza. Pero la independencia *de facto* no es tan sencilla... Entre la aristocracia se incluye un gran número de ostrogodos que no ven con buenos ojos el giro visigodo de Atalarico. Uno de ellos es Teudis, general y hombre de confianza de Teodorico en Hispania. Según algunas fuentes, es incluso el tutor de Amalarico. Casado con una rica

hispanorromana, Teudis favorece la unión de la nobleza local con los ostrogodos contra el rey visigodo.

En 530, Amalarico y Teudis se enzarzan en una lucha de poder. Quizá este es el motivo de la caída del rey visigodo. Aunque según Gregorio de Tours, historiador de los francos, la causa es muy distinta: Amalarico está casado con Clotilde, hija de Clodoveo I, fundador de la dinastía merovingia. Ella es cristiana ortodoxa, y parece ser que desde el primer día de matrimonio el rey la maltrata por este motivo, pues él es arriano. En 531 Childeberto I de París, hermano de Clotilde, invade la Septimania (el territorio de Amalarico en Galia) para vengar a la reina franca de los visigodos. Presuntamente, cuenta con el consentimiento de Teudis. El rey es asesinado en Narbona y Teudis, proclamado su sucesor, reinará hasta 548. A partir de ese momento, se impone el caos en el trono y en el gobierno.

En el año 568 el reino está bloqueado ante la incapacidad de los nobles de llegar a un acuerdo sobre quién debe ser el siguiente rey. La amenaza de disgregación empieza a tomar forma. En Septimania, Liuva I es elegido rey en 568; mientras que al sur de los Pirineos la corona recae sobre la cabeza de su hermano Leovigildo. Uno se encarga de enfrentarse a los francos, que conquistan Arlés; y el otro de contener a los bizantinos y a la aristocracia hispanorromana del sur, que permanentemente se rebela contra el poder visigodo. Cuando Liuva muere cuatro años después, Leovigildo empieza a gobernar de nuevo sobre un reino unido.

En ese momento, el reino de los suevos abarca la Galecia y la riba norte del Tajo; la provincia bizantina de Spania se extiende al sur del Guadalquivir por toda la costa mediterránea, hasta el cabo de Nao; y, al

norte, cántabros y vascones protagonizan levantamientos continuos contra los visigodos, mientras que los francos son una amenaza permanente. Además, hay varias ciudades, entre las que destaca Córdoba, cuya aristocracia hispanorromana sigue negándose a someterse a los reyes visigodos.

La unión territorial

El objetivo de Leovigildo es reducir los enfrentamientos fronterizos e internos mediante la unión territorial. Por lo que se lanza a conquistar a sus vecinos y a acallar a los sublevados para poder gobernar sobre toda la península. Prácticamente durante todo su reinado se halla en guerra con unos o con otros pero, al final, logra anexionarse el territorio de los suevos, contener la presencia bizantina (aunque no hacerla desaparecer) y sofocar las revueltas de cántabros, vascones e hispanorromanos.

Una vez controlados los desórdenes, Leovigildo busca reforzar el poder monárquico. Ya no quiere ser un *primus inter pares*, si no un rey por encima de sus súbditos. Viste lujosos ropajes, envuelve su vida en pomposas ceremonias, establece una sede fija de la corte en Toledo, y acuña monedas propias con su nombre y su rostro. Todo al estilo de Bizancio. Con este mismo fin también acomoda las leyes a las circunstancias de su época. Con el llamado *Codex Revisus*, que no ha llegado hasta nuestros días, mejora el sistema tributario para garantizar los ingresos del Estado y emprende una enérgica política contra su principal oposición, la nobleza. Por ello convierte la monarquía en hereditaria.

El reino católico de Toledo

En 586, Leovigildo muere y Recaredo, su segundo hijo, es coronado. Reinará durante lo que queda de siglo VI y con él se inicia el reino católico de Toledo, pues es el primer monarca visigodo en convertirse a la fe de Roma. Quizá, al igual que su padre, persiga la unidad religiosa del reino. O quizá sencillamente vea como más beneficiosas las potenciales alianzas que puede lograr con esta nueva fe —francos, bizantinos, hispanorromanos—, si logra convencer a parte del obispado arriano.

A pesar de que parece abrazar el catolicismo nada más subir al trono, no es hasta un poco después, en la primavera de 589, que convoca el III Concilio de Toledo. Durante este sínodo, reunidos los obispos, abjura del arrianismo y decreta la conversión del reino, lo que implica que todos sus súbditos son ahora cristianos romanos. Además, se ordena la estructura de la nueva Iglesia del Estado, en la que se entremezclan las atribuciones de unos y otros —el rey procura por la vigilancia de la fe y los obispos controlan las leyes civiles—, y se facilita la conversión de una a otra religión. El soberano acalla las voces críticas con una mezcla de mano dura y voluntad conciliadora.

Recaredo perece de muerte natural a finales de 601, y le sucede su hijo Liuva II. Pero antes de dos años, su juventud y los pocos apoyos que logra el nuevo monarca provocan que sea destronado y asesinado. Los sucesivos destronamientos, asesinatos y coronaciones de la primera mitad del siglo VII demuestran que los esfuerzos previos por reforzar la monarquía han sido en balde, pues es la nobleza quien acaba decidiendo quién será coronado. Witerico (603-610), Gundemaro (610-612), Sisebuto y su hijo Recaredo II (612-621), Suintila (621-631), que

expulsa definitivamente a los bizantinos, Sisenando (631-636), Chintila (636-640) y su hijo Tulga (640-642), e incluso Chindasvinto (642-653) son nobles coronados por los demás nobles (en muchos casos tras haber matado a su predecesor). Y, cuando se produce algún intento de sucesión hereditaria, sin la ratificación de la aristocracia visigoda y de los obispos católicos, sus reinados no prosperan.

Desde la época del Bajo Imperio romano, los propietarios de la tierra han ido acumulando la riqueza suficiente como para poder permitirse un pequeño ejército personal. En época visigoda esta costumbre cobra tal fuerza que el rey, sin el apoyo de la aristocracia terrateniente, puede llegar a perder su trono y su vida.

Durante este convulso período, a pesar de todo, el reino visigodo experimenta grandes cambios que jugarán a su favor. Por ejemplo, durante esta época se recuperan todos los territorios que han estado bajo poder de Bizancio, y se busca una fórmula para reconocer el poder de la nobleza mediante la institucionalización de la monarquía electiva. Es decir, ante la incapacidad de construir una monarquía hereditaria, se reconoce el privilegio de la aristocracia laica y eclesiástica de elegir a su soberano. Todo ello queda regulado en el IV Concilio de Toledo, de 633, y tiene como objetivo acabar con las confabulaciones e insurrecciones que desestabilizan el gobierno.

En 642 Chindasvindo, que accede al trono ya anciano y tras enclaustrar en un convento a su predecesor, intenta deshacer esta medida con drásticas leyes que refuerzan de nuevo el poder de la monarquía. Pues su objetivo es construir un estado centralizado y poderoso a partir de reformas administrativas, y el paso previo es eliminar las facciones nobiliarias.

Sus primeras acciones consisten en purgar la nobleza rebelde —las crónicas hablan de setecientas ejecuciones e innumerables exilios— y confiscar sus tierras, que pasan a engrosar la fortuna real. Con ello, debilita a sus principales rivales y se granjea la fidelidad de sus amigos. Prohíbe los matrimonios hasta sexto grado de consanguineidad para evitar las alianzas de facciones nobiliarias locales, da a los obispos poderes para inspeccionar a los jueces laicos y frenar así su autonomía y, en 647, asocia a su hijo Recesvindo al trono, en contra de las normas establecidas por sus predecesores.

Chindasvindo quita también poder a la Iglesia, pues es su segundo foco de detracción. En primer lugar, los obispos provienen de familias nobles, por lo que representan un segundo brazo del mismo poder. Y, en segundo lugar, en los Concilios (él convoca ya el VII) es la Iglesia quien tiene potestad para ratificar o censurar las decisiones del rey. Así pues, durante su reinado, Chindasvindo refuerza el carácter teocrático de la monarquía: elige obispos, restringe el asilo eclesiástico (es decir, su derecho a dar asilo a delincuentes), somete a los sacerdotes a la mismas leyes que los laicos (y castiga la desobediencia con penas canónicas) y sanciona lo que hoy llamaríamos «apropiación indebida» de los obispos sobre sus parroquias.

Cuando Chindasvindo fallece en 653, con más de 90 años de edad, y su hijo pasa a reinar en solitario, se hace evidente que el padre gozaba de muy poca popularidad... Recesvindo, en lugar de heredar un trono sólido, debe hacer frente al descontento de los nobles y los obispos. De hecho, poco antes de la muerte de Chindasvindo, se reúne el VIII Concilio de Toledo en el que, por primera vez, toman parte nobles laicos, además de los eclesiásticos. Ello hace pensar que tiene la intención de

CULTURA Y VIDA COTIDIANA

La cuestión de los judíos

Otro aspecto que Recesvindo enfoca de forma distinta a como lo hace su padre es el trato dispensado a los judíos. Chindasvindo prácticamente obvia la cuestión durante su reinado. En cambio, el nuevo rey retoma la severa persecución al pueblo de Israel que había caracterizado a la monarquía visigoda. Ya desde la conversión de Recaredo y durante toda la primera mitad del siglo VII*, los judíos son víctimas de las leyes más duras: se les prohíbe detentar cargos públicos, entrar en el ejército o poseer esclavos cristianos, de modo que se limitan muchísimo sus posibilidades de mantenerse como terratenientes o potentados. Además, se penalizan los matrimonios mixtos y la celebración de fiestas judías y se promueven varias conversiones masivas forzosas, lo que genera un gran número de falsos conversos.*

Recesvindo extingue los exiguos derechos civiles y religiosos que les quedan a los judíos del reino visigodo de Toledo. No pueden ni circuncidarse, ni casarse según sus ritos, ni testificar contra un cristiano... Ni siquiera se les permite seguir sus normas de alimentación. Y el incumplimiento de estas prohibiciones es castigado con lapidaciones hasta la muerte o quemas en la hoguera.

Las más duras leyes antisemitas del monarca quedan recogidas en el Liber Iudiciorum *o Código de Recesvindo, el mayor corpus legal promovido por un rey visigodo.*

permitir una mayor participación de la población en la vida política, aunque sea solo para reducir las tensiones.

En este Concilio, se suavizan las medidas tomadas por Chindasvindo. Principalmente, se reestablece la elección de los reyes por parte de los obispos y la alta nobleza, de modo que la corona deja de ser hereditaria.

La organización del Estado

La novedad del Código que impone Recesvindo respecto a los corpus legislativos anteriores es la unidad: una única ley para todos, visigodos e hispanorromanos. El Código de Recesvindo refleja la existencia de nobles privilegiados, hombres libres, esclavos y libertos, y de las reformas que propone se desprende que los primeros van asumiendo parcelas de poder al margen de la monarquía. Para contrarrestar este hecho, se quiere reorganizar la administración para asegurar su centralidad. Se establecen seis ducados —Galicia, Bética, Lusitania, Cartaginense, Tarraconense y Narbonense—, cuyos gobernadores ejercen como jueces supremos y recaudadores de algunos impuestos. Además, en el área en torno a las ciudades importantes se sitúan condes, con responsabilidades judiciales, militares y fiscales. Finalmente, en ciudades menores, otros cargos militares asumen poderes judiciales.

Ninguna de estas medidas logra acabar con la fragmentación del poder, que se acelera tras la muerte de Recesvindo en 672. Su sucesor, Wamba, debe hacer frente a los vascones que se resisten al poder visigodo, a un nuevo enemigo, los sarracenos, que atacan por mar desde el norte de África, y a una importante rebelión nobiliaria y clerical en Septimania, que logra sofocar no sin dificultades. Wamba halla muchas dificultades para articular un ejército: el poder está tan fragmentado que, si los nobles son reticentes a unirse a la lucha, se queda sin soldados. Consecuencia de ello es la promulgación de una ley militar que obliga a todos los hombres, laicos y clérigos, a tomar las armas en caso tanto de ataque externo como de levantamiento interno.

Wamba convoca el XI Concilio de Toledo, dirigido a penar los atropellos y vicios de los eclesiásticos: seducción de mujeres nobles, asesinato

HISTORIA CURIOSA

Una conjura ingeniosa

Un día de octubre del año 680 el rey Wamba cayó inconsciente, y al poco se le dio por muerto y recibió la unción penitencial, que le libraba de todos los pecados cometidos. Según la costumbre de la época, se le vistió con hábitos de monje y recibió el venerable signo de la santa tonsura (quedó rapado al estilo monástico). Pero cuando el cuerpo ya estaba preparado para recibir sepultura, ante el asombro de (casi) todos, el rey se despertó. Al verse tonsurado, entró en estado de shock. No era para menos. El código visigodo dictaba que nadie que hubiera sido tonsurado podía ocupar el trono real.

Wamba había sido narcotizado y engañado. Desde aquel día hubo de ingresar en un monasterio cercano a Burgos y murió allí unos años más tarde, alejado de los círculos de poder.

o agravio de sangre de aristócratas, abusos de poder... Ello, sumado a la obligatoriedad de prestar servicio de armas, parece que pone a la Iglesia en guardia, hasta el punto de tomar parte en el fin de su gobierno.

Sea como sea, los treinta años finales del reino visigodo de Toledo están plagados de escaramuzas palaciegas, de rivalidades familiares y de levantamientos regionales. A finales del siglo VII el reino se halla en una grave crisis económica, demográfica y social: las malas cosechas, las hambrunas y la peste se han cebado con la población, que está al límite. A todo ello hay que añadir la cuestión de la fuga de esclavos, una tendencia al alza en esos años, y que afecta particularmente a la nobleza. El descontento social no cesa de aumentar, y el reino visigodo, que lleva varios lustros derrumbándose, queda reducido a escombros.

De esta última etapa nos detendremos solamente en la figura de Rodrigo —conocido comúnmente como don Rodrigo—, que accede al trono de forma violenta y con el apoyo de una parte importante de la nobleza civil y clerical en el año 710.

Don Rodrigo es recordado como el último bastión de fe cristiana ante el avance islámico en la península ibérica. Se trata de una imagen muy defendida por cierta historiografía pero hay que matizarla. En realidad, no es tanto que su reino caiga bajo la violencia del asaltante musulmán si no que los invasores, aprovechando la debilidad del moribundo estado visigodo, avanzan rápidamente y sin grandes obstáculos por el territorio peninsular. Es tal el desbarajuste y la desunión entre los cristianos que, de hecho, la derrota de Rodrigo en Guadalete (711) se debe, con toda probabilidad, a la deserción de gran parte de sus tropas.

Tras la conquista de las principales ciudades del sur peninsular, los musulmanes llegan a Toledo en el año 712. La caída de la capital del reino es el golpe de gracia definitivo al estado visigodo: los nobles pactan con los invasores la preservación de sus privilegios y oponen poca resistencia sobre el territorio. Y salvo el norte peninsular, donde cántabros y vascones logran resistir, el resto del antiguo reino visigodo de Toledo cae rápidamente a manos de los musulmanes, finalizando con la conquista de la Narbonense en 720.

2

VÁNDALOS, ALANOS Y SUEVOS

406-585

En los inicios del siglo VI, otros reinos bárbaros se habían instalado ya en el antiguo Occidente romano. A saber: los visigodos en el sur de las Galias y prácticamente en toda Hispania; los francos también en las Galias, pero al norte del Sena; los burgundios en el este, en el valle que el Ródano forma entre los Alpes y el Macizo Central; los ostrogodos en Italia, Panonia y Dalmacia; los vándalos y los alanos en el norte de África, en Cartago y alrededores; y los suevos en lo que sería Galicia y la mitad norte de Portugal.

De todos ellos, los suevos, vándalos y alanos fueron los siguientes en poner en jaque al Mediterráneo. Para saber quiénes eran, debemos remontarnos de nuevo al invierno del año 406, cuando las aguas congeladas del Rin permitieron a varias tribus bárbaras cruzar el *limes* romano. Entre ellas, una confederación de vándalos asdingos y silingos, alanos y suevos. Los dos primeros procedían de la Panonia; los terceros eran nómadas de la estepa, gentes de origen iranio; y los últimos, los suevos, los más misteriosos para los historiadores, se cree que eran una mezcla de cuados y marcomanos, los bárbaros fronterizos del Danubio medio. Pero ¿qué hacían estas tribus de tan distintos orígenes

juntas, al norte del Rin, planeando una invasión de las Galias? Pues, una vez más, huir de los hunos liderados por Rua, el tío de Atila.

Recordemos que la presión que ejercían los hunos al norte del Imperio a principios del siglo V tuvo un efecto dominó sobre las tribus germánicas que vivían allí. Todas se desplazaron hacia el este, empujadas por el miedo al invasor. Y ello precipitó, tal como vimos en páginas anteriores, la entrada de los godos de Radagaiso por Panonia, y la de vándalos, alanos, suevos y otros (los burgundios, por ejemplo) por Maguncia.

Lo curioso del contingente de vándalos, alanos (los más numerosos) y suevos es que establecieron una alianza para entrar de forma conjunta en el Imperio romano y que, tras una temporada de brutales saqueos por las Galias, en 409 o 410 cruzaron los Pirineos todavía como grupo más o menos cohesionado. Como tantos otros pueblos bárbaros, no solo buscaban protección dentro de las fronteras de Roma, sino que también aspiraban a conseguir riquezas y buenas tierras donde asentarse. Sin duda, Hispania podía ofrecerles todo lo que necesitaban.

Sobre el año 412 se repartieron el territorio: los vándalos silingos conquistaron la Bética; los asdingos, la mayor parte de Galecia (*Gallaecia*); los suevos se quedaron el noroeste de esta misma provincia; y los alanos, que seguían siendo mayoría, se quedaron las zonas más ricas, la Lusitania y la Cartaginense. La quinta provincia, la Tarraconense, la recuperaron rápidamente los *foederati* visigodos, por lo que fue solo un lugar de paso para estos invasores.

Obviamente, Rávena reaccionó y, como hemos visto, Honorio nombró al visigodo Walia *magister militum* de Hispania en 415 con el

objetivo de expulsar a los bárbaros de la península. Dos años más tarde, había expulsado a los vándalos silingos de Fridibaldo de la Bética, que se replegaron al norte. Y en 418 dio muerte en batalla al rey alano Atax, recuperando así para Roma la Lusitania y la Cartaginense. Parece que fue entonces cuando los alanos entregaron su corona a Gunderico, rey de los vándalos asdingos. Lo que explicaría por qué los monarcas vándalos de esa zona se hacían llamar «rey de los vándalos y los alanos».

En cuanto se concentraron todos en el norte, empezaron a surgir los primeros conflictos, pues a los vándalos y a los alanos, que ahora eran mayoría, les correspondieron las peores tierras, mientras que la minoría sueva mantuvo las mejores. Esto coincidió con la partida de los visigodos hacia Tolosa, lo que les permitió intentar de nuevo la expansión. Los suevos seguramente conquistaron parte de Lusitania, mientras que los vándalos de Gunderico se desplazaron rápidamente a Cartago Nova (425) e Hispalis (426), las actuales Cartagena y Sevilla.

Camino a África

Atraídos por la promesa de ricas tierras en las provincias africanas, los vándalos, ahora ya capitaneados por Genserico, hermano del anterior rey, cruzaron el estrecho de Gibraltar en 429. Allí, el gobernador rebelde de Bonifacio pretendía controlar por su cuenta las más ricas provincias del Imperio y, según algunas fuentes, habría pedido ayuda a Genserico para lograrlo. El vándalo realizó un censo entre su población, a la que puso a trabajar sin descanso en la construcción de las embarcaciones que debían ayudarles a cruzar el estrecho. Pero en cuanto llegó a la otra

orilla, se olvidó del pacto con Bonifacio y exigió todo el botín para su pueblo; se iniciaba así una larga y sangrienta lucha contra las tropas de Bonifacio. Este logró ayuda de los dos Imperios romanos, temerosos de perder el cereal africano, pero lo máximo que consiguió fue un acuerdo de paz con los vándalos en 435.

Al poco tiempo, Genserico, que ya había tomado Mauretania, Numidia y el África Proconsular —las actuales Marruecos, Argelia y Túnez—, decidió ignorar el acuerdo firmado con Bonifacio y atacar a las dos ciudades que aún se le resistían: Hipona y Cartago. Se dirigió hacia la primera, la amurallada ciudad donde vivía san Agustín, y la saqueó. Ansioso de ampliar su dominio, en el otoño de 439 rompió definitivamente el pacto con Bonifacio y sitió la ciudad de Cartago. La conquistó y la convirtió en la capital del nuevo reino de los vándalos y los alanos. Poco después, conquistó también las islas Baleares, Sicilia, Cerdeña y Córcega. De este modo, y gracias a la gran flota imperial que hizo construir y apostar en Cartago, tuvo en sus manos tanto el mayor granero del Imperio como los principales puertos del Mediterráneo meridiano-occidental, desde donde se dedicó a ejercer la piratería.

En 442 el emperador de Occidente, Valentiniano III, se vio obligado a reconocer el reino de Genserico, pues no podía permitirse tener a su mayor proveedor de grano como enemigo. Y, como parte de su acuerdo, prometió a su hija de cinco años, Eudocia, con el hijo del rey vándalo, Hunerico. Sucedió entonces que el emperador fue asesinado por un usurpador y su esposa Licina Eudoxia envió una carta a Genserico pidiendo auxilio. El rey vándalo respondió gustoso a la petición de ayuda.

«¡Dios, cuántas cosas que robar!»

Genserico saqueó la ciudad de Roma en el año 455. Tras pactar con el papa un ataque sin muertes violentas, los soldados vándalos se llevaron cuantas riquezas hallaron durante los catorce días que duró el saqueo, además de a la emperatriz y a las princesas. No está bien acreditado que el soberano bárbaro pronunciara la frase que se le atribuye: «¡Dios, cuántas cosas que robar!», pero lo cierto es que las había y parece ser que Genserico dejó bien pocas en Roma.

A partir de la década de 470 el reino vándalo y alano de Genserico logró mantener unas relaciones pacíficas con el Imperio romano, algo que realmente necesitaba el rey bárbaro porque en el interior no cesaban de aparecer nuevos enemigos: los vecinos bereberes presionaban por el sur y los conflictos religiosos entre arrianos y católicos iban empeorando con el tiempo y viciando las relaciones sociales y políticas. Por si todo esto fuera poco, a la muerte de Genserico en 477, la hegemonía en el Mediterráneo empezaba a estar muy disputada.

Genserico saqueando Roma, pintura de Karl Briulov del siglo XIX.

LAS PALABRAS DE LA HISTORIA

Vandalismo

El término vándalo *ha quedado asociado a las personas que cometen acciones propias de gente salvaje y destructiva. Mientras que, según la definición de la DLE: Diccionario de la Lengua Española, el vandalismo es el «espíritu de destrucción que no respeta cosa alguna, ni sagrada ni profana».*

Sin duda, el comportamiento de los hombres de Genserico durante el saqueo de Roma contribuyó al sentido dado con el tiempo al nombre de su pueblo. Cuenta la tradición que fue tanto lo que robaron los vándalos que entraron en la ciudad en el año 455, que una de las embarcaciones que regresaba con parte del botín a Cartago se hundió a causa del peso de las estatuas que transportaban. Del palacio imperial no quedaron más que las paredes, y lo mismo podría decirse de algunos templos. Ocho décadas más tarde, los bizantinos tomaron Cartago y recuperaron para el Imperio romano una parte de la plata y las joyas robadas en la ciudad. Las sacaron del palacio de Gelimerio, nieto de Genserico. Con ello, recuperaron parte de su honor, pero los vándalos habían quedado ya asociados para siempre a la idea de destrucción y latrocinio sin miramientos.

Todos estos elementos contribuyeron a poner fin al único reino bárbaro que se estableció en África. Aunque el factor determinante para acabar con el poder del pueblo de Genserico fue la entrada en escena de un nuevo y brillante actor: Justiniano I, emperador de Bizancio. Este, tras una diplomacia ambigua e interesada con los vándalos, acabó conquistándolos como parte de su plan de *Restauratio Imperii* o restauración del Imperio, con la que pretendía devolver toda su gloria

territorial al Imperio romano, ahora solo de Oriente. Su general Belisario destruyó con rapidez el reino bárbaro en los años 533-534 para reestablecer el poder imperial.

El final del reino suevo

Mientras tanto, durante el siglo que habían estado separados de ellos, los suevos también habían levantado su propio reino bárbaro en la península ibérica. De hecho, el suyo fue el primer reino germánico en acuñar moneda propia. Durante los primeros años, con Hermerico en el trono, los suevos intentaron asentarse en el poder y mantener bajo control a la población local que, además, estaba poco romanizada. El hijo de este primer rey, Requila, que gobernó desde 438, se casó con la hija de Walia, el rey visigodo, lo que permitió la entrada de los suevos en la intrincada diplomacia de los pueblos bárbaros de la época. Requila, además, emprendió varias campañas de expansión que llevaron al reino de los suevos a su máxima extensión: la Galecia y el norte de la Tarraconense, la Lusitania, la Bética e incluso la Cartaginense. Aunque parece que la presencia de los suevos en las dos últimas estuvo limitada a incursiones de saqueo.

Cuando su hijo Requiario accedió al poder en 448, los romanos habían abandonado cualquier intención de reconquistar la península, ocupados como estaban en frenar la amenaza de los hunos. Y él aprovechó para emprender misiones hacia la Tarraconense. Sin embargo, en 456 el emperador mandó a Teodorico II, como *foederatus*, para que pusiera fin al descontrol suevo, y el visigodo llegó hasta Mérida, Braga y Porto, donde habría matado a Requiario. Se abrió un período de

asaltos al trono y escisión de los suevos: Agiulfo, Maldrás, Framtan, Requimundo, Frumario... son algunos de los reyes suevos que se sucedieron en el trono. Presuntamente, los visigodos estaban detrás del caos político en este reino del poniente peninsular. Sea esto verdad o no, el caso es que en esta época el reino de Tolosa recuperó la mayor parte de Hispania, y redujo el reino suevo a parte de Galecia, con capital en Lugo. Y parece ser que, finalmente, un caudillo llamado Remismundo, nombrado con el beneplácito de Teodorico II, logró reunificar a los suevos y convertirlos al arrianismo en la segunda mitad de la década de 460.

A partir de este momento poco se sabe de los suevos, pues las fuentes apenas los mencionan. Y, cuando reaparecieron en la historia, ya a mediados del siglo VI, lo hicieron convertidos en un reino bastante distinto: gracias a su conversión al catolicismo lograron integrar a los gobernantes suevos con la aristocracia galaicorromana. No está muy claro cuándo se produjo esta conversión —probablemente, durante los reinados de la segunda mitad del siglo VI—, aunque es probable que fuera promovida por francos o bizantinos para crear un frente común contra los visigodos arrianos.

A pesar de este fortalecimiento del reino, los suevos se vieron superados por una potencia mayor, vecina y con ansias expansionistas: los visigodos de Toledo. Sus reyes, en el último tercio del siglo VI, dirigieron varias campañas para conquistar el resto de la península ibérica y en 585, tras la muerte de Miro, el último monarca suevo que intentó pactar la paz, el rey visigodo Leovigildo se hizo con el tesoro real y con el control del territorio. Los últimos y breves reyes suevos, Eborico y Andeca, poco pudieron hacer para evitar el fin de su reino.

3

OSTROGODOS Y LONGOBARDOS: LOS REINOS DE ITALIA

476-773

Desde los tiempos del visigodo Alarico, una característica común de los pueblos godos que consiguían hacerse fuertes tras cruzar el *limes* era su ambición por convertirse en herederos legítimos del Imperio romano. De ahí que el territorio más codiciado por los reyes germánicos fuera el italiano.

Y sin embargo, el primer rey bárbaro de Italia, el hérulo Odoacro, no conquistó el trono por ambición personal, sino incitado por el emperador de Oriente. Los hérulos eran un pueblo germánico que, como los godos, habían llegado hacia el siglo III a las costas del mar Negro procedentes de Escandinavia. Arrastrados cómo pueblo por los hunos, Odoacro se había formado en las tropas de Atila y, una vez desaparecido este y su Imperio, había hecho carrera en el ejército romano, hasta el punto de convertirse en uno de los hombres de confianza del emperador Zenón. Corría el año 476 y en el Imperio romano de Occidente reinaba la anarquía más absoluta. Rómulo Augusto acababa de usurpar el poder a Julio Nepote y de hacerse nombrar emperador. Sin embargo, el usurpador —aún un niño— no consiguió el reconocimiento de Zenón, quien decidió enviar un ejército dirigido por Odoacro para

Imagen de Odoacro en una ilustración de Antonius Sanderius (1641).

expulsarlo del trono. Rávena cayó el 4 de septiembre de 476, pero Odoacro no mató al niño, sino que lo envió exiliado a una fortaleza en la bahía de Nápoles. Tras ocupar el trono, Odoacro envió las insignias imperiales a Constantinopla, donde se interpretó como un sometimiento a la autoridad de Zenón. Y así fue proclamado rey de Italia, con el beneplácito del emperador de Oriente, que debió considerar que con Odoacro como rey de Italia a su servicio el Imperio romano había quedado unificado en su persona.

Formalmente, durante su reinado Odoacro mantuvo el *statu quo*: colaboró con el Senado y respetó la jerarquía de la Iglesia de Roma, a pesar de ser de credo arriano como la mayoría de bárbaros. Sin embargo, a nadie se le escapaba que el rey actuaba cada vez con mayor autonomía, y la anexión de Dalmacia con la excusa de una venganza hizo saltar las alarmas.

En 488, Zenón decidió poner fin al reinado de Odoacro y, para ello, prometió a los ostrogodos de Teodorico que, si se deshacían del rey de Italia, podrían gobernar el país como representantes de Constantinopla. Era una tentación y Teodorico no supo resistirse. En el verano de 489 los ostrogodos cruzaron los Alpes y se enfrentaron a los hombres de Odoacro. Las fuerzas estaban igualadas, pero la balanza se inclinó un año más tarde a favor de Teodorico gracias a la ayuda de los visigodos de Tolosa en Ticinum, la actual Pavía. Y Odoacro se retiró

a Rávena, su capital, hasta que en el año 492 lograron su recapitulación. Pactaron una paz según la cual se repartirían la península itálica y organizaron un banquete para celebrarlo, a cuyo término Teodorico mató personalmente a su rival. Finalizaban de este modo, en la primavera de 495, las casi dos décadas de reinado de Odoacro en Italia.

El dominio ostrogodo

Los nuevos dominadores de Italia, los ostrogodos, provenían con bastante seguridad de los greutungos que dejamos siglo y medio atrás cercanos al mar Negro. Tras las invasiones de los hunos de finales del siglo IV, los ostrogodos se convirtieron en vasallos y esclavos de estos. Igual que hérulos, alanos, gépidas, sármatas y otras tribus europeas que los hunos fueron arrastrando a su paso, los ostrogodos se vieron obligados a seguir a las hordas asiáticas en sus desplazamientos. Pero tras la muerte de Atila en 453, el Imperio de los hunos se desmoronó y los pueblos subyugados recuperaron la libertad y reemprendieron sus caminos. En el caso de los ostrogodos, se establecieron como *foederati* del Imperio romano de Oriente en Panonia, la parte occidental de la actual Hungría.

Durante gran parte de la segunda mitad del siglo V, las relaciones entre los ostrogodos y Bizancio pasaron por diferentes fases, por lo que el emperador no dejaba de verlos como una amenaza. Seguramente por ello, fueron los elegidos de Zenón para eliminar a Odoacro: no solo los vio capaces de cumplir con una misión de este nivel sino que además, si aceptaban el encargo, conseguiría mantenerlos lejos de Constantinopla. Especialmente a su rey, el temido Teodorico.

GRANDES PERSONAJES

Teodorico el Grande

Cuando Teodorico (c. 454-526, cuyo nombre significa «jefe de pueblos») subió al trono a los veinte o veintiún años ya se encontró con un pueblo unido, pues su padre, Teodomiro, había conseguido someter a los distintos clanes de ostrogodos que habitaban en Panonia.

Teodorico se convirtió desde muy joven en un rival temido por el emperador, porque conocía a la perfección el ejército imperial y la relación de poderes de Constantinopla. No en vano fue educado en la capital, adonde llegó con siete años como parte del acuerdo o foedus *rubricado por su padre. Durante su permanencia en Constantinopla en calidad de rehén, aprendió cuanto pudo sobre política romana y tácticas militares. En unos años fue nombrado* magister militum *y cónsul, con lo que se convirtió en un funcionario y militar de alto rango dentro del Imperio.*

A los dieciocho años regresó a Panonia y los ostrogodos lo nombraron rey. Inició entonces una serie de ataques e invasiones para conseguir tierras para su pueblo, lo que lo convirtió en un huésped incómodo para Bizancio y en candidato ideal para ser enviado a misiones como la que le estaba destinada: arrebatar Italia a Odoacro.

Teodorico, rey godo, óleo de Félix Castello (1635)

Cuando se estableció en Italia, Teodorico se encontró un país devastado. El hambre y las epidemias se habían cebado con la población, mientras que las riquezas de sus campos y sus ciudades habían quedado destruidas por los cinco años que había durado la conquista. Ante problemas de tal magnitud, actuó como un rey independiente aunque mantuvo las formas como subordinado de Constantinopla. Aparentemente Teodorico respetaba el funcionamiento de la Administración, el Senado y la Iglesia, que seguían en manos de los romanos. Desde su corte en Rávena, se dedicó a restaurar la obra pública del antiguo Imperio, favoreció las comunicaciones ágiles e impulsó obras de conservación de acueductos, vías, calzadas y anfiteatros. Reconoció las leyes romanas para la población autóctona, a la vez que instauraba unas normas para los germánicos, basadas en sus costumbres y pensadas para facilitar la integración de su pueblo de guerreros y pastores en la vida sedentaria del Mediterráneo. Además, aunque Teodorico, como la mayoría de germánicos, seguía el credo arriano, promovió una total tolerancia con el cristianismo ortodoxo e incluso con el judaísmo.

Ahora bien, dejó muy claro que el ejército era un ámbito exclusivo de los godos. No olvidaba lo que le había ocurrido a Odoacro y sabía que, muy cerca, otros reinos germánicos suspiraban por ocupar su lugar. A través de una política matrimonial, había establecido alianzas con todos ellos, pero eso no le garantizaba la paz. Por un lado, estaban los visigodos: el rey Alarico II estaba casado con su hija Teodegoda, por lo que el heredero al trono, Amalarico, era «sangre de su sangre». Por otro lado, los francos: el rey Clodoveo I se había convertido en su cuñado, tras contraer matrimonio con su hermana Audofleda. Además, había casado a otra hija con el príncipe burgundio Segismundo,

GRANDES PERSONAJES

Justiniano I y su Restauración imperial

Cuando el emperador de Bizancio Justino I subió al trono en 518 tenía una edad muy avanzada, por lo que delegó parte de su acción de gobierno en un valido de confianza, su sobrino Flavio Pedro Sabacio, más conocido como Justiniano, al que pronto adoptó como hijo y acabó legando el Imperio. Poco antes de su muerte (527), Justino derogó la ley que prohibía a los aristocráticos miembros de la clase senatorial casarse con mujeres de clase inferior. Dicha derogación facilitó la boda de Justiniano con Teodora, prostituta y actriz circense, lo que provocó uno de los mayores escándalos de la época. Se inauguraba así la época justinianea, cuya consigna fue la Restauratio Imperii, *la reconquista del Imperio o la reunificación de este. Sus campañas fueron un éxito y, al final de su reinado, Justiniano, como los grandes emperadores del pasado romano, podía ya firmar sus decretos con la retahíla de títulos que le confería su programa de conquistas:* Alamannicus, Gothicus, Francicus, Germanicus, Alanicus, Vandalicus, Africanus.

Estatua del emperador Justiniano, en el centro de Skopje, Macedonia.

CULTURA Y VIDA COTIDIANA

«Lacerados por el hambre»

El año 556 la población de Roma no superaba los 40 000 habitantes. El historiador Procopio recoge en su obra Historias *la situación a la que había quedado reducida Italia al final de la guerra entre bizantinos y ostrogodos:*

«En la Toscana, los habitantes iban a la montaña a recoger bellotas. Las molían y, con ellas, elaboraban un sucedáneo del pan. [...] Algunas personas morían por comer demasiado cuando encontraban alimento. Los más estaban hasta tal punto lacerados por el hambre que si veían una mata de hierba, se precipitaban a arrancarla.»

y a su hermana con el rey vándalo Trasamundo, nieto de Genserico. Todo ello sirvió de poco cuando hubo de actuar como representante de Constantinopla, cuyas decisiones y actos —especialmente la creciente persecución de los arrianos— provocaron enfrentamientos con burgundios, vándalos y francos por cuestiones de religión.

El fallecimiento de Teodorico el Grande, en el verano de 526, prácticamente coincidió con el ascenso al trono, seis meses después, de un nuevo emperador en Oriente: Justiniano I. Dispuesto a recomponer el antiguo Imperio romano y con la ayuda del brillante general Belisario, quien de los años 530 a 550 reconquistó territorios como el reino de los vándalos de Gelimero, se dispuso a recuperar Italia. Belisario esperaba el momento propicio, y el pretexto llegó en el año 535, cuando la sucesora de Teodorico, su hija Amalasunta, fue asesinada en un

complot. Se iniciaban así las campañas bizantinas para conquistar el corazón del antiguo Imperio.

En este contexto de guerra, el trono de los ostrogodos fue ocupado en los siguientes años por reyes efímeros, hasta la coronación de Totola, en 542. Pero su reino había quedado ya reducido al territorio al norte del río Po. Desde allí, logró levantar la moral de su pueblo lo bastante como para sitiar la ciudad de Roma en dos ocasiones. Aunque fue nuevamente derrotado. Su sucesor, Teya, subió al trono solo para ver desaparecer el reino ostrogodo a manos de Narsés, el general de Constantinopla que culminó la conquista de Italia en 553.

Las continuas invasiones, guerras, hambrunas y pestes que habían asolado Italia en los últimos siglos habían diezmado la población y reducido considerablemente los recursos. Los bizantinos habían reconquistado un territorio en ruinas.

Los longobardos

Esta situación de crisis la aprovecharon los longobardos —o lombardos— para introducirse en Italia en su huida de los ávaros, nómadas esteparios que a mediados del siglo VI llegaron a la llanura húngara. Los longobardos eran uno de los pueblos germánicos que permanecieron fuera del *limes* romano tras la caída del Imperio de Occidente y que acabaron entrando como *foederati* de Bizancio en la primera mitad del siglo VI.

Como en todas las irrupciones de los bárbaros, en la de los longobardos en Italia hay una mezcla de búsqueda de protección frente a otros pueblos —en este caso, los ávaros—, de conquista de riquezas

—tierras fértiles y buenos puertos— y de oportunidad —la inestabilidad de la ocupación bizantina—. De hecho, en el año 554 el emperador Justiniano, tras reconocer la dificultad de gobernar Italia desde Bizancio, había dictado una sanción mediante la que se concedía a los obispos italianos una amplia autonomía en la gestión de la península.

El emperador Justiniano murió en 565. Poco después, en 568-569, la confederación de los longobardos liderada por varios caudillos (de entre los que la historia ha destacado a Alboino) cruzó los Alpes y se instaló en Friuli, desde donde se dispusieron a ampliar sus conquistas. Según parece, a los longobardos les acompañaban gépidos, búlgaros, sármatas, panonios, suevos y sajones. Y a medida que se iban extendiendo por el territorio, se les unieron ostrogodos y rugios.

A diferencia de los reinos bárbaros que hemos visto hasta el momento, el de los longobardos no se articulaba alrededor del poder central de una monarquía más o menos hereditaria. Su sociedad se organizaba en *fares*, una suerte de clanes familiares, con un duque al frente de cada una. Cada *fara* se correspondía con una unidad tanto militar como social, y al llegar a Italia se establecieron en el territorio creando los ducados. Dentro de cada ducado, las ciudades era gobernadas por *gastaldi*, con funciones tanto políticas como militares y administrativas. Y aunque había un rey, escogido de entre los duques, su poder era más nominal que práctico, pues a la hora de la verdad los ducados, e incluso los *gastaldi*, actuaban con bastante independencia.

Ya sea a causa de la singularidad étnica de los longobardos o de la autonomía de los asentamientos, la lengua y la cultura germánicas se fueron diluyendo poco a poco. A finales del siglo vii el arrianismo y el paganismo casi habían desaparecido, y a finales del siglo VIII ya

HISTORIA CURIOSA

Alboino y Rosmunda

En el año 567, el reino de los gépidos, situado entre los territorios bizantino y eslavo, en la cuenca del Danubio, fue sometido por los lombardos bajo el liderazgo de Alboino. Siguiendo la tradición de ese pueblo por la cual los hombres se adueñaban de las mujeres de los derrotados en la guerra, el líder lombardo se casó con Rosmunda, la hija del rey vencido, Cunimundo. A esta no le quedó más remedio que acompañar a Alboino en sus conquistas por Italia, entre 568 y 572, año en que el rey murió inesperadamente. Todas las miradas de sospecha se dirigieron con buen criterio hacia su esposa, Rosmunda, quien habría vengado así el asesinato de su padre y el hecho de que su marido le hubiera hecho beber en el cráneo de Cunimundo para celebrar la victoria contra los gépidos. Rosmunda consiguió huir con su amante a Rávena, donde fue víctima de una conjura planeada por ella misma.

Rosmunda, reina de los lombardos, xilografía de Antonio Frederic Augustus Sands (1861), Museo de Arte de Delaware.

no resultaban extraños los vestidos y peinados que caracterizaban a este pueblo —lucían cabellos y barbas larguísimas, pero se rasuraban la nuca.

Tras conquistar el Friuli —donde se crea el primer ducado—, y las ciudades de Vicenza, Verona, Brescia y Milán, en 572 la capitulación de Pavía selló la conquista. La ciudad se convirtió en la primera capital del reino (y de la actual región de Lombardía). Durante los años siguientes, los longobardos siguieron su expansión hacia el sur de Italia, aunque Bizancio logró mantener su poder en las grandes ciudades portuarias. Además, debido a la singularidad de la política de los ducados, que favorecía la movilidad de las fronteras, el Imperio consiguió abrir y conservar un corredor que unía las ciudades de Rávena y Roma y que dividía el reino lombardo en dos. En la época, ese territorio bizantino era conocido como «Romana».

El período de los duques

Los primeros reyes longobardos —Alboino y Clefi— fueron víctimas de conjuras y traiciones y, a su muerte, se instauró el llamado «período de los duques». Durante la década que se extendió entre 574 y 584 los duques gobernaron con independencia; aunque, a la vista de los resultados, lo que reinó fue la anarquía. La aristocracia longobarda pasó a estar dominada por la casta guerrera que, nominalmente, se hallaba bajo su poder. Los guerreros vivían del saqueo y ello precipitó la desaparición de la aristocracia romano-itálica, así como la de sus instituciones. Lo único que se mantuvo en pie fue el reparto de las ganancias de los latifundios agrícolas: dos tercios para la población autóctona campesina y un tercio para sus gobernantes, los longobardos.

Los treinta y seis ducados iniciales pasaron a ser divididos, a su vez, en dos regiones, *Longobardia major*, al norte, y *Longobardia minor*, al sur.

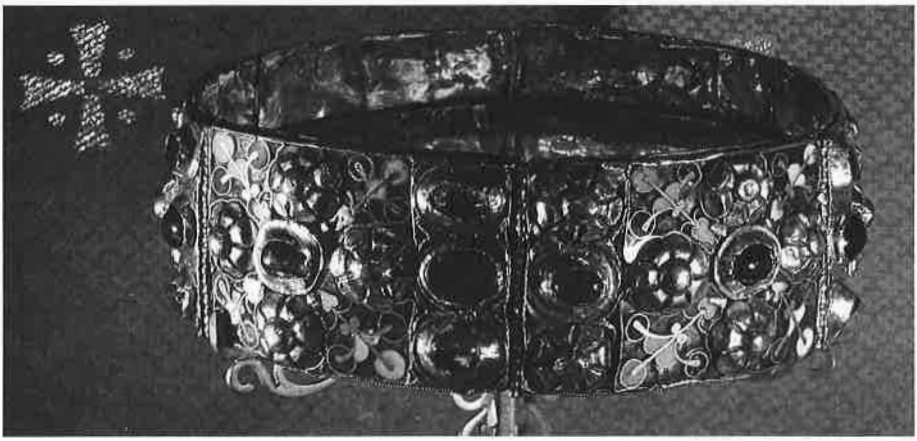
CULTURA Y VIDA COTIDIANA

La corona férrea

Según la leyenda, el emperador Constantino I halló los clavos de la cruz de Cristo en el primer cuarto del siglo IV y los hizo fundir en su yelmo y en el bocado de su caballo, para que los protegiera. Décadas después, el papa Gregorio Magno donó los clavos a Teodolinda, la madre del primer rey cristiano de los longobardos, Adobaldo.

Teodolinda encargó para su hijo una corona votiva con una lámina circular de hierro en el interior realizada con algunos de los clavos de Cristo fundidos. Por ello se la conoció como la «corona férrea». Otras versiones sostienen que la corona ya tenía esa forma en época de Constantino I.

En cualquier caso, la corona se utilizó en la ceremonia de consagración de los reyes longobardos de Italia. Más tarde, Carlomagno, primero, y los emperadores germánicos, después, en tanto que reyes de Italia, también se hicieron coronar con ella. Aunque su portador más célebre fue, sin lugar a dudas, Napoleón, apasionado de la pompa y la liturgia imperial.



En esta segunda región se fundaron solamente dos ducados: el de Spoleto y el de Benevento; mucho mayores a los demás en territorio y con mayores posibilidades de desarrollo.

La unión de los longobardos llegó, finalmente, provocada por las amenazas externas. Sus vecinos de uno y otro extremo, es decir, los francos y los bizantinos, se aliaron en su contra, y los duques se vieron obligados a buscar un nuevo líder que supiera gestionar esta potencial amenaza. Autario, hijo de Clefi, fue nombrado rey de los longobardos y duque de Pavía. Además de recibir la mitad de las rentas de los demás duques, estableció un nuevo sistema de impuestos —y de división de la población— que le permitió, por un lado, sufragar los costes del ejército y, del otro, crear un verdadero Estado. Autario muere en 590, probablemente envenenado en un complot palaciego, tras haberse enfrentado y negociado la paz con los enemigos del exterior y haber pacificado su propio reino. Su viuda Teodolinda, hija del vecino duque de Baviera, se casó en segundas nupcias con Agilulfo, duque de Turín, quien se convirtió en rey. Entre ambos consolidaron el reino en los siguientes años: firmaron tratados de paz con los francos y los ávaros, así como diversas treguas con Bizancio —que rompían de forma sistemática, especialmente en la primera década del siglo VII, para ampliar el dominio longobardo—. Además, reordenaron y redefinieron los ducados, convirtiéndolos en divisiones del territorio estables. A partir de ese momento, los duques, además de caudillos de sus *fares*, se convertían también en los depositarios de los poderes públicos supeditados a la autoridad del rey. De este modo, la presencia de los lombardos en Italia fue perdiendo el carácter de ocupación militar a favor de una organización estatal propiamente dicha.

Para reforzar la monarquía hereditaria, en 604 Agilulfo asoció al trono a su hijo Adaoaldo, de solo dos años, en un rito bizantino. Pensando en cómo dotar de significación el nombramiento, hizo diseñar una corona con la inscripción *Gratia Dei rex totius Italiae* ('Rey de toda Italia por la gracia de Dios'). De este modo, el soberano ya no era solo *Langobardorum rex* ('rey de los longobardos'), en un gesto que buscaba que los romanos se sintieran incluidos. Además, el rey, influido por su esposa, que era cristiana ortodoxa, abandonó la fe de Arrio y permitió la evangelización de los longobardos, por entonces paganos y arrianos en su mayoría. Esta medida, si bien le causó problemas con parte de sus súbditos, favoreció la integración de los romanos en el reino, y calmó los ánimos de francos y bizantinos.

Sin embargo, el arrianismo no tardó en rebelarse y con violencia. A la muerte de Agilulfo en 616, Teodolinda actuó como regente de su hijo incluso cuando Adaoaldo ya hubo alcanzado la mayoría de edad. La reina, que mantenía correspondencia con el papa Gregorio Magno, continuó las labores en pro del cristianismo ortodoxo y de la paz con Bizancio iniciadas por su marido, lo que despertó suspicacias entre la oposición arriana y guerrera longobarda. El año 625, Adaoaldo fue depuesto por Arioaldo, duque de Turín y marido de la princesa Gundeperga, hermana del rey.

A partir de ese momento el reino entero se enzarzó en una lucha abierta entre los arrianos y los ortodoxos o, mejor dicho, entre los partidarios de una política expansiva y guerrera y los partidarios de entablar relaciones de paz con el Imperio bizantino y el Papado de Roma. La inestabilidad la aprovecharon ávaros y francos para incrementar su presencia en las fronteras alpinas.

El código de Rotario y los *wergeld*

Cuenta la tradición que a la muerte de Arioaldo en 636, su viuda Gundeperga tuvo el privilegio de escoger a su nuevo esposo y rey. El elegido fue el duque de Brescia, el arriano Rotario. Durante su reinado, que se dilató hasta 652, arrebató grandes posesiones a Bizancio, logrando que todo el norte de la península entrara a formar parte del Reino Longobardo de Italia. Pero sobre todo es recordado por ser el responsable del primer código de leyes de los longobardos: el *Edictum Rothari*, o Edicto de Rotario.

Promulgado en 643, el edicto reunía las antiguas normas germánicas de los longobardos en lo referente a duelos, herencias y venganzas, y era solo aplicable a la población de Italia de origen longobardo (el resto se regía por el derecho romano). Entre otras cosas, estas normas escritas buscaban reducir las sentencias de muerte o las venganzas de sangre, tan habituales en las sociedades germánicas nómadas, y sustituirlas por compensaciones económicas, o *wergeld*. Es decir, si tradicionalmente, cuando alguien era asesinado, el culpable o alguien de su clan debía morir para restituir el crimen, ahora se establecía un precio por la vida de la víctima, de manera que su muerte se consideraba compensada cuando el clan del asesino pagaba.

Desconocemos qué les sucedió a los asesinos del propio Rotario y de su hijo Rodoaldo, que reinó brevemente. En cualquier caso, en 653 los duques eligieron como rey a Ariperto I, duque de Asti y nieto de Teodolinda, con lo que subía de nuevo al trono un monarca cristiano ortodoxo de la dinastía original. Vinieron después diversos mandatarios que tuvieron reinados breves y finales sangrientos, y durante los

CONTINÚA EN LA P. 84

GRANDES PERSONAJES

La emergencia del Papado: Gregorio Magno

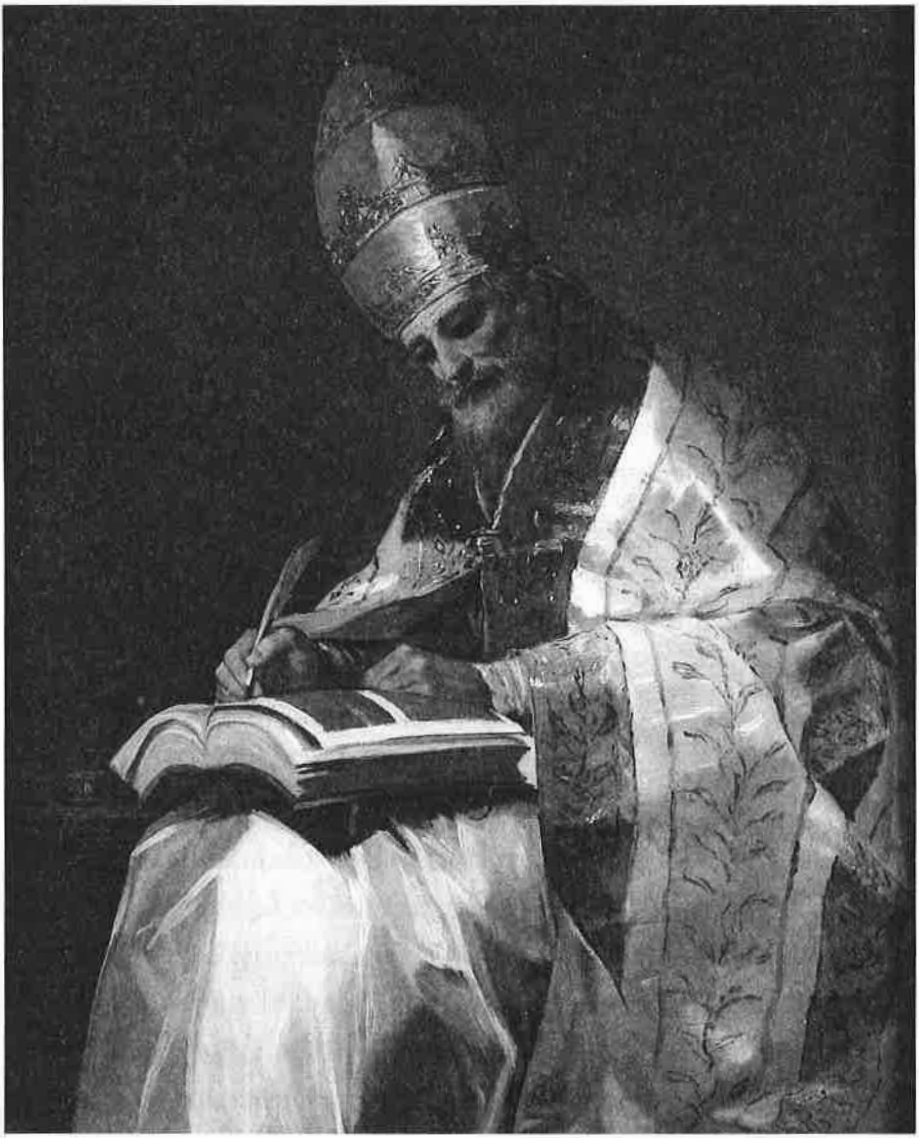
Poco más de un siglo después de la caída del Imperio de Occidente y solo unas décadas más tarde de la fundación de la Orden de San Benito, un monje de familia patricia, seguidor de la Regla, asume el pontificado de Roma: Gregorio I o Gregorio Magno (540-609). Tras una juventud compaginando la vida política —como prefecto de Roma y como alto cargo al lado del papa— con la vida monacal, acepta el Papado como un ejercicio de responsabilidad ante la falta de dirección en el gobierno de Occidente.

A pesar de su vocación contemplativa, acaba erigiéndose como el único poder estable y confiable de la ciudad gracias a sus habilidades diplomáticas y administrativas. En contraste, es el primer papa en usar el título de Siervo de los Siervos de Dios, Servus servorum Dei, *como seña de humildad; signo evidente de su voluntad monacal de servicio.*

La Roma en la que Gregorio es coronado se halla totalmente desatendida por el gobierno de Bizancio y por sus delegados en Rávena. Es una gran capital abandonada a su suerte y el único con recursos suficientes para mantenerla a flote es el papa Gregorio. Él es quien tiene medios para socorrer a los pobres y asegurar la entrada de alimentos para los ciudadanos; y él es también quien está dispuesto a negociar con los ocupantes bárbaros y a enfrentarse con el poder imperial de Oriente.

Trabajando su poder urbi et orbi, *«en la ciudad y en el mundo», Gregorio I Magno construye para la figura del papa una autoridad separada e independiente de la del Imperio, posición de poder que el Papado mantendrá durante toda la Edad Media.*

San Gregorio Magno, Papa, óleo de Francisco de Goya (1796-1799).



cuales —con los debidos paréntesis— fue asentándose el cristianismo ortodoxo como religión oficial.

Tras este convulso período, el siglo VIII vio coronar al más duradero de los reyes longobardos, Liutprando, que reinó desde 712 hasta 744. La principal fuente sobre su gobierno —y sobre el de sus predecesores— es la *Historia gentis Longobardorum* (*Historia de los pueblos Longobardos*), de Pablo el Diácono, de finales de siglo, si bien ofrece una visión demasiado benévola de Liutprando. Este es el rey cristiano por excelencia: cuando en 726 el emperador bizantino León III el Sirio lideró la doctrina iconoclasta, él tomó partido a favor de Roma. Aunque, en realidad, aprovecha la división interna dentro del Imperio —pues no todo el mundo está a favor de destruir las imágenes sagradas— para arrebatar casi todo el territorio al Exarcado de Rávena, nombre con que se conocía el territorio bizantino en Italia. Además, defendió las islas de Córcega (713-719) y Cerdeña (720) y la Provenza (736-737, en apoyo a los francos) de los sarracenos, que buscaban expandirse por el Mediterráneo occidental.

La donación de Sutri al Papado

Pero el mayor gesto de grandeza cristiana de Liutprando fue la donación de Sutri. Según parece, en 728, tras haber superado a los bizantinos, el rey longobardo se encontró en la ciudad de Sutri, a unos cincuenta kilómetros al norte de Roma, con el papa Gregorio II. Allí, hizo donación a «los benditos apóstoles Pedro y Pablo» de Sutri y de algunas otras poblaciones del Lacio, con lo que sentó las bases de los futuros Estados Pontificios.

A pesar de este gesto, en los siguientes años Liutprando alternó alianzas con Bizancio y con el papa. El resultado de este doble juego fue la subyugación temporal de los ducados de Spoleto y Benevento.

Liutprando fue el último de los monarcas longobardos que gobernó sobre un reino unido. Durante su reinado, reforzó su poder mediante una reorganización del Estado y un amplio corpus legislativo que buscaba mejorar la eficacia del gobierno. A pesar de ello, las trifulcas sucesorias que se iniciaron a su muerte en 744 precipitaron la disgregación del reino longobardo de Italia. Además, los francos se convirtieron en una nueva amenaza, pues aspiraban a suceder a Liutprando, que había adoptado a Pipino el Breve, gobernante *de facto* de los francos.

En 749, los duques nombraron rey a Astolfo, que emprendió una agresiva política de conquistas: pretendía dominar toda Italia. Consiguió grandes victorias e incluso sometió a la ciudad de Rávena (751). Pero se equivocó al presionar también en los límites de los territorios pontificios. El papa Esteban II, sintiéndose amenazado, cruzó personalmente los Alpes para solicitar la ayuda de los francos. En París, en 754 consagró a Pipino el Breve como rey de los francos, con lo que dio inicio a una nueva dinastía a la vez que garantizaba su fidelidad y su apoyo contra los longobardos.

Hasta hallar la muerte en 756, el rey Astolfo debió enfrentarse a varias campañas de los francos, que además no se contentaron con detener el avance longobardo sobre Roma, sino que conquistaron nuevos territorios para el papa, con los que se formaron —ahora sí— los Estados Pontificios.

Desiderio, el último rey de la Italia longobarda, retomó las campañas expansionistas de su predecesor. Pero el gran atractivo de esta

nueva Italia —sumado a un nuevo juego de amistades y enemistades entre longobardos, francos y pontífices— precipitó que en 773-774 el flamante nuevo rey de los francos, Carlomagno, invadiera el país y se coronara como rey de los longobardos en Pavía. Desiderio y su esposa acabaron sus días encerrados en un monasterio francés.

Así finalizaba el reino de los longobardos. Los ducados al sur de los Estados Pontificios, Spoleto y Benevento, que también cayeron en manos de los francos, consiguieron mantener un mayor grado de independencia. En el siglo IX, Spoleto se convirtió en una marca fronteriza del Sacro Imperio Romano Germánico y, a lo largo del siglo X, se descompuso en pequeños condados. Benevento, por su parte, tras devenir un principado que, en el siglo IX, se dividió en dos, fue perdiendo influencia hasta que, en el siglo XI, fue sometido por los normandos.

Italia, entre los siglos V y VIII, había visto nacer y morir tres reinos bárbaros distintos: el de Odoacro, el de los ostrogodos y el de los longobardos. Y, sobre todo, había visto cómo los andamios del gran Imperio romano se iban derrumbando a base de ocupaciones y guerras civiles mientras, en paralelo, se levantaban otros nuevos, distintos, que acabarán sosteniendo la rica civilización de la Baja Edad Media italiana.

4

EL REINO DE LOS FRANCOS

460-768

Si hay un reino sucesor del Imperio romano que acabó por erigirse en su heredero legítimo y reconocido es, sin duda, el reino de los francos. A pesar de que inicialmente no estaban tan romanizados como los godos, que aun siendo temibles guerreros no eran tan feroces como los vándalos, y que no se hallaban tan cerca de los centros de poder como los longobardos, los francos fueron los únicos que vieron coronar a uno de sus reyes como emperador.

Pero hasta la unción de Carlomagno como *Imperator Augustus*, en el año 800, el reino de los francos tuvo que recorrer un largo camino de lento avance. De hecho, hasta finales del siglo III ni siquiera aparecían mencionados en las crónicas latinas. Por entonces habitaban cerca del *limes*, a la altura de los cauces bajo y medio del río Rin, en la Germania Inferior.

La explicación más aceptada para la aparición aparentemente espontánea de los francos en las crónicas de la época es que, en realidad, se trataba de una confederación de tribus germánicas —ampsivanos, brúcteros, catuarios, camavos, téncteros...— que unieron sus fuerzas para entrar en el territorio romano. Si los vínculos entre las tribus eran estables o esporádicos, si existía un sentido de comunidad o no y cuál

era la relación que tenían con el Imperio son cuestiones que permanecen sin resolver. Pero lo más probable es que, igual que otras confederaciones fronterizas, tuvieran el estatus de clientes no sometidos totalmente a Roma. Es decir, en ocasiones sus fuerzas eran reclutadas para luchar junto al ejército imperial y, en otras, eran combatidas por dicho ejército para detener las incursiones de saqueo que emprendían en los lindes germánicos.

De entre todas esas tribus destacaban dos grupos, que acabaron imponiéndose al resto: los salios y los ripuarios (o renanos). Los primeros, ubicados al norte del delta del Rin, fueron descritos por los romanos como guerreros, piratas y, eventualmente, aliados. Los segundos habitaban al este de sus parientes, y mantenían relaciones parecidas con Roma, aunque a la larga no serían tan fructíferas.

A finales del siglo III, los francos —se cree que la tribu de los salios— tomaron parte como clientes de Roma en un conflicto entre el emperador Diocleciano y Carausio, un general usurpador de Britania. A raíz de este episodio, parece que se les permitió establecerse dentro de las fronteras del Imperio, no está claro si como colonos o como *foederati*. Este fue solo el primer paso de la ocupación franca en la zona; el segundo que dieron les resultó bastante fácil. Al contrario que otras confederaciones germánicas, los francos no tomaron el control de su primer territorio dentro del *limes* luchando y desplazando al poder imperial, sino que lo hicieron aprovechando la crisis social y de las estructuras romanas —es decir, el vacío de poder— que imperaba al norte del río Loira, fruto de la devastación causada por el paso de los bárbaros. Una vez los francos se sintieron amos y señores de sus asentamientos, iniciaron su expansión, y a partir de ese momento el avance se tornó complicado.

Las luchas por el dominio del territorio fueron violentas y causaron estragos irreversibles sobre las estructuras romanas. Sencillamente, todo quedó asolado por el paso de tantas fuerzas armadas: los enviados imperiales y los distintos usurpadores romanos, los grupos locales galorromanos que se prestaban apoyo mutuo, los invasores y colonos germánicos que habían ocupado esa zona con anterioridad y, por supuesto, las fuerzas francas.

La lucha debió de prolongarse largo tiempo. Sea como fuere, no hay fuentes escritas contrastables sobre la presencia de los francos al norte de las Galias hasta finales del siglo VI. En esa época, ya iniciada la dinastía merovingia, se diferenciaban claramente dos regiones francas: una al norte y otra al sur del río Loira. Al norte, un reino nuevo, sin rastro de las instituciones romanas, pues, como hemos visto, habían quedados destruidas ante el avance de los pueblos germánicos. Si bien las élites romanas mantenían su estatus, era en un contexto franco, es decir, en una sociedad que se dividía entre hombres libres, libertos —una novedad— y esclavos.

En cambio, al sur, se observaba una mayor continuidad con el Estado imperial. Las familias romanas mantenían la articulación social alrededor de las villas y preservaban su condición de nobles —aunque ya no podían emprender carrera en Roma porque se hallaban bajo dominio franco—. Además, en esta región, donde se contabilizaban muy pocos asentamientos bárbaros, todavía se hablaba latín y se mantenía la presencia de la Iglesia cristiana.

Es decir, los francos aprovecharon la situación de crisis y su capacidad guerrera para establecerse en el norte del Loira como poder estable, y desplazarse después en un movimiento natural hacia el sur, donde hallaron mayor resistencia, incluso cultural.

Los reyes legendarios y Clodoveo I

De la confederación de los francos, establecida ya sobre suelo romano, surgió una dinastía regia que dominó con bastante rapidez a los pueblos vecinos: los merovingios. Sus reyes gobernaron desde el siglo V hasta mediados del VIII sobre un vasto territorio que se extendía sobre las actuales Francia y Bélgica, así como sobre parte de Suiza y Alemania.

Se cree que Meroveo, de cuyo nombre proviene el de la dinastía, fue el primer rey merovingio. Pero nada se sabe de él y solo ha permanecido en el tiempo la leyenda que le atribuía ser hijo de un monstruo marino. Por otra parte, las escasamente historiográficas fuentes medievales todavía añadirían dos reyes francos anteriores al fundador de los merovingios: Faramundo y Clodión, aunque su existencia es difícil de contrastar.

Según algunos investigadores, es probable que Meroveo y sus hombres acompañaran a las tropas romanas de Aecio en la mítica batalla de los Campos Cataláunicos contra Atila y los hunos, en 451. Pero ello solo indica que los francos, dirigidos por uno u otro caudillo, apoyaban al ejército romano, no que Meroveo fuera ya el rey de un pueblo con conciencia de serlo.

El primer rey cuya existencia ha sido contrastada es Childerico, que entró en escena a partir de la década de 460, tras la desintegración del Imperio de los hunos. En 463 luchó contra los visigodos junto a Egidio, general del norte de las Galias que se independizó de Roma. Y a su muerte, en 481, aparece citado como rey de la Gallia Bélgica. Lo que no sabemos es si fue un gobernante reconocido por Roma o sencillamente ocupó el vacío de poder sin esperar el beneplácito oficial. En cualquier

Copia del sello de Childerico I con la inscripción *Childerici Regis*.

caso, lo que confirma definitivamente su posición de monarca fue el hallazgo, a mediados del siglo XVII en la ciudad belga de Tournai, de una lujosa sepultura que contenía un rico tesoro de armas y joyas, con un total de ochenta kilos de oro. Los arqueólogos pudieron identificarlo gracias a un sello con el retrato del rey —pelo largo con la raya en medio, peto de armadura y manto militar, armado con una lanza— con la inscripción *Childerici Regis*, es decir, 'Rey Childerico'.

Al parecer, además de un gran guerrero capaz de atesorar riquezas, Childerico fue también un hombre muy enamoradizo. Según Gregorio de Tours —la fuente principal de la época, pues compuso los *Decem Libri Historiarum* (*Diez libros de historia*) a finales del siglo VI, obra

HISTORIA CURIOSA

De Childerico a Napoleón

Napoleón Bonaparte se interesó por el tesoro de Childerico —del que pocas piezas han llegado a nuestros días— y, al verlo, quedó fascinado por lo que parecían ser unas abejas de oro. Sus acompañantes le explicaron que pertenecían al gran manto real, y la idea le encantó. Así que para su coronación en 1801 ordenó confeccionar un manto con abejas bordadas en oro, como símbolo de continuidad con los primeros reyes de Francia. Lo que no sabía el emperador es que aquellos adornos no pertenecían al manto original, sino al arreo del caballo de Childerico, que fue enterrado junto a él, y cuyo atavío se confundió con el manto del monarca.

más conocida como *Historia Francorum* (*Historia de los francos*)—, los amoríos del rey provocaron que sus hombres —cuyas esposas había seducido— lo desterraran. Entonces, halló refugio entre los turingios, vecinos germánicos, donde se atrevió a conquistar a la esposa del rey, Basina. Cuando regresó de nuevo al trono franco, lo acompañaba la reina turingia con la que alrededor de 466 tendría a su hijo y sucesor, Clodoveo.

La tradición ha hecho de Clodoveo —Clovis, en francés— uno de los personajes más importantes de la historia de Francia. Además de un gran conquistador, fue el primer rey franco en abrazar el cristianismo. Charles de Gaulle, presidente de la República francesa tras la Segunda Guerra Mundial, llegó a decir: «Para mí, la historia de Francia empieza con Clodoveo».

Cuando a la muerte de su predecesor en 481, Clodoveo heredó el reino de los francos, hacía ya un lustro que el último emperador romano, Rómulo Augusto, había sido depuesto y las Galias habían sido repartidas entre varios poderes. Al sur del Loira y en la Provenza se hallaba el reino visigodo de Toledo, bajo el cetro de Eurico. Al noroeste, entre el Loira y el Somme, en el enclave de Soissons, se hallaba el reino de Siagrio. Este gobernaba como *dux* el territorio que su padre había emancipado de Roma años atrás. En la península armórica, los bretones se mantenían independientes. Al norte de Siagrio se hallaban los francos y, siguiendo las agujas del reloj, entre el Meno y el Danubio se encontraban los alamanes, y en la cuenca del Ródano, los burgundios.

Los reinos de los alamanes y de los burgundios cayeron bajo el poder expansivo de Clodoveo. Y no solo ellos, también Siagrio sucumbió ante el rey franco, al igual que los visigodos de Alarico (salvo el corredor de la Narbonense) y, según Gregorio de Tours, otros siete reyes francos, bávaros y turingios. De este modo, el admirado rey franco, a su muerte en 511, había unido de nuevo las Galias. Pero esta vez bajo un cetro bárbaro.

Clodoveo inició su expansión sometiendo al romano Siagrio y a los francos ripuarios o renanos. Para sellar la paz con estos últimos, tomó como esposa a una de sus princesas, con la que tuvo su primer hijo, Teodorico, citado en muchas ocasiones como Thierry, en francés. Y tras dominar el norte Atlántico de las Galias entró victorioso en París y se dirigió hacia el territorio de los alamanes, que demostraron ser un hueso duro de roer.

Según la tradición, Clodoveo, que era de creencias politeístas, prometió convertirse al cristianismo si vencía a la guerrera confederación

LA HISTORIA EN CONTEXTO

Alamanes y burgundios

Estas dos confederaciones germánicas se encontraban entonces en la tierra del antiguo Imperio. Los alamanes fueron la primera de las agrupaciones de tribus bárbaras (de orígenes diversos, como indica su nombre, alle Männen, *'todos los hombres') que cruzaron el* limes *danubiano ya a principios del siglo* III*, y causaron permanentes conflictos en la frontera. Inicialmente, se establecieron alrededor de Maguncia pero, poco a poco, se extendieron por el sur hasta el noroeste de los Alpes. Se dividieron en cantones, cada uno gobernado por su rey, aunque sometidos al liderazgo de uno u otro en caso de guerra. Y, a pesar de la diversidad cultural, con el paso de los años la sociedad sufrió un proceso de homogeneización —lo que se conoce como etnogénesis— que convirtió a los alamanes en un pueblo.*

Los burgundios, en cambio, penetraron en el Imperio junto a vándalos, alanos y suevos durante la crisis de las fronteras de principios del siglo V *y se asentaron entre las actuales Worms y Estrasburgo, alrededor del Rin. Pero tras el paso de los hunos, que destruyeron su primer enclave, se situaron como* foederati *a las órdenes del general romano Aecio un poco más al sur, en la Sapaudia, entre lo que hoy sería la región de Saboya y los cantones occidentales de Suiza. Desde allí, se expandieron rápidamente hacia el sur y hacia el norte, y formaron una especie de amplio corredor al este de las Galias: Burgundia. Allí se desarrolló la cultura galo-romana-burgunda, que prevalecería a pesar de los cambios políticos de los años venideros.*

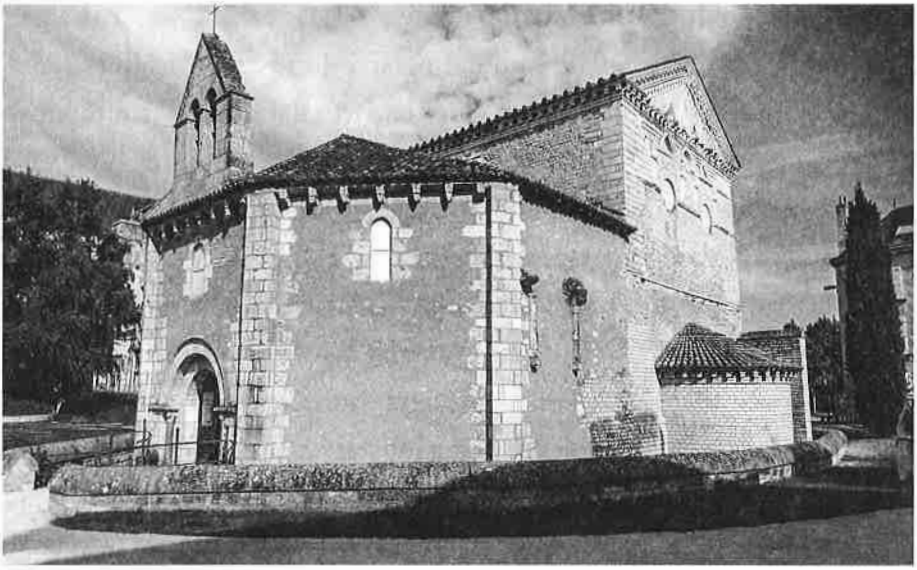
alamánica. Su esposa principal, Clotilde, era una princesa burgunda y, por tanto, cristiana, que habría influido en esa decisión. Los francos vencieron en la batalla de Tolbiac (*c.* 496/498), cerca de Colonia, y el

día de Navidad de ese mismo año el rey y 3000 de sus guerreros abrazaron la fe cristiana de la mano del obispo de Reims. Desde ese momento, al margen de donde se hallara la corte del reino, los monarcas de Francia intentaban ser coronados en la catedral de Reims.

El hecho de que Clodoveo se convirtiera al cristianismo católico y no al arriano fue extremadamente significativo para el devenir del reino. Como hemos visto, salvo los suevos, todos los reyes bárbaros, al abandonar el paganismo, optaban por la fe arriana. Esta opción no solo les dificultaba las relaciones con Roma y Constantinopla, que la consideraban una herejía, sino que también marcaba distancias entre el pueblo invasor y las aristocracias locales romanas, la Iglesia del territorio e incluso el pueblo llano. En cambio, a Clodoveo su nueva fe le allanó el camino.

Las Leyes Sálicas

Una vez dominado todo el norte de las Galias —recordemos que es el territorio que a finales de siglo muestra una mayor impronta germánica—, Clodoveo se habría dirigido hacia el sur, donde esperaba una oposición más feroz. En algún momento trasladó su capital desde Tournai hasta París y, según algunas fuentes, allí hizo poner por escrito las Leyes Sálicas, llamadas así por ser propias de los francos salios. Aunque en la actualidad lo que trasciende de aquellas leyes es la prohibición para las mujeres de heredar el trono, el código de Clodoveo regulaba muchos otros aspectos de la vida civil y penal. Ahora bien, las Leyes Sálicas se aplicaban solo a los francos, mientras que los galorromanos eran sometidos al Breviario de Alarico, la adaptación visigoda de las leyes vulgares romanas.



El baptisterio de San Juan de Poitiers
es considerado el monumento cristiano más antiguo.

Al sur del Loira, Clodoveo extendió un amplio manto de diplomacia sobre sus vecinos. Casó a su hermana Audofleda con Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos. Y pactó con uno de los reyes burgundios, Godesigilo, que le ayudaría a derrocar a su hermano Gundebaldo a cambio de un tributo anual. Gundebaldo había asesinado a dos de sus hermanos y correyes, y desplazado a Ginebra al tercero, Godesigilo. Con ello había dividido el reino, contra la tradición burgundia de que los herederos reinaran todos juntos sin repartirse el territorio. Clodoveo tomó parte en esta lucha fratricida que daría lugar al reinado único de Godesigilo. Curiosamente, uno de los hermanos asesinados, Chilperico, fue el padre de la que sería tiempo después esposa del rey franco, Clotilde.

Los burgundios eran unos aliados imprescindibles para la última y más sonada conquista de Clodoveo: el territorio galo del reino visigodo de Tolosa. En el año 507 los francos cruzaron el Loira en dirección a Tours y los burgundios les secundaron desde el este. A pesar de los intentos mediadores del ostrogodo Teodorico el Grande para evitar el enfrentamiento, las tropas de Alarico II y las de Clodoveo y su hijo, también llamado Teodorico, se enfrentaron en Vouillé (507), cerca de Tours. Los visigodos esperaban la ayuda de sus parientes ostrogodos, pero estos tenían que centrar sus esfuerzos en reprimir un ataque bizantino (a todas luces, pactado con Clodoveo). Los francos vencieron en un duro cuerpo a cuerpo —según la tradición, Clodoveo mató con sus propias manos a Alarico— y tras derrotar a las tropas godas se les abrió la ruta del Mediodía. En 508 tomaron Tolosa y, después, el resto de territorios visigodos al norte de los Pirineos. La Provenza se la dejaron a sus aliados burgundios. Para entonces, Clodoveo ya controlaba en solitario un territorio que se extendía desde el Atlántico hasta el Rin.

En el verano de 511, Clodoveo convocó un concilio en Orleans, en el que los obispos lo designaron «Rey glorioso, hijo de la Santa Iglesia Católica», con lo que vincularon definitivamente su dinastía con la jerarquía eclesiástica

Cuando Clodoveo murió a finales de ese mismo año, en su haber tenía la reunificación de las Galias, la pacificación de los reinos vecinos y la cristianización del reino. Pero sus sucesores se repartieron el territorio tal y como era costumbre entre los francos, con lo que acabaron rápidamente con la labor de toda una vida.

La dinastía merovingia

A Clodoveo le sobrevivieron una hija y cuatro hijos. Clotilde la Joven se casó con el rey de los visigodos Amalarico, en 526. Las vejaciones a las que le sometió su esposo por ser ella católica fueron el pretexto al que se acogió el hermano de Clotilde, Childeberto, para atacar la provincia Narbonense. Los otros hijos varones de Clodoveo fueron Clotario y Clodomiro, que junto con el anterior los tuvo con la princesa burgundia Clotilde. Pero además tuvo a Teodorico con una princesa ripuaria. Por lo que a la muerte de Clodoveo el reino se repartió entre los cuatro.

El reino de Metz quedó para Teodorico I, el de Soissons para Clotario I, el de París para Childeberto I y el de Orleans para Clodomiro. El Mediodía se lo repartieron entre Clotario y Teodorico, quien, además, sometió a los vecinos turingios, frisones y sajones. El reino de los burgundios, por su parte, permaneció en ese momento como aliado soberano. Pero alrededor de 523, Clotilde, la esposa de Clodoveo, parece que instigó a sus hijos a atacar a los burgundios, ahora bajo el cetro de Segismundo, hijo del fratricida Godesigilo. La antigua reina buscaba vengar la muerte de su padre y de sus tíos atacando ahora a su primo.

Finalmente, en 532 los burgundios serían derrotados y su territorio repartido entre los reyes francos. En los siguientes años se sucedieron los enfrentamientos y las intrigas en la corte hasta que Clotario I consiguió en 558 unir de nuevo el reino de los francos y ampliar sus confines.

Sin embargo, sus hijos volverían a repartírselo a su muerte, en 561. Los siguientes años son una sucesión de complots, matrimonios con

las cuñadas viudas y asesinatos, reyes infantes y regencias de abuelas y tíos, todo ello con las consiguientes divisiones y reunificaciones de los territorios. Clotario II y Dagoberto lograron reinar de nuevo en una Francia unida en dos ocasiones durante la primera mitad del siglo VII. No obstante, este período ofrece una nutrida serie de personajes, fechas y reyertas. Y un resumen: los merovingios de esta etapa gobernaron poco y mal.

Durante el reinado de Dagoberto I, del 629 al 634-639, se consolidó la fragmentación del reino en dos dominios enfrentados y controlados por la nobleza palaciega: Austrasia, al norte, y Neustria con Borgoña, en el centro y el sureste. En el suroeste, Aquitania era un ducado prácticamente independiente. Estas divisiones se mantendrán estables —aunque no libres de conflictos— durante el resto de reinado de la dinastía merovingia.

Los «reyes holgazanes» y los mayordomos

Pero las continuas reyertas dinásticas y los enfrentamientos con los reinos vecinos habían debilitado gravemente la monarquía, que tuvo que conceder cada vez más poder a la nobleza a cambio de su apoyo. En el caso franco, las familias aristocráticas no luchaban por apoderarse del trono, sino por controlar a quien se sentaba en él. Así, en 632 los nobles de Austrasia presionaron al rey para que cediera la corona a Sigeberto III, de dos años; y los de Neustria pronto lograron que hiciera lo propio con Clodoveo II, de cinco. Ellos fueron los primeros de la larga saga de reyes niños —una quincena— que se convirtieron en meros títeres a manos de los nobles de la corte. A pesar de que sus

rostros aparecían en las monedas y sus nombres en los listados de la dinastía merovingia, quienes detentaban el poder en realidad eran los mayordomos de palacio. Estos eran unos funcionarios de alto rango —algo así como un primer ministro— que ya existían en la época de Clotario II como cancilleres y generales, y que de hecho estaban presentes también en otras cortes germánicas, como la de los ostrogodos, aunque con una capacidad de influencia limitada. Fue tras la muerte de Dagoberto I, en 638-639, cuando los mayordomos asumieron más poderes, como nombrar a los altos cargos de la jerarquía civil y eclesiástica (duques, condes, obispos), decidir la política exterior —tanto si convenía pactar como si era mejor tomar las armas—, controlar el tesoro real, presidir los altos tribunales y, en definitiva, mover los hilos de la monarquía a su conveniencia.

El hecho de que el puesto del mayordomo de palacio fuera hereditario abrió un nuevo escenario de lucha entre las distintas facciones nobiliarias por conseguir el cargo y, por lo tanto, el control de uno u otro reino. De modo que durante el período que abarca desde mediados del siglo VII hasta mediados del VIII, los conflictos no se desarrollaron solamente entre Austrasia y Neustria, sino que también lo hicieron en el corazón de ambos reinos.

La tradición ha querido que los últimos reyes merovingios dominados por sus mayordomos de palacio pasen a la historia como los «reyes holgazanes». Aunque cabe señalar que esta imagen de monarcas incapaces la construyó la dinastía posterior, la de los carolingios, para legitimar con ello su toma del poder, parece comprobado que estos últimos monarcas merovingios vivieron alejados de la vida pública y entregados a los placeres hedonistas.

La ascensión de los pipínidas

La familia de mayordomos de palacio que a mediados del siglo VIII tomó la corona franca fue la de los pipínidas. El nombre proviene de Pipino de Landen o el Viejo, un rico terrateniente que fue mayordomo del palacio de Austrasia entre 615 y 629, con Dagoberto I, y entre 639 y 640 con el infante Sigeberto III. La dinastía carolingia —a la que perteneció Carlomagno— consideraba que Pipino de Landen era su primer ancestro, pues puso los cimientos para que sus sucesores tomaran el poder de la corte de Metz.

Su hijo Grimoaldo se convertiría en mayordomo de palacio desde 643 hasta 662. Según Gregorio de Tours, era amigo personal del rey de Austrasia, Sigeberto III, quien aceptó adoptar a su hijo Childeberto, el cual reinará unos años tras la muerte de su tutor bajo el control de su padre y morirá sin descendencia.

Además de Grimoaldo, Pipino de Landen tenía dos hijas: Gertrude, que se hizo abadesa, y Bega, que contrajo matrimonio con el hijo del obispo de Metz, el otro gran poder fáctico del reino y familia rival. El hijo de ambos, Pipino de Heristal o el Joven, será mayordomo de palacio desde 679 hasta su muerte en el año 714.

En sus inicios en el poder, Pipino de Heristal tuvo que enfrentarse a los mayordomos del palacio de Neustria, que tenían grandes pretensiones hegemónicas. Su objetivo no solo era controlar la corte de Soissons, sino que también ambicionaban dominar Borgoña y Austrasia. Pero Pipino les venció en el campo de batalla y pasó a controlar los reinos francos a partir de 690, momento en el que se autoproclamó «príncipe de los francos». Principado que en muchos aspectos fue solo nominal. En Neustria puso a su hijo Grimoaldo el Joven como mayordomo

de palacio, pero el rechazo de los nobles dificultó su gobierno. En Aquitania y Borgoña el control pipínida fue prácticamente anecdótico, pues los nobles locales actuaban con plena independencia. Y los señores frisios, bávaros, sajones y alamanes, que se resistían a la dominación franca, apenas aceptaron la figura de Pipino. Además, su corte se hallaba dividida entre los partidarios de sus dos esposas, Plectruda y Alpaida, ambas aristócratas.

Cuando murió Pipino de Heristal en el año 714, se abrió una crisis dinástica y territorial. Finalmente, su hijo Carlos —conocido más adelante como Carlos Martel— asumió en 517 el cargo de mayordomo del palacio de Austrasia.

Carlos Martel y la batalla de Poitiers

Carlos puso de nuevo a un rey franco, Clotario IV, en el trono de Austrasia, quien desde 679 reinaría con el reconocimiento del monarca de Neustria. Clotario no era más que un títere, del que se duda incluso que fuera merovingio. Así, poco a poco, Carlos intentó retomar el control del reino franco. Para ello se impuso a Neustria, a los alamanes —ampliando las fronteras francas—, a los frisones, a los burgundios e, incluso, a los sarracenos. En 725 las tropas omeyas de al-Andalus cruzaron los Pirineos, conquistaron el Languedoc y se establecieron en el valle del Ródano. El duque de Aquitania y de Vasconia intentó detener su avance tanto por la vía diplomática como por la militar, pero una nueva ofensiva andalusí en el año 732 le obligó a pedir auxilio a Carlos. Las fuerzas francas y las sarracenas se enfrentaron ese mismo otoño en la célebre batalla de Poitiers. Según algunas fuentes, el propio

Batalla de Poitiers (1837), óleo de Charles de Steuben expuesto en el Museo del Palacio de Versailles, en Francia.

Carlos mató al valí musulmán Abderramán, lo que provocó que sus hombres se batieran en retirada. A partir de ese momento el franco sería apodado Martel, que significa 'martillo', pues tal era la fuerza con la que aplastaba a sus contrincantes.

Aplacados los potenciales enemigos políticos, a Carlos Martel le surgió un nuevo problema: la Iglesia. A causa del incremento de poder de las familias aristocráticas, el mayordomo de palacio debía dar cuantiosas recompensas a los nobles para que estos secundaran sus

empresas militares. Les pagaba con privilegios, grandes sumas de dinero y tierras. Pero cuando las tierras recién conquistadas, las expropiadas y las abandonadas no bastaban, Carlos recurría a las de la Iglesia, el mayor terrateniente de Francia. Por ende, empezó a nombrar a personas de su confianza y de dudosa moral para cargos importantes dentro del clero, con el fin de ganarse su favor.

Carlos Martel pretendía crear un ejército de caballería como el que tenían los sarracenos, para lo cual necesitaba impulsar económicamente a una nueva clase guerrera. Aparecieron así los vasallos soldados, que recibían un pedazo de tierra que garantizaba su supervivencia y, a cambio, juraban fidelidad a su señor, a la vez que aportaban un caballo de guerra y prestaban servicio militar cuando eran requeridos.

La Iglesia, como hemos dicho, no se tomó muy bien las expropiaciones. Pero como también ella sufría un proceso de feudalización, las relaciones con Carlos Martel eran desiguales en función del interlocutor y del momento: en ocasiones afortunadas, como el apoyo que este prestó a Bonifacio, evangelizador de los alamanes; en ocasiones adversas, como con el clero franco, que le retrataba como un usurpador; y en ocasiones, ambiguas, como con el Papado, que mantenía una concordia tensa con los francos para evitar males mayores.

Se inicia la relación con el Papado

Cuando en 737 falleció el rey Teodorico IV (III según algunas versiones), Carlos Martel no consideró necesario designar un sucesor. Era tan insignificante el papel de los últimos monarcas merovingios, que Martel continuó gobernando sin figura alguna en el trono que le legitimara.

A su muerte, en 741, el reino franco se dividió según la costumbre entre los dos herederos de Carlos Martel: Austrasia, Suabia —o Alemania— y Turingia para Carlomán, y Neustria, Borgoña y la Provenza para Pipino, llamado el Breve.

El primero emprendió una activa política de reforma eclesiástica para defender la moral y los bienes de la Iglesia, así como para favorecer la conversión de los paganos y herejes. No olvidemos que las intervenciones de su padre en los asuntos del clero habían creado incomodidad, por decirlo suavemente. En el año 747, Carlomán se retiró a la abadía de Montecassino, fundada por san Benito de Nursia, y dejó sus posesiones en manos de su hijo Drogon, bajo la regencia de su tío Pipino el Breve (quien no tardó en alejar a su sobrino del poder).

Pipino el Breve, por su parte, además de apoyar la renovación de la Iglesia, restauró el trono merovingio coronando a Childerico III en 743. Carlos Martel lo había recluido en un monasterio, pero algunas facciones nobiliarias habían reclamado su regreso.

Sin embargo, Pipino el Breve ya no se contentaba con gobernar bajo la dependencia formal de un rey, así que en 749 o 750 envió una delegación al papa Zacarías para que le autorizara a deponer a Childerico III y le permitiera asumir él mismo la corona. Y aquí entró en juego la geopolítica. Los longobardos amenazaban gravemente el territorio del Papado y, en ese momento, a raíz de las luchas iconoclastas, Zacarías ya no contaba con la amistad y el apoyo de Constantinopla para repelerlos. Su única baza, pues, eran los francos, un reino cristiano católico. De modo que aduciendo que «aquel que ejerce verdaderamente el poder es el que ostenta el título de rey», el pontífice aceptó el requerimiento de Pipino. En consecuencia, Childerico III fue depuesto en 751,

tonsurado y enviado de vuelta a un monasterio. Y Pipino el Breve fue elegido rey por una asamblea de obispos, nobles y grandes del reino.

En 754 el nuevo papa, Esteban II, acudió a la corte de Pipino para cobrarse el favor: solicitó que le protegiera de los longobardos, como rey católico que era. A cambio, él mismo le consagró por segunda vez, con lo que confirmaba la gracia divina sobre el rey de los francos y sus hijos. El papa también consagraría a los herederos de Pipino, Carlomán y Carlos —que se convertirá en Carlomagno—, y confió a los francos la defensa de la Santa Sede. Tras una campaña en Italia para contener a los longobardos, Pipino hizo donación de sus conquistas a Esteban II, lo que se convertiría en el núcleo de los Estados Pontificios.

Ya como rey, Pipino el Breve acabó de expulsar a los árabes de Septimania y reconquistó Aquitania; sometió a su autoridad a los alamanes y a los demás pueblos fronterizos; favoreció la recuperación de la cultura clásica, y estableció nuevas relaciones de vasallaje con la nobleza, asegurando su fidelidad. A su muerte en 768, el reino quedó dividido según la costumbre entre sus hijos Carlomán y Carlos. Este último lo convertiría en todo un imperio.

Durante los siglos que los francos merovingios y los pipínidas gobernaron las Galias, la antigua sociedad galorromana se transformó casi por completo. Las fuentes hablan más de reyes y batallas que de tipo de cosechas, demografía o desarrollo del comercio, pero tenemos datos que nos permiten saber cómo se produjo la feudalización del mundo franco-galo-romano. Las antiguas villas desaparecieron en las regiones que sufrieron más las invasiones bárbaras y las guerras entre reinos, pero poco a poco reaparecieron los latifundios para retomar su papel como base de la sociedad. Y lo mismo sucedió con las ciudades:

HISTORIA CURIOSA

San Bonifacio y el primer árbol de Navidad

Según la tradición, el primer árbol de Navidad se debe a san Bonifacio, monje anglosajón que dedicó su vida a la conversión de paganos entre las tribus germánicas. Gracias a su éxito en la expansión del cristianismo y a su influencia en la Santa Sede, Bonifacio se convirtió en el máximo poder de la Iglesia romana en el reino franco, el futuro Sacro Imperio Romano Germánico de Carlomagno.

Cuenta la leyenda que para Bonifacio el principal obstáculo a su labor evangelizadora eran las creencias mitológicas germanas. Así que quiso talar el roble de Thor, situado en un lugar sagrado para estos pueblos. Quería derribarlo como símbolo de la superioridad del dios de los cristianos. Se cuenta que el monje tan solo llegó a dar un golpe de hacha, pues se levantó un fuerte viento que derribó el árbol. Los testigos, maravillados de que el dios Thor no respondiera a tal afrenta con un trueno, se convirtieron al cristianismo.

Con la madera caída, Bonifacio levantó su primera iglesia y, en el lugar del roble, plantó un pino y lo decoró con velas y manzanas, símbolos de la luz de Cristo y del pecado original, convirtiéndolo así en el primer árbol de Navidad.

San Bonifacio intentando derribar el roble consagrado a Thor, en un grabado de Daniel Nikolaus Chodowiecki (1780).

las urbes romanas sobrevivieron pero transmutadas en centros de poder regionales, cívicos o religiosos. Inicialmente, el comercio, a causa del abandono urbano y de la inseguridad de las vías de comunicación, se empobreció, pero con el tiempo volvió a recuperarse al articularse de nuevo las redes de influencia. Y en el orden cultural, el latín empezó a mezclarse con las lenguas de los bárbaros y dio origen a nuevas lenguas vulgares.

Sin llegar todavía a la plena Edad Media, ya se habían puesto los cimientos de una nueva era. La fragmentación del poder político —reyes y nobles— y del poder de la Iglesia —obispos y abades—, la institución del vasallaje e, incluso, la creación de una clase armada —que dio origen a los caballeros andantes— apuntan ya a una nueva etapa. El reino franco merovingio, igual que los demás reinos sucesores del Imperio romano, hizo de bisagra entre uno y otro mundo. Es a la vez, un cambio de época y una época de cambios.

5

ANGLOS, SAJONES, JUTOS Y VIKINGOS: LA TOMA DE BRITANIA

410-1014

La Britania romana fue siempre una provincia problemática para el Imperio romano. Los emperadores la consideraban una pieza imprescindible para conservar la estabilidad en las Galias y el control del canal de la Mancha, pero las continuas revueltas de los nativos obligaron a Roma a mantener una presencia militar permanente desde el primer desembarco romano en el siglo I hasta su abandono a inicios del V. A pesar de todo, se fundaron varias grandes ciudades —con foro, basílica, templos, baños y anfiteatro—, se construyeron vías, puertos, viaductos, minas y murallas, y su población alcanzó un notable grado de romanización.

Pero en el siglo III, a la inestabilidad propia de la zona se sumaron las continuas incursiones de los pueblos bárbaros que, al igual que los romanos, llegaban a la isla por mar. La construcción durante ese siglo del *litus saxorum*, o litoral sajón —una serie de fortificaciones a uno y otro lado del canal de la Mancha con la función de contener a los invasores germánicos—, evidencia la presencia de saqueadores marítimos ya por entonces.

En los albores del siglo V, la situación empeoró, pues Estilicón, *magister militum* de la zona, decidió desguarnecer la isla para destinar los

destacamentos a otros frentes más urgentes o relevantes del Imperio. Como nos cuenta el clérigo Gildas en su *De Excidio et Conquestu Britanniae* (*Sobre la ruina y la conquista de Britania*), redactada a mediados del siglo VI, los colonos «convocaron una asamblea para decidir la manera mejor y más rotunda de contrarrestar las brutales y constantes invasiones e incursiones de saqueo», ahora que no tendrían el apoyo de las tropas. En los años siguientes, los pocos soldados y oficiales que habían quedado en la isla acabaron apoyando a generales usurpadores para mostrar su desacuerdo con la actitud de Rávena. Finalmente, en 410, cansados por la situación de abandono a que les sometía el Imperio, las colonias romanas de Britania se decidieron a pedir ayuda al emperador Honorio para repeler las invasiones bárbaras. Cuando este se la negó, se inició el abandono definitivo de la isla por parte de los romanos.

La Edad Oscura

A partir de ese momento, Britania desaparece totalmente de las fuentes, y no la volveremos a encontrar hasta alrededor del año 600. Este período ciego de la historiografía de Britania se conoce como Edad Oscura. Durante esos casi doscientos años, buena parte de las tierras de lo que sería la Inglaterra actual estuvo en manos de invasores de lengua germánica. Los anglos y los sajones —pueblos procedentes de la Europa septentrional— habían desplazado a los nativos de hablas celta y latina, y se habían convertido en la élite que dominaba la región. No se sabe a ciencia cierta cómo se produjo esta migración, aunque la tesis más aceptada sostiene que los anglosajones habrían llegado a

Britania —a través del mar del Norte y el canal de la Mancha— en un flujo continuo durante, como mínimo, el período que va del año 410 hasta 575. Muy posiblemente, las primeras incursiones fuesen protagonizadas por grupos de guerreros, pero hay evidencias arqueológicas de que poco después también empezaron a llegar mujeres y niños. A falta de datos concretos, es de suponer que uno de los atractivos principales de Britania para estos grupos familiares fueran las tierras fértiles.

Procedían de la costa del sur de Suecia, la península de Jutlandia, la Baja Sajonia y Frisia. A grandes rasgos, se sabe que los anglosajones dominaban la mitad oriental de Gran Bretaña hasta el muro de Adriano, mientras que los celtas britones, más o menos romanizados, ocupaban la mitad occidental hasta el muro de Antonino. Más al norte, se hallaban los pictos, una conjunción de tribus preindoeuropeas. Y en las costas cercanas a Irlanda podían encontrarse asentamientos de escotos.

A comienzos del siglo VII, la élite cristiana de lengua latina había sido reemplazada por otra de lengua y cultura germánicas. En cuanto a la organización estamental, a la primitiva sociedad romana, que se articulaba entre hombres libres y esclavos, se le añadió una tercera categoría, la de libertos: personas que dejaban de ser esclavas, pero que dependían de forma permanente y hereditaria de algún hombre libre. Además, la clase alta, que en tiempos de Roma se dividía entre *honestiores* (superiores) y *humiliores* (inferiores), ahora se correspondía sencillamente con los propietarios de la tierra, subdivididos a su vez en función del *wergeld* —o valor económico que se asignaba a la vida— de cada individuo.

El *wergeld*

A pesar de que faltan datos históricos que den cuenta de cómo se produjo este trasvase de poder, los hallazgos que hablan de asignaciones de *wergeld* ponen de manifiesto que los anglosajones acabaron imponiéndose. Así, el valor de cada persona variaba en función de múltiples factores. Una mujer, por ejemplo, valía más si se hallaba en edad fértil o embarazada, y menos si había entrado en el período de la menopausia. Y un hombre valía más si era anglosajón que si era romano-britano, aunque tuviesen el mismo patrimonio. En caso de litigio, pues, el anglosajón siempre tenía las de ganar y menos que perder.

Este cambio en los estratos altos de la nueva sociedad británica es una de las razones de la desaparición del latín como lengua vehicular. El hecho de que el grueso de las tierras pasase a manos de los anglosajones llevó a las élites romano-británicas a intentar integrarse en los círculos de poder de los invasores. Así, la lengua vernácula se impuso tanto entre las clases pudientes como entre las populares, pues esta parte de la población se dedicaba a trabajar en las explotaciones agrícolas de los anglosajones, y, con el paso del tiempo, sencillamente sufrieron un proceso de aculturación en el que adoptaron la lengua y las costumbres de los invasores. Además, hay pruebas de que parte de esta población celta autóctona, los britanos, emigraron a la Armónica, a Gales o a Irlanda durante este período, lo que convirtió la cultura romana en más minoritaria si cabe.

No obstante, los romano-britanos que quedaron formaron pequeños Estados herederos de Roma que alternaban guerras civiles e invasiones. Y en cuanto a los anglosajones, parece que sus asentamientos tribales también derivaron en varios reinos que acusaron los mismos

conflictos que sus vecinos. Por ello, en todos los casos las fronteras eran poco estables, y es difícil concretar sus desarrollos políticos o territoriales. Durante la Edad Oscura se configuraron entre diez y quince reinos romano-britanos principales y otros tantos anglosajones, aunque los números fluctúan a lo largo del tiempo.

Este vacío histórico ha proporcionado, como ocurre con otras culturas en el resto del mundo, un caldo de cultivo perfecto para las leyendas. Así, los numerosos interrogantes que nos presenta esta época histórica son un estímulo para la literatura y el folclore. Del mismo modo que la Edad Oscura griega dio origen a las epopeyas fundacionales de la gran civilización helena —la *Ilíada* y la *Odisea*, de Homero—, la Edad Oscura británica se ha convertido en el escenario del llamado Ciclo Artúrico. Es decir, las aventuras y desventuras del rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda (también conocidas como *Materia de Bretaña*, pues recoge el compendio de narraciones sobre la historia legendaria de Gran Bretaña y de las tradiciones celtas).

La heptarquía anglosajona

En el año 597, el monje romano benedictino Agustín llegó a la corte de Kent acompañado por cuarenta misioneros. Habían acudido a instancias del papa Gregorio Magno con el objetivo de convertir al cristianismo a los anglosajones paganos. Para ello, contaban con el apoyo de la reina Bertha, una princesa franca —y, por lo tanto, cristiana— desposada con el monarca, Ethelberto, de aquel reino bárbaro del sureste de Gran Bretaña.

CONTINÚA EN LA P. 116

GRANDES PERSONAJES

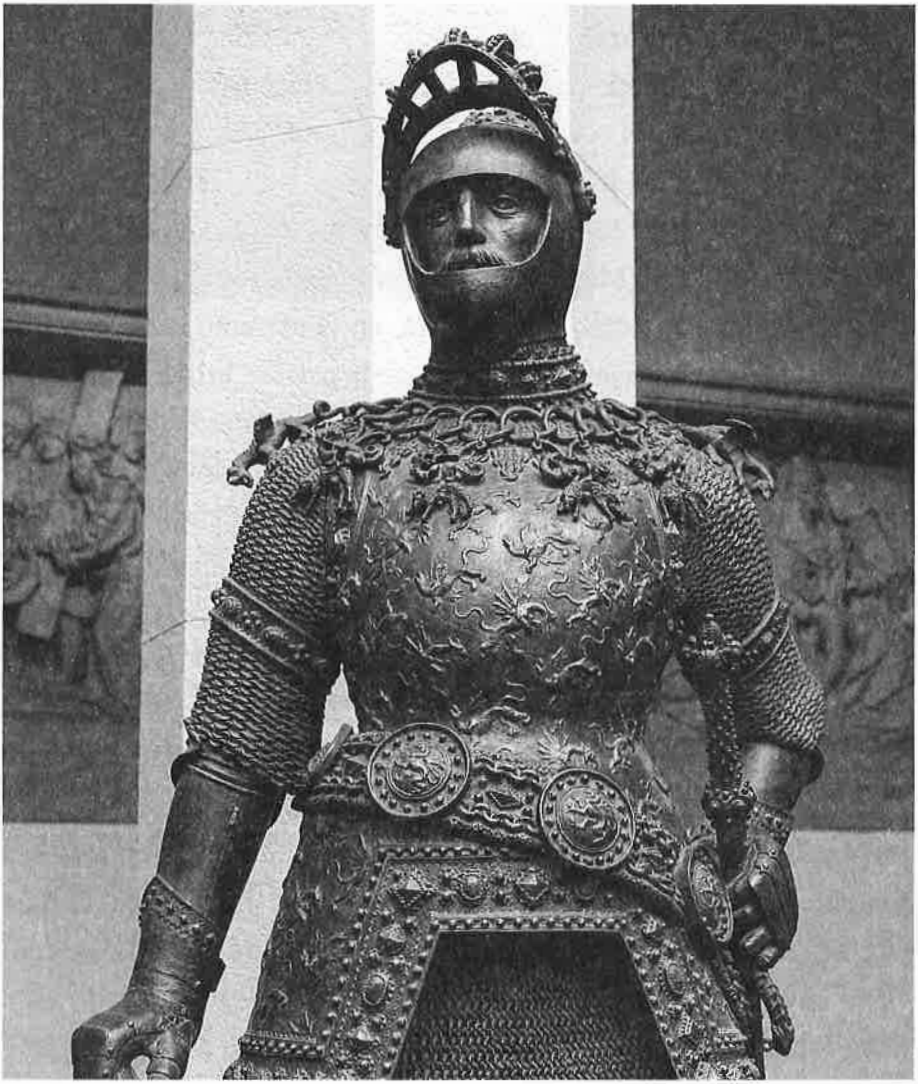
El rey Arturo y la batalla del Monte Badon

Según la tradición oral, alrededor del año 500 los anglosajones y los romanobritanos se enfrentaron en la batalla del Monte Badon, en la que los nativos vencieron a los invasores, lo que contuvo sus arremetidas durante unos años.

A pesar de la poca fiabilidad de las fuentes, lo cierto es que es muy probable que un episodio de estas características tuviese lugar. Hasta aquí nada que objetar. Lo peculiar de esta batalla es que algunos estudiosos han querido ver en ella indicios de la presencia del mítico rey Arturo como el caudillo que lideró la victoria.

Arturo —referente en todas las cortes medievales en tanto que rey de honor, lealtad y astucia intachables— es uno de los personajes más atractivos de la literatura europea de todos los tiempos. Y por ello se ha intentado demostrar su existencia más allá de la leyenda. Incluso algunos arqueólogos han identificado el importante yacimiento de Tintagel como el castillo donde nació y una serie de terrenos cerca de Bath y Stonehenge como las medidas defensivas contra las fuerzas del mítico rey.

La primera obra literaria que cuenta la vida del rey Arturo es la Historia Regum Britaniae *(*Historia de los reyes de Bretaña*) de Geoffrey de Monmouth, clérigo y escritor galés del siglo XII. Él es quien, bajo la presunción de historia real y documentada, establece los principales rasgos de la leyenda artúrica: la genealogía del rey, su figura como guerrero que derrota a los sajones, la presencia de lo sobrenatural con el mago Merlín y la espada Excálibur, la fundación de la Orden de los Caballeros de la Mesa Redonda, el gobierno en Camelot, su posterior retiro en Avalon, etcétera. La popularidad de la* Historia *es uno de los factores que desencadenan la prolífica aparición de nuevas obras relacionadas con la leyenda de Arturo en toda Europa a lo largo de los siglos XII y XIII, especialmente en Francia.*



El rey Arturo con su armadura de guerra. Estatua de bronce del siglo xv en el cenotafio del emperador Maximiliano I, en Innsbruck.

El período que se inicia con la presencia de misioneros de Roma en Britania y que llega hasta las primeras invasiones vikingas del siglo IX es conocido como la heptarquía anglosajona, pues son siete los reinos principales que lo protagonizan. Los más importantes son Estanglia (de East Anglia, o 'anglos del este'), al sur del estuario de Walsh; Northumbria (al norte del río Humber), un gran reino al este de los montes Peninos; Mercia (de *marca*, esto es, 'frontera'), en los Midlands, en el centro de Gran Bretaña; y Wessex (de West Saxons, o 'sajones del oeste'), al sur de Mercia, en la costa centro-meridional. El resto son: Kent, ubicado, como hemos visto, en el extremo suroriental de la isla (el nombre proviene, en origen, de la palabra britana para decir «esquina de tierra»); Essex (de East Saxons, o 'sajones del este'), justo al norte de la desembocadura del Támesis, y que incluye la ciudad de Londres; y Sussex (de South Saxons, o 'sajones del sur'), en la costa meridional, entre Wessex y Kent. Además de estos siete principales, había otra decena de reinos menores que fueron siendo anexionados por los demás mientras la población romano-británica era empujada hacia el oeste, a Gales y Cornualles.

Volviendo a Ethelberto, no se sabe si el monarca fue bautizado antes o después de la llegada de Agustín, pero lo importante es que consintió que los misioneros se instalaran en la antigua iglesia de San Martín, en Canterbury, para poder emprender su predicación. El templo —considerado la iglesia más antigua del Reino Unido— se convirtió en sede episcopal y Agustín, en el primer obispo de Canterbury. Cabe destacar que todavía hoy, tras milenio y medio de cambios políticos, sociales y religiosos, el arzobispado de Canterbury es la cabeza espiritual de la Iglesia de Inglaterra.

Capilla de Saint Peter-on-the-Wall, Essex, una de las iglesias cristianas más antiguas de Gran Bretaña, de mediados del siglo VII.

En la época, cuando un monarca abrazaba una religión, sus súbditos lo secundaban. Por ello, hay registros de conversiones masivas poco después de la llegada de Agustín de Canterbury y su séquito a Britania. Ethelberto de Kent era un *bretwalda*, es decir, un rey que temporalmente gobernaba sobre los demás reyes, lo que a su vez favoreció la conversión de otros reinos anglosajones. No obstante, no se trató de un proceso fulminante, sino que se desarrolló durante el siglo VII y más allá, décadas después de la muerte de Ethelberto y de Agustín. El último rey pagano, Arwald de Wihtwara (del reino juto de la isla de Wight), murió en 686 a manos de Edelwhal, monarca de Essex, que cristianizó a todos sus súbditos.

El principal obstáculo para la difusión del cristianismo en estas tierras era la tradición pagana de sus habitantes. Además, Agustín no logró que la Iglesia celta de los romano-britanos, que había tomado derivas alejadas de la ortodoxia romana, apoyase su evangelización. Ambos impedimentos, sin embargo, pueden leerse en clave política. En el primer caso, los equilibrios de poder entre los distintos reinos

anglosajones siempre fueron delicados, y la religión se convirtió en una excusa más para forjar alianzas o perpetuar disentimientos. En el segundo, hay que tener en cuenta que anglosajones y romano-britanos todavía se hallaban inmersos en diversos conflictos por el territorio: unos seguían siendo invasores a ojos de los otros. Y, al fin y al cabo, colaborar con Agustín de Canterbury era colaborar con Ethelberto de Kent, lo que se traducía en un pacto contra natura.

A lo largo de los siglos VII y VIII, los centros de poder fluctuaron entre unos y otros reinos. En el ocaso del siglo VI Ethelberto de Kent ostentaba una posición dominante, pero después el poder se habría desplazado a Northumbria. Desde luego, el rey Edwino, monarca de Northumbria, debía de ser poderoso, pues reunía varios reinos menores bajo su cetro, entabló alianzas matrimoniales con sus vecinos, y venció a romano-britanos y a anglosajones en el campo de batalla, una buena forma de obtener esclavos y tributos.

La supremacía de Mercia

No obstante, Northumbria se hallaba entre dos pueblos que eran fuente inagotable de problemas: los pictos de Escocia, tenaces guerreros, y Mercia, el reino anglosajón que dominaba la cuenca del río Trent, en el centro de Gran Bretaña. Dos derrotas de Northumbria frente a Mercia en la segunda mitad del siglo VII favorecieron que el eje del mundo anglosajón se desplazara hacia ese reino, que dominó todo el siglo VIII, por lo que se lo conoce como el de «la supremacía de Mercia».

Según parece, Ethelbaldo de Mercia era el rey más poderoso de todos los reinos al sur del río Humber. Y gracias a la combinación

Ilustración de Offa de Mercia en el tratado del monje benedictino Matthew Paris sobre San Albano (*c.* 1230-1250).

de victorias en el campo de batalla y la debilidad en los tronos de sus subreyes, entre 730 y 757 se anexionó Estanglia, Essex y Wessex. A su muerte a manos de uno de sus escoltas, estalló una guerra civil en el seno del reino por la sucesión. El noble Offa se impuso a sus rivales y, durante la primera década de su gobierno, subyugó a los reinos de Sussex y Kent. A finales de la década de 770 e inicios de la de 780, sometió de nuevo a Wessex, que tuvo que abandonar la idea de independizarse, y hubo de hacer frente a sublevaciones en Kent. Asimismo logró anexionarse el disputado reino de Lindsey, entre los estuarios del Humber y del Walsh, que también pretendía Northumbria. Finalmente, en los años que preceden a su muerte en 796, logró contener a sus rivales tanto en Mercia como en los demás reinos de su dominio y construyó el dique de Offa, un foso cavado como muralla entre Mercia y Gales.

En cuanto a la política interior, Offa de Mercia emprendió acciones para desarrollar un verdadero Estado dentro de su reino: fundó mercados, con lo que promovió el comercio y el intercambio, acuñó moneda

de oro por primera vez en Britania, emprendió negociaciones con el reino franco e incluso se inmiscuyó en los asuntos de la Iglesia, favoreciendo un breve obispado en una de sus metrópolis.

Los reinados de Ethelbaldo y Offa de Mercia se consideran una excepción en lo que se refiere a la estabilidad del trono para el paradigma anglosajón: en el mismo período, en Northumbria, trece monarcas habían subido al trono, y en Kent, incluso bajo el dominio de Mercia, habían reinado una docena. Reyertas sucesorias, conspiraciones y dobles alianzas estaban a la orden del día, pues se trataba de monarquías débiles, en las que el poder estaba en manos de los nobles, verdaderos caciques locales que no dudaban en alzarse cuando consideraban que el monarca de turno no actuaba a su gusto.

Cuando Offa murió, Mercia volvió al caos, pues por mucho que el monarca despejara el camino sucesorio a su hijo Ecfrido eliminando a sus posibles rivales, el nuevo rey no pudo gobernar más que cinco meses. Tras este episodio, llegaron al trono varios reyes más, lo que debilitó sobremanera el predominio que Mercia había ostentado hasta entonces. El reino de Wessex, aprovechando esta situación, sustituyó finalmente a su vecino en el poder. No obstante, pronto aparecerá una nueva pieza en el tablero de juego que desestabilizará aún más si cabe el precario equilibrio de fuerzas en Britania.

Las invasiones vikingas

La primera constancia que se tiene de la presencia de vikingos en Gran Bretaña se remonta al año 793, momento en el que estos pueblos realizan una incursión en el monasterio fortaleza de la isla de Lindisfarne,

al sur de la actual frontera escocesa. Según la *Crónica anglosajona*, unos anales históricos con episodios dispersos datados de finales del siglo IX, los piratas nórdicos asesinaron a los monjes del monasterio y se llevaron consigo todos los objetos de valor que hallaron.

No obstante, existen pruebas de que antes de ese episodio ya había asentamientos estables de vikingos en las islas Orcadas y en las Shetland, los archipiélagos más al norte de Gran Bretaña, por lo que lo más probable es que desde allí dirigieran muchas otras incursiones a objetivos de la costa británica de las que no hay constancia. Sea como fuere, en los siguientes dos siglos los vikingos se establecieron en la isla y se convirtieron en un verdadero azote para los reinos autóctonos.

A pesar de que todos ellos eran originarios de Escandinavia (Dinamarca, Suecia y Noruega), los vikingos no formaban un pueblo homogéneo. Compartían una cultura y un sistema de creencias, pero en realidad provenían de distintas tribus y reinos nórdicos. Eran gentes de ascendencia germánica, al igual que godos, francos, longobardos, anglos, jutos, sajones y el resto de protagonistas de las primeras migraciones. Y, aparte de dedicarse a la agricultura, también eran hábiles navegantes, guerreros y comerciantes. Desde finales del siglo VIII hasta mediados del XI saquearon y exploraron Europa y sus estribaciones en busca de rutas para su comercio y con el fin de realizar pillajes tanto por vía marítima como fluvial. Llegaron a rincones del mundo tan distantes como las costas de Terranova, el mar Caspio, Sicilia, la llanura de Moscú o el Guadalquivir omeya.

Hasta inicios del siglo IX, en Gran Bretaña los vikingos protagonizaron ataques violentos pero esporádicos en las costas oriental y meridional. Se trataba de breves incursiones, realizadas por pocos individuos

pero muy bien organizados: llegaban cuando nadie los esperaba, requisaban lo que les interesaba y volvían sobre sus pasos sin dar tiempo a una posible reacción por parte de sus enemigos.

Con el paso de los años, los guerreros nórdicos fueron adquiriendo confianza y expandieron sus áreas de ataque a rincones más alejados: en 799 llegaron a la Bretaña francesa, en 820 remontaron el Sena y en 834 azotaron los Países Bajos. Alrededor del año 840 empezaron a organizar expediciones también durante el frío invierno, y a partir de 850 pasaban la época de nieves en islas de la costa de Kent y en Irlanda.

Los vikingos se habían convertido en un grave problema para todo el norte de Europa. Y en Gran Bretaña, donde los ataques eran continuos, su presencia produjo una fuerte inestabilidad social y política en los reinos locales. Especialmente a partir de la llegada del Gran Ejército Vikingo en 865, pues este contingente tenía un fin muy distinto al que había guiado a los anteriores grupos: ya no se buscaba solo el botín; ahora, la conquista era su objetivo.

Según la leyenda, los comandantes de este ejército eran hijos del mítico rey y guerrero vikingo Ragnar Lodbrok, que se presentaba como descendiente del dios Odín: Helafdan, Ivar el Deshuesado y Olaf el Blanco. Durante catorce años, entre 865 y 878, realizaron una gran campaña de ocupación sobre los cuatro reinos anglosajones del momento: Northumbria, Estanglia, Mercia y Wessex.

Mientras tanto, en Britania, en 802 Egberto era proclamado rey de Wessex. En los primeros años de su reinado había desplazado y sometido a vasallaje a los britanos que todavía habitaban la zona de Cornualles. Y alrededor del año 825, tras vencer en batalla al rey Beornwulf de Mercia, le despojó del poder sobre Sussex, Kent y Essex. De este modo,

se hizo con el control de toda la costa meridional de Gran Bretaña. Además, ayudó a Estanglia a liberarse de Northumbria y, a finales de la década, había sometido al rey del país del norte y al de Mercia, por lo que se había convertido, de esta forma, en *bretwalda* de los anglosajones. No obstante, este título no le hizo inmune a los vikingos.

En 865, los guerreros nórdicos atracaron sus naves en Estanglia, donde se establecieron rápidamente y desde donde dirigieron sus ataques al resto de la isla bajo las órdenes de Ivar el Deshuesado. A finales de 866 ya habían controlado York, en Northumbria. No obstante, para detener su avance, los poderes locales pactaron con ellos una sumisión *de facto*: a cambio de un tributo, los vikingos no arrasarían sus tierras. Es el llamado *danegeld* (de *Danish Gold*, u 'oro danés'). Tras este pacto, los nórdicos atacaron Mercia y en 867 ya habían sometido Nottingham. Se sabe que, entonces, fuerzas conjuntas de Mercia y Wessex plantaron cara al invasor, y parece ser que los hicieron retroceder hasta York y Estanglia tras pactar un precio por su retirada.

En 871, un nuevo contingente llegaba desde Escandinavia con el fin de reforzar el Gran Ejército Vikingo y dirigir sus ataques hacia Wessex. De nuevo, se les pagó para que abandonasen esas tierras. En los siguientes dos años, se produjeron ataques, retiradas y contraataques vikingos a lo largo y ancho del territorio de Gran Bretaña, hasta que finalmente, entre 874 y 875, lograron tomar el poder en Mercia, Essex, Estanglia y Northumbria, bajo el liderazgo de Guthrum, rey vikingo llegado con el primer contingente del Gran Ejército Danés.

Entre 876 y 874 se suceden episodios bélicos entre Alfredo de Wessex, llamado el Grande por sus feroces enfrentamientos contra los vikingos, y el rey Guthrum de los daneses (los anglosajones usaban el

HISTORIA CURIOSA

Los *berserker*

La fama de sanguinarios guerreros que tienen los vikingos, capaces de realizar hazañas sobrehumanas, se la deben en gran medida a los berserker. *Según la antigua literatura nórdica, los* berserker *son guerreros extraordinarios que luchan en un estado de trance, con una furia incontrolable. Muerden los escudos, visten pieles de oso, aúllan como lobos y masacran a quien se ponga por delante, amigo o enemigo. Descendientes de Odín, dios de la guerra, la muerte y la sabiduría, los* berserker *son empleados como escoltas reales. Sin embargo, sus repentinos cambios de humor y sus ataques de locura provocaron que sus propios congéneres les temieran, por lo que a finales del siglo* XII, *se decide acabar con ellos.*

Algunas teorías actuales sostienen que la locura de los berserker *se debía al consumo de alimentos o bebidas tradicionales vikingos que contenían sustancias psicotrópicas.*

apelativo «danés» para referirse a todos los vikingos). Hasta que, en 884, ambos monarcas firmaron un tratado de paz en el que establecieron los límites del Danelaw —de *Danish Law*, o 'bajo la ley danesa'—, la región del noreste de Inglaterra que quedó bajo control del Imperio vikingo.

Del reino de Wessex al de Inglaterra

El pacto entre Alfredo el Grande y Guthrum no implicaba, en contra de lo que entenderíamos a día de hoy, que cesasen las hostilidades entre

sus reinos. Al contrario. El monarca anglosajón, sabedor del potencial guerrero de sus vecinos, emprendió políticas para mejorar sus defensas y realizó diversos ataques. Construyó una flota de barcos de guerra y organizó una red con una treintena de ciudades fortificadas, llamadas *buhrs* (palabra que remite a nuestro «burgo»), reparando murallas y diques de época romana, y, para poder mantenerlo todo, promovió un nuevo sistema de impuestos.

Fueron años de mejoras sociales. Emulando la corte de Carlomagno, Alfredo promovió la creación de una escuela cortesana y abogó por la educación en latín pero también en inglés. Además, el rey de Wessex emprendió una reforma legal con la promulgación de un código de leyes, conocido como el Doom Book. Con él pretendió recoger las legislaciones anglosajonas anteriores e integrarlas a la ley de Moisés, con el argumento de que en esta última ya se incluía la restitución económica de los delitos, es decir, una especie de *wergeld* hebreo. Es significativo que el Doom Book, al contrario que las demás legislaciones bárbaras, no tomase como referencia la legislación romana, sino los códigos cristianos.

Alfredo murió durante el cambio de siglo y sus sucesores, su hijo Eduardo el Viejo (899-924) y su nieto Athelstan el Glorioso (924-939) ampliaron el reino de Wessex arrebatando Mercia, Estanglia y York al Danelaw y logrando el vasallaje de señores galeses y escoceses. Athelstan fue el primero en convertir el reino de Wessex en el reino de Inglaterra, bajo la mirada celosa de sus reinos vecinos.

Los reyes Edmundo el Magnífico (939-945) y Edred (946-955) combatieron a los vikingos ganando y perdiendo territorios alternativamente. Pero Edgar el Pacífico (959-975) arrebató violentamente el

trono de Mercia a su hermano Edwy el Bello —pues habían heredado la mitad del reino cada uno— y reunificó de una vez por todas Inglaterra.

En esa misma época, un nuevo contingente de vikingos llegaba a las costas del Danelaw. Eric el Sanguinario, primero, y Harold Bluetooth ('diente azul') y Svend Forkbeard ('barba partida') después, sembraron de nuevo el caos en Gran Bretaña. Este hecho, sumado al ascenso al trono de Inglaterra de Etelredo el Indeciso en 978, fue el inicio del fin del dominio anglosajón. Durante veinte años, este rey había estado pagando *danegeld* a los vikingos, lo que minó la economía de sus súbditos e hizo que perdiera el apoyo de la nobleza. Por si sus problemas internos fueran pocos, cometió dos errores fatales en su relación con otros reinos: por un lado, confiar demasiado en el poder que le otorgaba su alianza matrimonial con el pujante ducado de Normandía; y, por el otro, ordenar la matanza de los vikingos. Sediento de venganza, el rey nórdico Svend emprendió una década de devastación sin cuartel a la que Etelredo no pudo hacer frente. El rey inglés huyó a Normandía, pero a la muerte de Svend, en 1014, regresó a sus tierras para volver a sentarse en el trono. Con todo, falleció dos años después y, entonces, Canuto el Grande, hijo de Svend, sometió a sus enemigos y se proclamó rey de Inglaterra.

Es difícil establecer cuándo finaliza la época de reinos bárbaros en Gran Bretaña. Para empezar, en un sentido estricto, la heptarquía no era sucesora del Imperio romano, pues los lazos de continuidad eran prácticamente inexistentes (salvo por la presencia de la Iglesia). Por otro lado, y siendo fieles a los hechos, la llegada de bárbaros no se detuvo ni con los vikingos —que son a su vez germánicos— ni con los

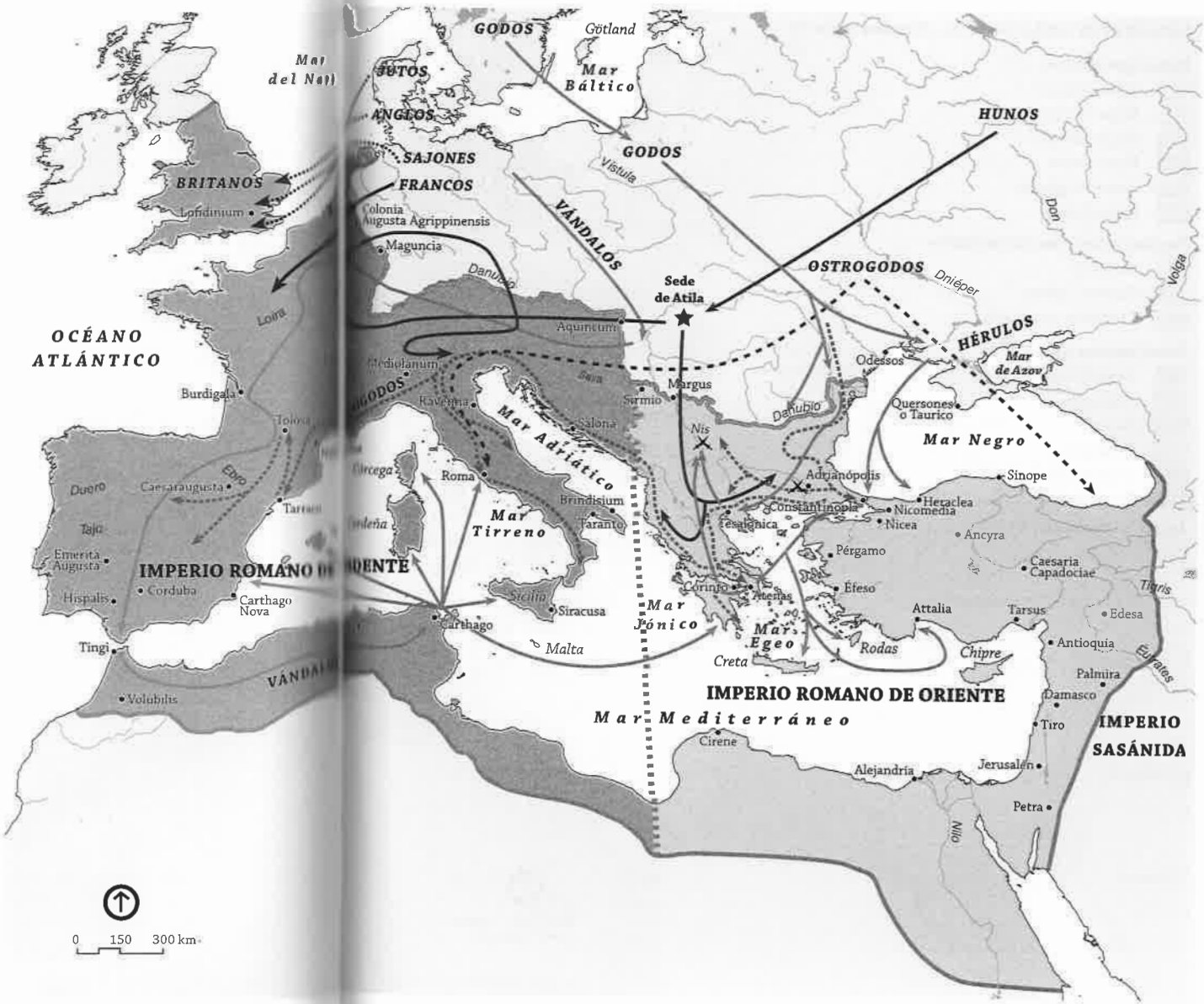
normandos que habían conquistado Inglaterra en la segunda mitad del siglo XI —y que también son de origen vikingo—. Además, la constatación de Inglaterra como un reino único en la época de Alfredo el Grande o de Athelstan, que en ocasiones se considera un cambio de época, tampoco es definitiva, pues hay continuidad con todo lo anterior. Así pues, los albores del año 1000, que tradicionalmente se consideran el punto de inflexión entre la Alta Edad Media —de la que son característicos los reinos bárbaros— y la Baja Edad Media —en la que ya se observa una sociedad plenamente feudal— es quizá la fecha más ajustada. En cualquier caso, en Inglaterra, como en el resto del continente, los reinos germánicos habían preparado Europa para la nueva etapa que le tocaba vivir: la Baja Edad Media.

APÉNDICES

Mapas

INVASIONES BÁRBARAS (siglos III-V)

- Frontera del Imperio romano
- División entre el Imperio oriental y el Imperio occidental
- Godos
- Hunos
- Francos
- Ostrogodos
- Anglos, sajones y jutos
- Visigodos
- Vándalos



Mapas

LOS REINOS GERMÁNICOS (Finales siglo V)

Reinos germánicos

- Reino visigodo
- Reino ostrogodo
- Reino vándalo
- Reino suevo
- Reino burgundio
- Reino franco

Pueblos celtas y no romanizados

- Bretones
- Escotos y pictos
- Cántabros y vascones

Otros pueblos germánicos

- Anglos, sajones y jutos
- Alamanes
- Bávaros
- Turingios
- Longobardos
- Escandinavos

Imperio romano de Oriente

- Frontera del Imperio romano

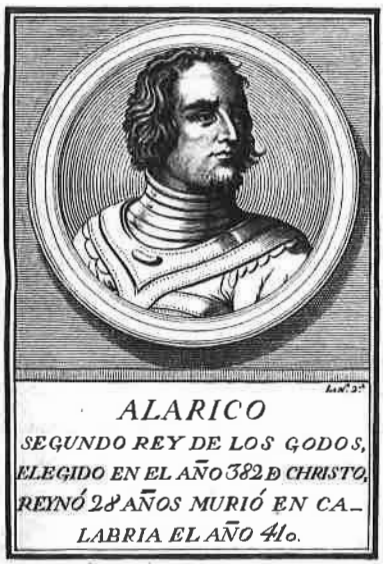
Conceptos clave

Adrianópolis (378)

Derrota romana a manos de los visigodos que causó la muerte en combate de Valente, emperador de Oriente (9 de agosto de 378). La principal consecuencia de esta batalla fue que los visigodos quedaron instalados dentro de las fronteras del Imperio y no pudieron ser expulsados de él.

Alarico

Rey visigodo (*c.* 370-410) que lideró las incursiones de su pueblo en Grecia e Italia. Ante la negativa del emperador Honorio a tratarlo como un igual y a concederle un alto cargo a él y tierras a su pueblo, saqueó Roma (410).



Buhrs

Nuevas aldeas fortificadas sajonas levantadas sobre todo durante el reinado de Alfredo el Grande (849-899).

Arrianismo

Herejía del siglo IV fundada por Arrio de Alejandría que negaba la divinidad del Hijo y, por tanto, cuestionaba el dogma de la Trinidad.

Campos Cataláunicos (451)

Victoria conseguida por el general romano Aecio sobre Atila, rey de los hunos, cerca de Châlons. Esta batalla supuso el fin del expansionismo de los hunos en Occidente.

Clodoveo

La tradición ha convertido a Clodoveo —Clovis, en francés— en uno de los personajes más importantes de la

historia de Francia. Además de un gran conquistador, fue el primer rey franco en abrazar el cristianismo.

Colono
Persona que obtiene una tierra mediante un contrato que le obliga al pago de impuestos o de servicios militares.

Danegeld
Tributo en oro o en plata pagado a los normandos para frenar sus conquistas en el siglo IX.

Danelaw
Porción noreste de Inglaterra que queda prácticamente «bajo la ley danesa», es decir, bajo dominio vikingo, en el siglo X.

Exarca
Gobernador bizantino en las fronteras del Imperio.

Foederati
Nombre dado por los romanos a los bárbaros a los que se concedían tierras en las que asentarse dentro de las fronteras del Imperio. A cambio, los *foederati* habían de proteger esa parte de la frontera contra los ataques de otros bárbaros.

Francos
Confederación de tribus germánicas concentradas en la Galia que se expandieron hasta ocupar las actuales Francia y Bélgica.

Gala Placidia
Hija del emperador romano Teodosio I y hermanastra de Honorio, Gala Placidia (388-450) fue capturada durante el saqueo a Roma de los visigodos de Alarico, y obligada a seguir el séquito de este hacia el sur. Cuando Alarico murió, su sucesor y cuñado, Ataúlfo, llevó a su pueblo hacia la Galia y fundó el reino de Tolosa. Se casó con Gala Placidia y tuvieron un hijo, que murió poco después en Barcelona. A la muerte de Ataúlfo, Gala Placidia volvió a Roma, donde contrajo aún dos matrimonios más por razones de Estado.

Genserico
Rey de los vándalos que conquistó Mauretania, Numidia, el África Proconsular y Cartago, donde situó la capital de su Imperio. En el año 455 saqueó Roma.

Gregorio Magno
Este monje de familia patricia (540-609) asumió el pontificado de Roma en el año 590 y se convirtió en Gregorio I o Gregorio Magno. Tras una juventud compaginando la vida política —como

Conceptos clave

prefecto de Roma y como alto cargo al lado del papa— con la vida monacal, aceptó el Papado como un ejercicio de responsabilidad ante la falta de dirección en el gobierno de Occidente. Fijó la posición del Papado como poder separado del Imperio romano.

Heptarquía anglosajona
El período que se inicia con la presencia de misioneros de Roma en Britania y que llega hasta las primeras invasiones vikingas del siglo IX es conocido como la heptarquía anglosajona, pues son siete los reinos principales que lo protagonizan: Estanglia, Northumbria, Mercia, Wessex, Kent, Essex y Sussex.

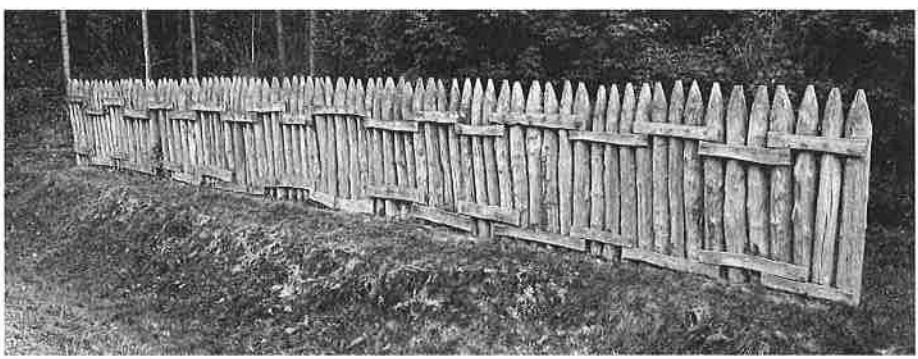
Iconoclasia
Doctrina religiosa que rechaza el culto a las imágenes sagradas. Los movimientos iconoclastas alteraron la paz de la Iglesia oriental en los siglos VIII y IX, y provocaron serios conflictos entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente.

Limes
Límites fronterizos del Imperio romano que aprovechaban las fronteras naturales de los cauces de los ríos Rin y Danubio.

Mayordomo
Intendente principal de los reyes francos. Durante el reinado de los últimos soberanos merovingios, los mayordomos llegaron a ostentar todo el poder.

Poitiers
Batalla que tuvo lugar en el año 732 en la que los francos, liderados por Carlos Martel, derrotaron a las tropas árabes y a sus aliados.

Prebenda
Conjunto de rentas, territoriales o no, que permiten el mantenimiento de un canónigo; designa también cualquier donación de víveres y dinero que permiten la supervivencia.



Restauratio Imperii

Consigna de la época justinianea que implicaba la voluntad de reconquista del Imperio o la reunificación de este, así como el embellecimiento de su capital.

Teodorico el Grande

Teodorico (*c.* 454-526) fue el rey de los ostrogodos encargado de destronar a Odoacro y de reinar sobre una parte de la península itálica, hasta que en el año 533 el general Narsés recuperó Italia para el Imperio romano de Oriente.

Ulfilas

El monje Ulfilas (*c.* 311-383) nació a orillas del mar Negro, en una familia cristiana de la región de Capadocia que había sido capturada por los godos. Tras ser nombrado obispo, tradujo la Biblia a la lengua gótica, para lo que creó un alfabeto e improvisó una gramática. Su labor evangelizadora fue determinante en el proceso de cristianización de los pueblos germánicos.

Vouillé

Batalla que tuvo lugar en el año 507 y en la que se enfrentaron el rey franco Clodoveo y el rey visigodo Alarico II. Los francos derrotaron a los visigodos, cuyo monarca murió en el campo de batalla. El reino visigodo se desplazó entonces a Hispania.

Wergeld

Valor fijado para cada persona que determinaba qué precio tendría que pagar un homicida. La instauración del *wergeld* como forma de compensación ante los asesinatos fue un mecanismo legal de gran implantación en los reinos germánicos que pretendía sustituir a la tradicional venganza de sangre.

Cronología

LOS NUEVOS REINOS GERMÁNICOS	MUNDO
98. Tácito menciona en sus escritos a los godos.	
	235. Asesinato de Alejandro Severo. Inicio de la crisis del siglo III.
238. Primera incursión de los godos en territorio del Imperio: ataque a Histria.	
	244. Gordiano III invade Mesopotamia. Muere asesinado.
251. El caudillo godo Cniva conquista Filipópolis. El emperador Decio muere en combate al intentar recuperar la ciudad.	
	249-251. Persecución de Decio contra los cristianos.
	252. Primera invasión persa de Siria.
	257-260. Persecución de Valeriano contra los cristianos.
	259. Segunda invasión persa de Siria.
	260. Derrota y captura de Valeriano en la batalla de Edesa. Entronización de Galieno. Edicto de Galieno, que acaba con la persecución de los cristianos.
271. Por orden del emperador Aureliano, la administración y los soldados romanos abandonan la Dacia, que queda en manos de los pueblos godos.	
	325. Concilio de Nicea.
332. El emperador Constantino y Ariarico, jefe de los tervingos, firman un *foedus*.	

LOS NUEVOS REINOS GERMÁNICOS	MUNDO
365. Confederación de pueblos germánicos contra el Imperio.	
376. Ante el empuje de los hunos, un grupo de tervingos escindidos solicita entrar en el Imperio. Cruzan el Danubio.	
378. Batalla de Adrianópolis.	
	380. Edicto de Tesalónica.
	381. Concilio de Constantinopla. Derrota final del arrianismo.
382. Teodosio concede la condición de *foederati* a los godos de Fritigerno.	
394. Batalla del Frígido.	
395. Alarico, coronado rey de los visigodos. Muerte del emperador Teodosio.	
	398. Edicto sobre la hospitalidad.
401-403. Primera incursión de las tropas visigodas en Italia.	
405-408. Crisis de las fronteras.	
408. El emperador Honorio ordena el asesinato de Estilicón. Alarico sitia por primera vez Roma.	
409/410. La confederación de vándalos, alanos y suevos cruza los Pirineos y se instala en Hispania.	

Cronología

LOS NUEVOS REINOS GERMÁNICOS	MUNDO
410. Los godos de Alarico saquean Roma.	
411/414. Ataúlfo y Gala Placidia contraen matrimonio.	
418. El rey visigodo Walia establece la corte de su reino en Tolosa. Muerte de Walia. Teodorico I, nombrado sucesor.	
	423. Muerte del emperador Honorio.
428. Desembarco de los anglos y los sajones en Bretaña oriental.	420-589. Período de las dinastías meridionales en China.
429. Los vándalos entran en África.	429. Los hunos entran en Panonia.
435. Bonifacio firma la paz con los vándalos en el norte de África.	
439. Cartago, capital del nuevo reino de los vándalos y los alanos.	
441-451. Anglos y sajones consolidan su colonización del sur de Gran Bretaña.	445. Atila asesina a su hermano Bleda y se convierte en el único rey de los hunos.
	447. Sofía es destruida por los hunos.
451. Batalla de los Campos Cataláunicos.	
	452. Incursión de Atila en Italia.
453. Muerte de Atila.	
455. Los vándalos de Genserico saquean Roma.	

LOS NUEVOS REINOS GERMÁNICOS	MUNDO
	457-474. León I, emperador de Oriente.
	457. En India, Skandagupta, del Imperio gupta, derrota a los hunos (Heftalitas).
475. Julio Nepote reconoce los dominios del reino visigodo.	
476. Depuesto Rómulo Augusto, último emperador de Occidente. Odoacro, rey de Italia.	
481. Clodoveo hereda el reino de los francos.	
495. Odoacro, asesinado por Teodorico el Grande.	
496/498. Batalla de Tolbiac.	
500. Breviario de Alarico.	
503. Descenso de los longobardos hacia los Alpes.	503. Los búlgaros llegan al Volga.
507. Batalla de Vouillé. Fin del reino visigodo de Tolosa.	
517. Carlos Martel asume el cargo de mayordomo de Austrasia.	
524. Teodorico hace asesinar a Boecio.	
526. Muerte de Teodorico, rey de los ostrogodos.	

Cronología

LOS NUEVOS REINOS GERMÁNICOS	MUNDO
	527. Justiniano, emperador de Oriente.
	529. Justiniano ordena cerrar la Academia platónica en Atenas.
	529. Construcción del monasterio de Benito de Nursia en Montecassino.
	532. Sangrienta represión del levantamiento popular de Nika, en Constantinopla.
533-534. El reino de los vándalos cae a manos de las tropas de Belisario.	533. Ataque de Belisario en el África vándala.
	537. Justiniano inaugura Santa Sofía.
	540. Belisario toma Rávena.
568. Entrada de los longobardos en Italia.	
572. Los longobardos toman Pavía.	
574-584. Período de los duques longobardos.	578. Primeras invasiones eslavas en los Balcanes.
587. El rey visigodo Recaredo se convierte al catolicismo.	
	590-628. Cosroes II.
	610. Inicio de la prédica de Mahoma en La Meca.
613-629. Clotario II, rey franco.	

LOS NUEVOS REINOS GERMÁNICOS	MUNDO
	614. Toma de Jerusalén por los persas.
629-639. Dagoberto, rey franco.	632. Muerte de Mahoma.
	656. Alí, califa.
	661. Asesinato de Alí. Empieza el dominio de los Omeyas.
680. Pipino de Héristal, mayordomo.	
711. Fin del reino visigodo.	
714. Carlos Martel, mayordomo.	
732. Batalla de Poitiers.	
754. El papa Esteban II acude a la corte de los francos a pedir ayuda contra los longobardos.	
757-796. Offa, rey de Mercia.	
774. Anexión del reino longobardo.	

DESCUBRIR LA HISTORIA

Los nuevos reinos germánicos

Francos, visigodos, ostrogodos y lombardos

Procedentes del norte de Europa y huyendo del frío y de la escasez de recursos, los pueblos germánicos se desplazaron durante los primeros siglos de nuestra era hacia el sur y hacia el este, hasta topar con los límites del Imperio romano. Allí, algunos de estos pueblos fueron agrupándose y conformando núcleos más extensos y poderosos. En cuanto se sintieron o bien lo suficientemente fuertes o bien demasiado amenazados por los temibles avances de los hunos, se decidieron a cruzar la frontera.

Entre los siglos III y V, la entrada masiva de clanes germánicos en territorio romano comportó la caída definitiva del Imperio de Occidente (476). Los reinos germánicos que surgieron sobre las ruinas de este —visigodo, ostrogodo, vándalo, lombardo o franco, por citar solo los más destacados— conformaron la personalidad de Europa occidental durante la Edad Media.

5536 002304 00010

CREATIVE COMMONS